

SP-134

I. A.

CASA EDITORIAL
LEZANO
BARCELONA

El Collar de Esmeraldas



50



I. A.

El Collar de Esmeraldas

— 6 —

(El Amuleto de una Virgen)

POR I. A.



Casa Editorial Lezcano

MALLORCA, 199.—BARCELONA

ES PROPIEDAD : Queda hecho el depósito que marca la ley.

R. 16507



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA



EL Collar de Esmeraldas

6

El amuleto de una virgen

POR

I. A.

I

La alegría era grande en aquella casita de campo, situada á cortísima distancia del pueblo. Durante toda la semana el tío Juan afanóse en enjalbegar las paredes, y Anica, su mujer, en limpiar la casa, de modo que todo quedase limpio y blanco como la nieve. En la cara de aquellos dos viejecitos rebosaba el regocijo de sus corazones, y podía vérselos, aunque rendidos de cansancio, sonrientes y contentos como jamás estuvieran.

De vez en cuando el tío Juan entraba en la casa para llamar á María Rosa, su hija adoptiva.

—Ven acá, mujer, á ver qué te parece esto.

—Ya sabe usted, padre, que á mí lo que usted haga me parecerá bien siempre.

A pesar de esta conformidad, el tío Juan obligá-
bale á salir para que diese su aprobación.

Otro tanto pasaba con Anica, que no sabía hacer
nada, ó por lo menos dejarlo por concluido, si su
María Rosa no daba la aprobación.

María Rosa, en los ratos en que la dejaba libre
la cariñosa solicitud del tío Juan y de Anica, per-
manecía en una especie de gabinete, la mejor ha-
bitación de la casa, donde dirigía la labor de hasta
seis jóvenes de su edad, que cosían afanosamente
ropas de mujer.

Cualquier frase, por poco picaresca é intenciona-
da que fuese, provocaba estrepitosas carcajadas en
aquellas jóvenes, carcajadas que salían al exterior
como ecos de músicas divinas.

— ¡Cómo ríen! ¡Cómo ríen! ¡Qué contentas están!
—decía el tío Juan restregándose las manos gozo-
so. — ¡Oh, cómo nos vamos á divertir aquel día!

Referíase el tío Juan al de la boda de María
Rosa, ya cercano.

María Rosa había llegado á casa del tío Juan y
de Anica, precisamente en los momentos en que
se consideraban los seres más desgraciados del
mundo.

Acababan de perder á una hija de pocos meses,
que constituía la felicidad de sus almas ingenuas
de campesinos, y lloraban desconsoladamente tan
terrible pérdida, cuando una tarde se detuvo ante
aquella casita de campo un lujoso carruaje.

Descendió de él una señora y fué á llamar á la
puerta de la casa.

Salióle al encuentro Anica, que, mirándola con
curiosidad extrema le preguntó lo que deseaba.

—¿Es ésta la casa de Juan García?

—Sí, señora, ésta es.

—¿Está en casa?

—No, señora, pero yo soy su mujer pa lo que osté guste mandar.

—¿Entonces usted es Anica?—preguntó la señora, entrando en la casa sin esperar á que la invitasen.

—La misma soy, señora, pa servir á osté.

La señora tomó asiento como quien no puede permanecer mucho tiempo en pie y rogó á la buena mujer, joven y robusta á la sazón, que le diese de beber.

Con cariñosa diligencia, Anica buscó en un aparador el único vaso que había en la casa, grande y basto, lo llenó del agua que contenía un cántaro, colocado en un rincón, y se lo ofreció á la señora, no sin ponerlo antes sobre un plato de cristal.

Mientras bebía la recién llegada, la buena mujer la contempló á su sabor, procurando recordar dónde la había visto.

Indudablemente á ellos los conocía, puesto que por los dos había preguntado diciendo sus nombres: pero ¿de qué? Por más esfuerzos que hacía Anica, la memoria no le ayudaba: aquella señora le era completamente desconocida.

Atenta en su examen la sorprendió la voz de la desconocida, que le daba las gracias, alargándole el vaso en que acababa de beber.

Luego, viendo lo intrigada que demostraba estar la pobre mujer, la señora le dijo:

—Es inútil que se devane los sesos; ustedes no me conocen.

—Así es.

—No han tenido ocasión de verme nunca.

—Es verdad.

—Por eso debe extrañarle mucho mi presencia aquí en estos momentos.

—Sí me extraña.

La señora permaneció un instante pensativa, como no sabiendo de qué medios valerse para abordar la cuestión que allí la llevaba.

Anica continuó mirándola con curiosidad é interés.

La desconocida era joven, elegante y hermosísima; estaba algo pálida, como quien acaba de salir de una enfermedad, y los semicírculos de sus ojeras contribuían á hacer más interesante su preciosa cara.

—¿Tardará mucho en venir su marido?—preguntó.

—No creo que tarde, porque trabaja aquí cerca y no le quedaba que hacer gran cosa, y como hoy está labrando lo nuestro, un olivarejo de cincuenta matas, dará pronto de mano.

—¿De modo que tienen ustedes fincas?

—¡Ah! No, señora; no tenemos más que esa miseria: ¡mi Juan es pobre! Gracias á que es buen trabajador vamos viviendo sin grandes apuros.

La desconocida recorría con sus miradas la habitación, y parecía satisfecha de su examen.

Nada en ella recordaba el lujo, pero los toscos y pobres muebles estaban limpiosísimos.

Después de un largo silencio que ninguna de las mujeres se atrevía á interrumpir, la señora dijo:

—En Andújar me han hablado muy bien de ustedes.

—¿Es osté de Andújar?—se atrevió á preguntar Anica.

—No; pero he tenido que pasar una temporada en esa ciudad.

—¡Ah!

—Estuve muy enferma.

Nuevo silencio. Anica, que sentía cada vez más curiosidad, preguntó:

—¿Y se puede saber, señora, quiénes son los que tan bien hablan de nosotros en Andújar? Perdone osté, pero siempre es bueno conocer á los que le quieren á uno.

Anica continuaba de pie, delante de la señora, con el vaso mediado del agua todavía en la mano, sin cesar de mirar á la desconocida.

Esta se levantó de la silla que ocupaba, y apoyando las manos sobre los hombros de la mujer le preguntó:

—¿Se considera usted feliz con lo que tiene?

Anica suspiró con tristeza:

—¡Ay, señora—dijo,—seríamos felices con poca cosa, con lo que tuviéramos, si no nos hubiera ocurrido una gran desgracia.

Y sin poder contenerse se echó á llorar con aflicción inmensa.

Después, entre sollozos ahogantes, refirió á aquella señora su desventura.

Hacía dos años que se había casado con Juan y se querían los dos muchísimo. Juan era un hombretón robusto y fuerte, generoso y bueno, que se había enamorado de ella de tal modo, que para él no había otra cosa en el mundo.

Trabajando y afanándose los dos habían sido muy felices, mucho, como la señora no podía imaginarse.

A aumentar aquella dicha envidiable vino María Rosa, un angelito que Dios les enviaba del cielo para aliviarles los afanes de la tierra.

—¡Ay, señora—prosiguió diciendo Luisa derramando abundantísimas lágrimas,—había que ver á mi Juan, tan grandazo como es, teniendo á nuestra María Rosa en brazos, levantándola en alto, con gran susto mío que creía siempre se le iba á caer. A los dos se nos caía la baba de puro contentos.

La desventurada mujer lloraba amargamente al recuerdo de estas venturas. Sin poder contener sus amarguísimos sollozos continuó hablando.

Sin duda el diablo se había cansado de tanta felicidad.

Hacía muy poco tiempo, dos semanas á lo más, que María Rosa amaneció un día enferma, sin que nadie pudiera adivinar lo que le pasaba. Por más esfuerzos que hizo Anica no consiguió que cogiese el pecho.

Fueron á ver al médico del pueblo, el cual con muy buenas palabras les dijo que María Rosa se iba á morir.

La pobre mujer no sabía lo que le pasaba; había recorreado la casa y los alrededores de ella dando angustiosos alaridos de dolor y desesperación. Su Juan no sabía consolarla, no podía hacerlo tampoco, porque cuando pretendía hablar, aunque no fuera más que para decir «¡pacencia!»

se le caían lagrimones grandes como duros y se retorció los brazos con la desesperación de la impotencia.

¡Qué amargas y qué tristísimas fueron aquellas horas!

Ana aseguraba que si ella tuviese alguna vez algún enemigo muy odiado, no le desearía el horrible tormento á que se vió condenada en aquellos días en que su hija, su pobre hijita, se le moría entre las manos, sin que valiera para salvarla, ni su grandísimo amor de madre, ni el amor no menos grande de su Juan, ni toda la ciencia del médico, que se interesaba por ellos y que iba tres veces todos los días, estudiando y desvelándose para salvarla...

El dolor, cuando es hondamente sentido, resulta contagioso.

La buena señora, al ver el dolor de aquella mujer que se deshacía en llanto, lloraba también con amargura infinita, como si experimentara idéntico dolor.

—Después de cuatro días—prosiguió diciendo la afligida mujer—ocurrió lo que debía ocurrir: ¡se nos murió la niña! Mi Juan fué el primero en notarlo, y empezó á dar gritos y á llorar como si estuviera loco...

Ella, la pobre Ana, estrechaba el cadáver de aquel angelito entre sus brazos como queriendo darle calor.

¡Oh! sí... ¡fué muy horroroso todo aquello! ¡Dios los había probado bien con desgracia tan inmensa y horrible!

—Desde entonces—acabó diciendo Anica—no hacemos mi Juan y yo, na más que llorar.

«Cuando comemos, cuando nos acostamos, cuando se va él pa el trabajo, cuando viene, á todas horas del día la echamos de menos.

Las dos mujeres lloraban amargamente. La desconocida no podía por menos de admirar aquel dolor profundísimo que en parte comprendía.

Sin embargo, nunca creyó que entre la gente del campo, á la que suponía honrada, sí, pero algo endurecida, pudiera sentir tan intensamente una desgracia.

Ella fué la primera en serenarse y predigó palabras consoladoras y cariñosas á la pobre mujer.

Cuando la vió algo más consolada, dijo:

—Veo que, efectivamente, no me habían engañado. Usted manifiesta tener un corazón tiernísimo, y una mujer tan buena y tan bondadosa como usted era lo que yo buscaba,

Ana contempló á la desconocida como si no la comprendiese. Esta, segura de que había dado con corazones honrados y rebosantes de bondad, capaces de hacerse cargo de la situación en que se encontraba, dijo:

—Me explicaré para que usted pueda comprenderme.

Se recogió un momento en sí misma, como si buscara palabras claras y precisas que la llevasen derechamente á su fin, y empezó diciendo:

—También yo soy desgraciada, aunque por diferente estilo que usted; pero no por eso mi desgracia es menor que la suya.

—Sépalolo yo—dijo Ana, á quien empezaba á interesar aquella señora—que si de mí dependiesen los consuelos que ha de recibir, no habrían de faltarle.

La desconocida dió las gracias con un movimiento de cabeza y empezó su relación con voz que frecuentemente ahogaban los sollozos.

—Acabo de ser madre—dijo la hermosa desconocida—y circunstancias que no puedo por ahora explicar, me fuerzan imperiosamente á separarme de mi hija.

«He dado á luz en Andújar, donde nadie me conoce, y necesito á todo trance marchar á Madrid, pues mi padre me reclama. El pobre ignora lo que á su hija acontece, y si lo supiera, con seguridad moriría maldiciéndome, aunque bien sabe Dios que en nada he faltado á las leyes que el honor demanda y que Dios mismo exige.

»Mi hija, es hija legítima; su padre, un joven desventurado, está ausente y no podría defendernos ni á ella ni á mí; nos separan nuestros desgraciadísimos amores.

La desconocida lloraba, y la mujer de Juan escuchaba con la boca abierta cuanto decía, sin atreverse á interrumpirla.

Después de reponerse un poco, agregó la señora:

—No quiero ni puedo molestarla con el relato de mis desgracias. Algún día lo sabrá usted todo si quiere prestarme el servicio que de usted pienso reclamar.

»En Andújar, donde según le he dicho, ha na-

cido la hija de mi corazón, he preguntado por una familia honrada y digna de mi entera confianza.

»Un señor que conoce la gente de estos alrededores, me ha dado noticias de varias, y entre todas, las que más me han satisfecho. son las que de ustedes me dieron,

»El lugar en que ustedes viven y la seguridad de que están dotados tanto Juan como usted de un buen corazón, me ha sugerido la idea de que á nadie mejor que á ustedes podía encomendarles mi hija.

»Como han perdido ustedes la suya hace pocos días, creo que no les será muy enojoso el tener á la mía, y usted, probablemente, podrá criarla.»

La desconocida guardó silencio y contempló fijamente á su interlocutora.

No parecía sino que quisiese analizar con su mirada el corazón de aquella buena mujer que tan vivamente había logrado interesarle con sus desgracias y con su aspecto tan bondadoso y agradable.

Porque la mujer de Juan, joven de veintiocho años, era robusta y hermosa; perfecto tipo de la mujer campesina, y la señora creía que sin duda había de ser una verdadera madre para la hija de sus entrañas, si por fin accedía á quedarse con ella.

Esperaba con ansiedad una contestación que Ana no se atrevía á darle, pues no ignoraba la responsabilidad que llevaba consigo encargarse de una niña á la cual había de servir de madre.

Por otra parte, no podía decidir nada sin la

aprobación de su Juan; por eso permaneció silenciosa.

La desconocida, comprendiendo estas indecisiones naturales, pero deseando saber á qué atenerse, y sobre todo la situación en que se encontraba el ánimo de Anica, preguntó:

—¿Sería demasiada ventura esperar que usted se interese por mí?

—Señora...

—¿No se encargaría usted de buena gana de ese angelito que va á tener la desgracia de separarse de su madre, precisamente en los momentos en que más la necesita?

—Yo, por mi parte—dijo Ana compadecida de la señora—no tengo ningún inconveniente, sólo que...

No pudo acabar: la desconocida se había arrojado á sus brazos sollozando y diciendo:

—¡Gracias! ¡Gracias!

—¿Dónde está la niña?—preguntó la buena mujer cuando vió algo más serena á la señora.

—Ahí, en el coche en que he venido la trae mi doncella.

Y las dos mujeres corrieron hacia el coche conmovidas en grado sumo.

Cuando Ana la tuvo entre sus brazos, exclamó contemplándola:

—¡Qué guapa y qué hermosísima es!

Volvieron á la casa; la doncella quedóse en el coche después de entregar la niña.

Las dos mujeres continuaron su conversación. Ana no cesaba de admirar la hermosura de la criatura.

La desconocida la invitó á que le diese el pecho.

La pobre mujer obedeció emocionadísima, llorando á mares al recuerdo de aquel pedazo de sus entrañas que acababa de perder.

El angelito, tal vez conociendo por instinto que desde aquel momento no tendría otra madre, se cogió con ansia al pecho repleto que le ofrecían.

Las dos mujeres lloraban conmovidas ante aquel sencillo y sublime espectáculo.

Ana experimentaba gran consuelo al sentir que la criatura iba aligerándole el pecho de aquella abundante leche que momentos antes creyera inútil.

En esto estaban, cuando se presentó Juan, azada al hombro, que recibió no poca sorpresa al encontrarse en su casa á tan encopetada señora.

Anica en pocas palabras le explicó lo que había ido á hacer allí la desgraciada madre.

Le mostró la niña, que parecía sonreír y que le miró con sus grandes ojos azules, que demostraban bondad.

—¡Oh! ¡es muy hermosa!—dijo el pobre hombre entristecido.

Y luego, con una ingenuidad encantadora que hizo sonreír á la desconocida, agregó:

—Es casi tan hermosa como la nuestra.

Y sin poder evitarlo notó que por sus tostadas mejillas resbalaban las lágrimas.

Entretanto la desconocida fijábase en aquel hombretón, y muy en su favor debía hablar su cara bondadosa de franca expresión, cuando sonrió satisfecha.

—Y bien—preguntó deseosa de dejar terminado el asunto que allí la encaminara;—¿me harán ustedes la caridad de quedarse con ella?

Los esposos se miraron como interrogándose. En aquellas miradas francas y leales, la señora leyó una ternura infinita y sintióse conmovida.

Como ninguno de los dos contestaba, volvió á hablar.

—Harán ustedes por mí—agregó—la mayor de las caridades; atravieso por una de las situaciones más afflictivas porque puede atravesar criatura alguna en el mundo. Tengo necesariamente que quedarme sin mi hija, abandonarla á cuidados ajenos, y no creo que encuentre unas personas tan honradas y tan buenas como ustedes.

Y dirigiéndose á la mujer:

—Ana—dijo en tono suplicante y conmovido,—usted lleva en su pecho un alimento que sólo puede utilizar una criatura. ¡Por el amor de Dios, dáselo usted á la hija de mis entrañas! Y usted, Juan, sea piadoso; no cuento en estos momentos con más amparo que el de ustedes; compadézcase, no de mí, sino de mi hija sin ventura, de este ángel del cielo, á quien su madre no podrá dormir en su regazo...

No pudo continuar; el llanto ahogó su voz y se cubrió la linda cara con las manos.

Durante mucho rato solo se oyeron sus sollozos convulsivos.

Juan y Ana lloraban también, enternecidos por el espectáculo de tan verdadero dolor.

El hombre logró dominarse primero, y también fué el primero en hablar.

—Bueno, señora—dijo,—no llore osté más; mi Ana criará á su hija; yo trabajaré pa ellas dos. Dios acaba de quitarme un ángel y me envía otro. ¡Bendigamos su santa voluntad!

La señora, al oír aquellas pa'abras abrazó á Juan con toda la efusión de su corazón.

—¡Es usted el más bueno de los hombres! Sin duda alguna un ángel me ha guiado á esta casa.

Juan, profundamente conmovido, no sabía qué contestar; Ana acariciaba á la pequeñuela, que desde entonces casi le pertenecía.

Pasado aquel instante de violentas emociones, y ya todos los espíritus más serenos, la bella desconocida dijo:

—Sé que no pasa por la estación de este pueblo el tren que va á Madrid hasta las once y media de la noche; ya no me queda tiempo de volver á Andújar y cenar, ó por mejor decir, no quiero volver á esa ciudad en la que tanto he sufrido; por consiguiente, si pueden ustedes preparar aquí una comida, me quedaré hasta la hora de marchar.

Juan y Ana se miraron algo confusos.

La señora, que comprendió la causa de su confusión, se apresuró á decir:

—No se apuren por no poderme ofrecer una buena cena. Juan puede ir al pueblo con mi doncella y comprarán lo necesario. Al mismo tiempo pueden guiar al cochero á la posada para que á su vez cene, eche un pienso á los caballos y vuelva aquí á buena hora para llevarnos á la estación.

Se avinieron á cuanto la señora dispuso. Poco

después Juan volvía, llevando en un gran cenacho cuanto á la doncella le había ocurrido comprar. También llevaban algunas botellas del mejor vino que habían encontrado.

Gracias á la buena disposición de Ana y á la ayuda de la doncella, pronto fué improvisada una gran cena, la mejor que aquellas pobres gentes habían saboreado en su vida.

Sin embargo, aquella comida no tuvo nada de fiesta y resultó demasiado triste.

La doncella se vió obligada á sentarse por mandato de la señora, y cenaron todos juntos como buenos amigos.

Durante la cena supieron Juan y Ana, porque así la llamó la doncella, que el nombre de la señora era el de Amelia.

Esta pudo observar que Juan era un hombre morigerado, parco en la comida y sobrio en la bebida. No hacía ascos al vino, pero á la legua se podía ver que no era bebedor.

También pudo observar Amelia con gran satisfacción, que aquella honrada gente no parecía dispuesta á reclamar dinero alguno en recompensa de la delicada obligación que acababan de echarse encima.

Indudablemente, la hermosísima criatura que se veía obligada á abandonar á cuidados ajenos, no estaría desamparada con tan honradísima gente.

A más, Juan lo había dicho con una nobleza que no tenía semejante: Ana criaría á la muchacha y él trabajaría para las dos.

Cuando Amelia recordaba estas sencillas palabras, sentíase lloblemente enternecida.

Al terminar la cena y mientras la doncella se encontraba en la cocina preparando para su señora una taza de té, ésta dijo:

—Ha llegado la hora de que pensemos y hablemos de las condiciones.

—¿Qué condiciones?—preguntó Juan con extrañeza.—Aquí no hay más condiciones sino la de que se deja osté á su hija por el tiempo que quiera, y la de que mi Ana la criará. Lo demás ya está tóo hablao.

Dijo esto con tai nobleza, que admiró más y más á la desventurada madre.

—Quedándose con nosotros la niña—agregó Ana—nos hace osté más bien que mal. ¡Quién sabe si yo hubiera enfermado por no poder darle el pecho á mi hija!

—Lo que dice mi Ana es la verdad.

—Convengo en ello—dijo Amelia llorosa,—pero no es así precisamente como yo lo entiendo; el desinterés que manifiestan, tan noble y tan honrado, me obliga mucho más. Quiero colocarles en disposición de que nada necesiten y de que puedan llevar una vida laboriosa, sí, pero tranquila,

Y sacando de su pecho una cartera bastante abultada, agregó:

—En esta cartera hay cuatro mil duros en billetes de Banco. Estos cuatro mil duros son para ustedes.

—¿Y qué vamos á hacer nosotros con tanto dinero?—preguntó Juan abriendo desmesuradamente los ojos con un asombro iamenso.

Amelia, sonriente, repuso:

—En primer lugar, para que no se vean ustedes en grandes necesidades. ¿Vale mucho esta casa en que nos encontramos?

—Como valer mucho, no; pero pa unos pobres como nosotros tóo es caro.

—Pues bueno; compran esta casa, compran algunas tierras alrededor, de manera que usted, Juan, no tenga que estar nunca muy lejos de Ana; también pueden agrandar la casa, hacer en ella un establo donde puedan tener ganado; comprar y criar gallinas... en fin, lo que quieran. Con este dinero, prudentemente manejado, no les faltará nada.

—Claro—dijo Anica,—como que con tanto dinero seríamos riquísimos.

—Pues nada se opone á que lo tengan ustedes puesto que yo se lo doy á Juan.

—Pero, señora—objetó éste,—es que lo que nosotros hacemos, no sólo no vale tanto, si no que cualquiera lo haría casi de balde.

—Pues, precisamente, porque no pretendían que se les pagase el inmenso favor que me hacen, es por lo que yo quiero darles una prueba de lo mucho en que lo estimo. Por otra parte, hay una razón poderosísima para que acepten mi ofrecimiento: no quiero que en modo alguno mi pobre hija tenga que padecer privaciones, y claro está que careciendo ustedes de apuros materiales, ella tampoco los tendrá.

—La señora tiene razón—dijo Juan como hombre que se rinde á la evidencia—y desde luego le juro, que con este dinero ó sin él, primero ha de

faltarnos á nosotros qué llevar á la boca, que á la niña.

Zanjada esta cuestión Ana preguntó:

—Hasta ahora no se me ha ocurrido preguntar á usted el nombre de la niña.

—Es verdad; se llama María Rosa.

—Como la nuestra—exclamó Juan.

—¡Qué feliz casualidad!—dijo Ana estrechando contra su pecho á la criatura con amor infinito.

Amalia, que observaba satisfecha á los esposos, estuvo á punto de llorar ante aquella sincera manifestación de cariño.

—Será un gran consuelo para mí—agregó Ana—poder llamarle María Rosa, y no pocas veces me parecerá que esta niña es efectivamente mi hija.

—Y ahora—agregó Amelia con voz que la angustia y la aflicción hacían opaca—atiendan bien lo que voy á decirles.

Los esposos escucharon con gran atención, como si de lo que aquella señora iba á decir dependiera la felicidad de toda su vida.

Amelia se levantó y fué á coger una cajita que había bajado del coche la doncella. Esta, que había servido el té, encontrábase presente y fué testigo de la sencilla escena que se desarrolló.

La desconocida abrió con mucho cuidado aquella cajita que contenía dos estuches primorosamente forrados de terciopelo. Abrió uno de estos y mostró á los admirados esposos un magnífico collar de esmeraldas, en cuyo centro se veía brillar un medallón de oro.

En seguida abrió el otro estuche que contenía

otro collar igual, con un medallón tan semejante que parecía el mismo.

—Esta—dijo temblorosa, conteniendo á duras penas las lágrimas que pugnaban por salir de sus hermosos ojos—será la señal de reconocimiento.

Juan y Anica miraban y admiraban aquellas magníficas joyas, verdaderos prodigios de arte.

—En estos medallones—continuó diciendo Amelia después de abrirlos,—como ven ustedes, hay dos retratos míos, iguales también.

Guardó silencio para suspírar tristemente y después agregó:

—Uno de estos collares se quedará en esta casa, y ustedes lo guardarán cuidadosamente hasta que mi hija cumpla los diez años. Cuando llegue á esta edad se lo pondrán al cuello encargándole que no se separe nunca de él, porque por este collar podrá ser reconocida algún día por su desventurada madre.

Las lágrimas corrían en abundancia por las mejillas de la desconsolada señora, que tomó á su hija en brazos y empezó á besarla con tal frenesí que la criatura rompió á llorar lastimada por tan ardientes caricias.

Repuesta un poco y reprimiendo su dolor cuanto pudo, agregó Amelia:

—El otro collar de esmeraldas me lo llevaré yo. Si algún día, venturoso para mí, puedo encargarme de este pedazo de mis entrañas y tenerla á mi lado, entregarán ustedes á María Rosa, á mí ó á la persona que en mi nombre presente este collar. ¿Me lo prometen?

Muy conmovidos, Juan y Ana prometieron que así lo harían.

La doncella contemplaba aquella escena con el corazón oprimido, adivinando el dolor que debía experimentar su señora.

Amelia, desde este momento no hizo otra cosa que recomendar una y mil veces á su hija, de la que con tanta pena se veía obligada á separarse.

Encargó á Ana y á Juan que hicieran cuanto de su parte estuviera para que no considerara mal á su madre.

Los honrados esposos prometieron que la enseñarían á pronunciar con respeto el nombre de su madre, por la cual le harían rezar diariamente.

En esto llamó á la puerta el cochero diciendo que era hora de marchar.

A este aviso, aunque esperado, la desventurada madre volvió á besar á su hija con toda la efusión de su alma.

—¡Hija mía!—gritaba dolorosamente—¡Quiera Dios que pueda verte pronto!

Luego abrazó convulsivamente á Ana, en cuyos brazos había dejado la niña.

—Que sea usted muy buena, que sea su verdadera madre—suplicó con voz rebosante de amargura.

—¡Dios mío! señora, no se aflija tanto; confíe en mí.

De nuevo volvió á besar á la niña con besos gemientes y ardorosos.

Luego, arrastrándose, casi abrazada á la doncella y apoyada en el hombro de Juan, pudo llegar hasta el coche.

Antes de entrar en él, rodeando con sus brazos esculturales el cuello de Juan, gimió:

—Sea usted siempre hombre de bien. Que crezca mi hija viendo siempre ante su vista la honradez y la bondad que yo he visto esta noche.

Juan acongojado ante aquel dolor inmenso, experimentando un sentimiento de infinito y paternal cariño; sin que hubiera podido explicarse por qué obraba así, se inclinó sobre Aurelia, le dió un beso muy largo en la frente y dijo con voz ahogada.

—¡Hija mía, que Dios te haga tan feliz como yo pienso hacer á María Rosa!

Y Juan, que apenas tenía treinta años, habló con la solemnidad de un sacerdote creyente, y con su acción y sus palabras que indudablemente le había inspirado Dios mismo, derramó sobre el corazón dolorido de Amelia el único consuelo que podía recibir una madre tan sin ventura.

II

Juan y Ana cumplieron lo ofrecido como buenos y honrados que eran.

María Rosa se crió fuerte y robusta. Su hermosura tenía encantadas á las comadres de los contornos, y todos en el pueblo llegaron á adorarla.

El matrimonio llegó á considerarse feliz. Juan empleó bien el dinero que le dejara la madre de María Rosa y como continuó encerrado en su modestia y no cesó de hacer cuantos favores pudo llegó á ser considerado y querido entrañablemente por todos.

Y tal y tanto cariño pusieron en María Rosa

que frecuentemente veían turbada su felicidad por el temor de que el día menos pensado se presentase alguno con el collar de esmeraldas reclamando á la que se habían acostumbrado á mirar como verdadera hija.

Afortunadamente para ellos, aunque con gran extrañeza suya, desde que se fué la señora no habían vuelto á tener noticias de ella. Solo diez días después de los sucesos narrados, se presentó en aquella un joven, decentemente vestido que les pidió hospitalidad por un par de días, hospitalidad que le concedieron de buen grado.

Durante aquellas cuarenta y ocho horas, aquel joven que tanto á Juan como á Ana les pareció muy simpático, no hizo otra cosa que acariciar á la niña, aunque sin hacerles la menor pregunta.

No obstante ellos creyeron adivinar que no era precisamente la casualidad la que había llevado á aquel hombre á su casa.

A los dos días se despidió dejándoles una maleta llena de regalos que Juan y Ana creyeron el equipaje del viajero y que no contenía otra cosa que juguetes, todos cuantos pudiera apetecer un niño caprichoso.

Al marcharse, y mientras besaba á la niña por última vez con un cariño más intenso del que hubiera empleado un desconocido, Ana sin poderse contener y muy conmovida, afirmó más que preguntó:

—¿Es usted su padre, verdad?

Dos lágrimas que se deslizaron por las mejillas del joven fueron la contestación.

Juan le acompañó hasta la estación y cuando

ba á marcharse el tren el viajero le abrazó diciéndole mientras derramaba lágrimas que no procuraba contener:

—Juan, Juan... ¡Cómo envidio la suerte que le espera! Usted estará siempre al lado de la niña y tal vez vea á su madre alguna vez. Yo, en cambio, emprendo un viaje larguísimo del cual probablemente no volveré.

—El hombre no debe perder nunca la esperanza—dijo Juan.—Hemos de volver á vernos y el corazón me dice que será en un día muy feliz.

—¡Dios le oiga!

Desde entonces nada más supieron ni de Amelia ni de aquel joven.

Los años se deslizaron felices y tranquilos para ellos.

A los diez, Ana y Juan, cumpliendo lo ofrecido, pusieron al cuello de María Rosa el collar de esmeraldas y le enseñaron el retrato de su madre.

Muchas horas del día María Rosa entreteníase en hacerse referir las circunstancias que acompañaron su llegada aquella casa.

Ana se lo refería todo muy conmovida y ambas lloraban acabando por rezar una oración fervorosa por aquella mujer pidiendo su eterna gloria si había muerto ó su completa felicidad si vivía.

No por esto María Rosa dejó de llamar padres á aquellas personas honradas que con tanto mimo la criaran, ni de quererlas con todas las fuerzas de su alma.

Desde que María Rosa cumplió los catorce años Juan García, no se atrevía á hacer nada sin consultarlo antes con María Rosa, la cual solía contestarle siempre.

—Hágalo usted como quiera, padre, que como usted lo haga estará bien hecho.

Prudente, bondadosa y caritativa María Rosa, unfa á una belleza incomparable, una imaginación clara para llevar á cabo todo aquello que se proponía.

No fueron pocos los que la rondaron y solicitaron desde los quince á los dieciocho años, pero ella conservó libre su voluntad y resistió á las toscas seducciones de los solicitantes.

Juan Antonio, un mozarrón fuerte y guapo, más constante ó más afortunado que los demás logró hacerse querer.

Juan Antonio, á quien el tío Juan llamaba «hijo mío» con verdadero amor de padre porque en él vió un hombre de bien, la rondó á todas horas, abrumándola, no con impertinentes declaraciones, sino con obsequios delicados á los que era imposible resistir.

Los domingos iba á echar un cigarro con el tío Juan y á charlar con él para encontrar ocasión de hablar con María Rosa, que se iba aficionando al muchacho al verlo siempre tan amante y cariñoso.

El tío Juan, por su parte, siempre que necesitaba de alguno que le ayudase en sus faenas de labrador, llamaba á Juan Antonio y en estos días, felicísimos para el joven porque á la hora de comer se sentaba al lado de María Rosa, hablaban hasta por los codos.

Un día mientras descansaban un rato, Juan Antonio, con grandísimos apuros, y cambiando de color á cada palabra, se atrevió á decirle al tío Juan:

—¿Sabe usted que María Rosa está hecha una mujer cabal?

—Vaya si lo sé, como que yo creo que no hay otra en el mundo que se le iguale.

Y al decir esto el buen hombre levantaba la cabeza con cierto orgullo y agregaba:

—Y luego ¡es tan buena, tan buena, que hasta mi Anica se queda atrás!

Juan Antonio dió una chupada al cigarro, sin saber por dónde salir, pues consideraba como la cosa más grave que pudiera ocurrirle en la vida, lo que iba á proponer.

Por fin y después de tragar mucha saliva agregó:

—¿Sabe usted, tío Juan, que el que se case con ella será el hombre más feliz del mundo?

El tío Juan que nada tenía de tonto comprendió adónde quería ir á parar el joven y le dijo sonriendo bondadosamente.

—Pues, hijo mío, si tú lo piensas así, anda con ella, á ver si te la ganas.

—¿Qué dice usted? — exclamó Juan Antonio dando un salto de alegría y acercándose al tío Juan.

—Digo que si la quieres, debes andar listo porque me parece á mí que hay muchos en el pueblo lo mismo que tú.

—¿De modo que usted no se enfadaría?

—¿Enfadarme? — preguntó el tío Juan con admiración no fingida. — ¡Cá, hombre, al revés!; casualmente me parece que entre todos los mozos del pueblo, no hay otro pa ella mejor que tú.

—Es que como no tengo ni una finca siquiera —repuso el joven tímidamente.

—Eso es verdad, pero en cambio tiés unos brazos, una juventud y un corazón como nadie.

—¿De modo que usted consiente?

—Claro que consiento.

—¡Ay, tío Juan que buenísimo es usted!— dijo Juan Antonio abrazándole.

—Bueno, hombre — repuso el padre de María Rosa,— no te alborotes por tan poca cosa; después de too, na adelantas con lo que yo te diga ni con que yo quiera, porque me parece que no te dará á mismo casarte conmigo.

Juan Antonio no pudo menos de echarse á reir.

—Bueno, tío Juan; eso ya lo sé, pero es el caso que si usted no hubiera querido, yo no le habría dicho nunca nada á María Rosa.

—Eres un buen muchacho y por eso te quiero.

A partir de aquel punto Juan Antonio menos tímido de lo que él mismo creía empezó á enamorar á María Rosa.

Y como ésta no miraba al muchacho con malos ojos, y como le parecía guapo y bueno, no tardaron mucho en entenderse.

Habíase fijado ya el día de la boda, y ya hemos visto al principio de esta verdadera historia que el tío Juan trabajaba afanosamente para arreglar la casa, que Anica no se daba punto de reposo y que María Rosa con algunas amigas ocupábanse en coser ropa blanca para dejar listo el ajuar.

La antevíspera del día designado, desfiló por casa del tío Juan toda la gente del pueblo, y todos se hacían lenguas de la hermosura de María Rosa, de lo magnífico del ajuar, de la gran suerte que había tenido aquel buen mozo de Juan Anto-

nio al lograr hacerse querer por una muchacha tan buena, que á más de ser la mejor moza del pueblo tenía *su por qué*, esto es, toda la fortuna del tío Juan, que aunque no era una cosa del otro mundo, resultaba bastante más que aceptable.

La alegría de todos no tenía límites.

El tío Juan y Anica tenían la satisfacción de que María Rosa, antes de casarse, puso por única condición á Juan Antonio que habían de quedarse á vivir con ellos, que ya iban estando algo viejos para dejarlos solos.

Cuando se enteró Anica de la decisión de la muchacha, fuese hacia ella y la abrazó llorando de agradecimiento y alegría.

—Sin duda—le dijo—tú has venido al mundo para hacerme á mí feliz. ¡Ah, qué buena y qué santa es mi María Rosa!

Y la besaba, poniendo en sus besos toda su alma bondadosa.

También el tío Juan lloró conmovido, y sentándola en sus rodillas como cuando era una mocu-suela, la acarició paternalmente hasta cansarse.

Juan Antonio considerábase el sér más dichoso de la tierra, y recibía risueño y alegre las felicitaciones que de todas partes llovían sobre él.

Hasta los mismos que envidiaban su suerte, convenían en confesar que se la merecía.

Llegó la víspera de la boda.

El tío Juan afanábase en ultimar detalles. Muy de mañana, ó mejor dicho, un par de horas antes de amanecer, había ido á Andújar y había vuelto á las ocho de la mañana trayendo casi un serón de dulces destinados á celebrar el gran acontecimiento.

Anicá, ayudada por algunas mujeres, diezmaba las aves de corral con el fin de preparar una gran comida que había de hacer las delicias de los convidados.

Juan Antonio ayudaba al tío Juan en su tarea de habilitar el gran portalón para que sirviese de comedor, y de desembarazar la sala de muebles, porque en ella había de bailarse hasta que la gente joven quedara sin aliento.

Por su parte, María Rosa con algunas costureras, empleaba sus afanes en dar las últimas puntadas al vestido de boda, un vestido negro de paño de Lyon, con el que estaba lindísima á juzgar por el resultado de la prueba.

A la hora de comer costó no poco trabajo á Anica arrancarlos á todos de sus obligaciones para que fuesen á sentarse á la mesa donde la comida les esperaba.

Encontrábanse todos satisfechos de su trabajo y alegres porque trabajaban con ilusión.

Durante la comida rieron á más y mejor, manifestación sincera de la alegría que rebosaba en todos los corazones.

Ya se disponían á abandonar la mesa para dedicarse cada cual á sus interrumpidas tareas, cuando en la puerta resonaron unos aldabonazos.

—Adelante quien sea—gritó el tío Juan sin moverse.

Y todos volvieron la cara hacia el sitio por donde necesariamente tenían que entrar los que á tal hora llamaban.

Poco tardaron en aparecer dos hombres en la puerta, que con formas corteses y los sombreros

en la mano solicitaron permiso para poder entrar.

Sin que pudiera explicarse por qué, Anica sintió que se ponía pálida y le latían las sienes, y el corazón de María Rosa palpitó violentamente como el de la persona que acaba de recibir un susto.

Al ver á aquellos dos señores vestidos de negro, el tío Juan se levantó algo sobresaltado, y dirigiéndose á ellos les preguntó:

—¿En qué podemos servirles?

—¿Vive aquí don Juan García?—preguntó uno de los visitantes, que representaba tener unos cuarenta y cinco años.

Nuestro hombre repuso:

—Tanto como don Juan, no vive aquí ninguno.

—Perdone usted; nos habrán dado mal las señas.

—Digo—agregó el padre de María Rosa—que aquí no vive más que un servidor que no tiene don ni de dónde le venga, y que se llama Juan García, pa servirles.

—De modo es—repuso el caballero con una actitud que queriendo ser muy seria pecaba de cómica:—¿de modo es que usted se llama Juan García?

—El mismo.

—Usted perdone—agregó el desconocido temeroso de engañarse,—pero me voy á permitir preguntarle cómo se llama su mujer.

Los que escuchaban esta conversación atentamente, deseando saber en qué había de parar aquéllo, redoblaron su atención.

Anica empezó á temblar, y María Rosa se puso

densamente pálida. Sin duda olfateaban alguna desgracia, aunque no hubieran podido precisar cual.

Juan Antonio se había puesto en pie como quien se apercibe á una lucha que no ha de tardar en empezar. Instintivamente, aquel hombre que tanto preguntaba, empezó á serle repulsivo.

Entretanto, el tío Juan había contestado á la última pregunta del forastero dando el nombre de su mujer.

—Entonces—dijo éste—no nos hemos equivocado, puesto que en busca de ustedes veníamos.

—¿En busca nuestra?

—Efectivamente.

—¿Y se puede saber pa qué?—preguntó el tío Juan á quien la presencia de aquellos caballeros comenzaba á dar mala espina.

El desconocido miró alrededor suyo, como indicando que había mucha gente delante.

El tío Juan no entendió ó no quiso entender la indirecta, pero como se le iba acabando la paciencia, volvió á preguntar:

—Digo que si se puede saber pa qué nos buscaba.

El desconocido, sonriendo como un cómico en escena, repuso:

—Perdone, pero el asunto de que tenemos que tratar requiere secreto.

El tío Juan, algo amoscado, dijo:

—Osté no sabe con quién trata, señor; Juan García es un hombre que arregla siempre sus asuntos á la luz del sol, y no le importa que se

enteren de ellos ni los buenos amigos que le rodean, ni el mundo entero. Conque, puede osté decir lo que tenga que hacer, que de los que están presentes, no tengo ninguno de quien guardarme.

Aunque bastante contrariado por aquella circuns'ancia, el desconocido acabó por tomar asiento cerca de la mesa. El que le acompañaba, bastante más joven que él, no consintió en sentarse y permaneció de pie detrás del caballero en actitud respetuosa con el sombrero en la mano, por lo que los presentes dedujeron debía tratarse de un criado, aunque no lo pareciera por la elegancia de su traje.

Todos se dispusieron á escuchar lo que aquel hombre, que les resultaba excesivamente antipático, iba á decir.

Después de un silencio que colmó de ansiedad á los circunstantes, el desconocido con voz pausada y grave, preguntó dirigiéndose á Juan:

—¿Tienen ustedes algún hijo?

—Una hija tuvimos, pero por desgracia murió á los cuatro meses.

—Y por esa época—siguió preguntando el caballero,—precisamente cuando ustedes lloraban con desconsuelo la pérdida de esa hija, ¿no recibieron la visita de una señora muy joven que apenas representaba quince años?

—Así fué—dijo el tío Juan temblando, mientras Anica y María Rosa se ponían densamente pálidas.

—Aquella señora venía acompañada de una doncella ¿no es verdad?

El tío Juan permaneció un rato sumido en profundas y amargas reflexiones. Tentado estaba por negar y echar á la calle aquel hombre que tan repulsivo le era, y cuya presencia allí empezaba á explicarse bien claramente por desgracia.

Temía el buen hombre que, á partir de aquel momento, iba á empezar para ellos un calvario doloroso.

Acordóse de que había dado su palabra honrada de entregar á María Rosa á la madre ó á cualquier otra persona que en nombre suyo la reclamase, si ésta presentaba el collar de esmeraldas.

¿Y no podía ser aquel hombre precisamente el que iba á reclamar á María Rosa en los momentos en que la felicidad les sonreía y en que se habían hecho la ilusión de no separarse de ella jamás?

Los mismos pensamientos que al tío Juan asaltaban á Anica, Juan Antonio y María Rosa. Todos temblaban, afligidos ante la idea de una separación próxima.

Anica lamentaba que Juan hubiese estado presente; hubiera querido encontrarse sola con aquel caballero para despistarlo hasta el punto de que no hubiese tenido otro remedio que irse. Le habría entregado María Rosa á su madre, con mucha pena, sí, pero también con regocijo, porque una y otra la habían llorado como muerta muchas veces; pero entregarla á un desconocido...!

Como el caballero viera la indecisión del tío Juan, se apresuró á decir:

—¿No me contesta usted?

—Perdone: estaba distraído pensando en cosas muy serias,

—Le preguntaba que si con aquella señora no venía una doncella.

—Sí, señor, venía otra joven.

El desconocido miró á María Rosa por primera vez y quedó maravillado de su hermosura, pero lo que más lo maravilló fué el notar el gran parecido que existía entre la joven y Amelia.

Por eso agregó:

—Recordará usted que la señora á que me refiero se parecía mucho, casi como una gota de agua á otra gota, á esta joven.

Todas las miradas se dirigieron á María Rosa, la cual, pálida y anhelante fijábase atentamente en aquel caballero, esperando saber el resultado definitivo de la presencia del desconocido, que cayera en aquella casa como el espantajo de la alegría.

El tío Juan contestó:

—En efecto, aquella señora se parecía mucho á mi María Rosa.

—¿Y no les dejó á ustedes una niña recién nacida encargándoles que la criasen y educaran?

—Se conoce que está usted muy bien enterado.

En efecto, creo estarlo.

—Pues también es verdad que nos entregó la niña.

El caballero parecía escuchar satisfecho las contestaciones del tío Juan. Sin duda no esperaba encontrar tan llano el camino que había de conducirle al fin que de antemano se propusiera.

—¿Y esa niña es ésta?—dijo indicando á María Rosa.

—La misma, lo ha adivinado osté.

El forastero se puso en pie entonces y saludando profundamente á la joven dijo todo lo respetuosamente que pudo:

—Tengo un verdadero honor en conocer á la que, aun con ese traje de modesta aldeana, es del más limpio origen aristocrático.

María Rosa se puso muy encarnada; Juan Antonio apretó los puños con rabia; Anica entretanto movía tristemente la cabeza.

El desconocido dirigiéndose entonces tanto á Juan como á Ana agregó:

—¿Y no les dijo á ustedes la señora que les entregó esa niña que algún día alguien había de venir á reclamarla?

Anica que no podía contenerse y á quien aquel hombre le era profundamente antipático contestó con mal disimulada actitud.

—Eso sería cuenta suya y nuestra, pero no del primero que se presente.

—Está bien—dijo el desconocido con una sonrisa,—me agrada mucho saber que son ustedes tan discretos. En verdad que no me había engañado la madre de María Rosa al decirme que eran ustedes las personas más honradas y estimables del mundo.

—¿Mi madre? — preguntó la jóven poniéndose en pie emocionada. — ¿Conoce usted á mi madre? ¿Dónde está? ¿Vive? ¿Por qué no se acuerda de mí?

Y sin poderlo evitar se echó á llorar con lágrimas que conmovieron á todos los presentes.

Ana le abrió cariñosamente los brazos y en ellos se arrojó la pobre niña rendida de tantas emociones.

—Vamos, hija mía, tranquilícese usted—dijo el desconocido procurando dar á su voz una inflexión dulce aunque en vano. — Su madre de usted vive y no aguarda para ser completamente feliz más que á tener la dicha de abrazarla. Durante muchos años, ha sufrido mucho, ha llorado día y noche por usted, pero ya se han acabado sus dolores, sobre todo si usted no tiene ningún inconveniente en venir conmigo á donde la espera con inmensa ansiedad.

—¿Y por qué no ha venido á buscarme?— preguntó la joven sin dejar de llorar.

—Porque el estado delicado de su salud no se lo permite; pero ahora que ha desaparecido el obstáculo que se oponía á que pudiera estar junto á usted, haciéndosele interminables los instantes que esta separación dura, me ha encargado que venga por usted para que la lleve á su lado.

Las palabras del desconocido cayeron en aquella reunión que poco antes reía tan á sus anchas como una bomba.

Anica se echó á llorar con amargura infinita viendo cercano el momento de la separación; María Rosa, que tanto había anhelado durante toda su vida la llegada de aquel momento, temblaba sin saber por que mirando á Juan Antonio que permanecía mudo, anonadado con el golpe que indudablemente iba á destruir su felicidad, aquella dicha por tanto tiempo soñada, y tan honrosamente ganada.

El tío Juan, aunque azorado ante aquel acontecimiento inesperado, fué no obstante el que permaneció más sereno y se atrevió á decir:

—Poco á poco. Eso de llevársela á que vea á su madre, será según y conforme.

—¿Cómo?—preguntó el caballero fingiendo sorpresa.

—En primer lugar agregó el tío Juan — nosotros no sabemos quien es usted.

—Tiene V. razón.

—Y luego que para que yo entregue á la niña, es menester que se cumpla alguna cosa.

—Precisamente—dijo el caballero sin inmutarse—de eso es de lo que quería hablar.

Y sacando del bolsillo interior de la levita un estuche dijo mostrándoselo al tío Juan:

—Usted debe tener un estuche exactamente igual á éste.

El buen hombre palideció. Ya no dudaba de que su desgracia era cierta.

María Rosa tendría que marcharse con aquel caballero precisamente en el momento en que todos alimentaban y acariciaban las más bellas ilusiones.

Pero, guardando la desconfianza hasta el último momento, ya que la esperanza es lo último que se abandona, pensó que aquel estuche nada significaba y que para entregar á María Rosa era preciso que se cumpliera alguna formalidad más que la de mostrar aquella cajita.

El caballero como si leyera en la imaginación del tío Juan abrió lentamente el estuche y enseñó el magnífico collar de esmeraldas que tanto temían ver todos.

Después dijo:

—La persona que os entrego esta niña os recomendó que cuando María Rosa cumpliera los

diez años le colgaran al cuello un collar igual á éste.

—Sí, señor — repuso el buen hombre á quien faltaba poco para llorar.

—Dijo también—prosiguió el forastero—que le enseñaran ustedes á respetar y á querer á su desgraciada madre cuyo retrato está encerrado en este medallón, del cual una copia igual hay en el que lleva al cuello.

Y abrió el medallón enseñando el retrato al tío Juan que no sabía que decir, rendido como estaba á la evidencia.

—A más — prosiguió el caballero — la señora agregó que la niña sería devuelta á ella misma ó á la persona que en su nombre les presentara este collar.

Anica refunfuñaba llorando; María Rosa sentía miedo, un miedo muy grande que le inspiraba aquel hombre. A una y á otra les hubiera alegrado muchísimo ver á Amelia presentarse en la casa. ¡Qué diferencia entonces!

El tío Juan también experimentaba un temor que no sabía explicarse.

Aunque encontraba natural la impaciencia de aquella madre por ver á su hijo, también como María Rosa y Anica hubiera preferido, que en lugar de enviar á aquel caballero se presentase la misma señora, ya que tan buena y bondadosa era.

Con ella indudablemente las cosas hubieran ido de otro modo.

Juan Antonio no había hablado una palabra. Estuvo durante aquella conversación en un potro; no se consideraba con autoridad bastante para tomar la palabra é imponer su voluntad.

¡Si aquel hombre hubiese llegado siquiera después de que el cura les echara la bendiciones! Otra cosa sería.

Pero les había cogido precisamente en unas circunstancias en que nada podía decidir.

No pudiendo aguantar la desazón que de él se había apoderado, se levantó silenciosamente y se dirigió al jardín.

María Rosa le vió salir con el corazón transido de dolor, y de buena gana habría ido á arrojarle en sus brazos para prodigarle caricias y consuelos de los que ella estaba tan necesitada.

Después el tío Juan habló de los compromisos que María Rosa tenía que cumplir, y dijo que sería conveniente que antes de marcharse del pueblo se casara con Juan Antonio, para que los dos juntos pudieran hacer el viaje y presentarse á la madre contentos y felices.

El caballero que había visto con alegría su pleito ganado, procedió con habilidad y guardóse mucho de manifestar oposición á los naturales deseos del tío Juan.

Dijo que encontraba muy bien que los muchos se amasen tan entrañablemente y que la madre de María Rosa había de manifestarse muy contenta, toda vez que los que habían sido hasta aquel momento, padres de la joven, aseguraban que Juan Antonio era un hombre de bien.

Sin embargo, habló de la conveniencia que la boda se aplazase hasta que la madre se encontrase en disposición de asistir á ella.

Entretanto, como no se iba á acabar el mundo por que María Rosa hiciese un viaje tan corto,

irían á verla, y no bien se encontrase bien la madre volverían las dos á celebrar la boda.

Tan llanamente explicó las cosas y con tanta amabilidad logró expresarse que empezaron á estar más tranquilos los ánimos.

María Rosa salió á buscar á Juan Antonio y le hizo volver, sin poder hablarle gran cosa porque no lograron estar solos.

Sin embargo, tuvo tiempo bastante para jurarle una vez más que le quería con toda su alma y que por nada del mundo le olvidaría, prometiéndole volver no bien conociera á su madre.

Todos reunidos otra vez, llovieron las preguntas sobre el caballero.

María Rosa pedía detalles de su madre, que el desconocido daba, hablando siempre de la bondad suma de aquella señora y de los sufrimientos á que se había visto condenada durante larguísimos años.

—¿Y pensaba en mí mientras sufría? — preguntó la joven con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Qué si pensaba! — exclamó el forastero. — Constantemente, hija mía, constantemente. Yo creo que la única causa de sus males la constituía esta separación perpétua á que se veía condenada.

—¡Pobre madre mía!

—Muchas veces, en medio de su aflicción dolorosísima exclamaba: «¡Dios santo! Sólo temo que mi idolatrada hija tome mi alejamiento por desamor cuando precisamente el verme lejos de ella constituye para mí el mayor de los martirios». Y

al decir esto, la noble señora lloraba con desconsuelo infinito, y en vano las personas que la amábamos hacíamos esfuerzos para consolarla.

María Rosa lloraba también desconsoladamente al escuchar lo que de su madre decía aquel caballero.

Sin embargo, no dejaba de extrañarle mucho que después de pasar tantos años en silencio, no fuera su madre precisamente la que estuviera allí.

Tenía deseo y temor á la vez de que llegase la hora de marchar, pues no dejaba de comprender que cuando su madre la reclamaba, indudablemente había de servirle de gran consuelo su presencia.

A ratos, sentíase invadida de ternura infinita, y deseosa de volar al lado de su madre para prodigarle toda clase de consuelos, y hacerle saborear en un día todas las dulzuras filiales de que se había visto privada durante tan larguísima ausencia forzosa.

Anica, que sin saber por qué desconfiaba de aquel hombre, propuso que el tío Juan y Juan Antonio acompañasen á la joven hasta dejarla en poder de su madre.

A esto se opuso el caballero, hablando de conveniencias sociales y de no se sabe qué cosas más que aunque no convencieron á Anica, le obligaron á desistir de su propósito.

El desconocido mostrábase cada vez más cariñoso; alababa á aquellas pobres gentes, por haber cumplido tan á conciencia la sagrada misión que se les confiara, y no se cansaba de repetir que la madre de María Rosa, premiaría con largueza aquella honradez.

—En cuanto á eso—dijo el tío Juan sin tratar de disimular su orgullo.—Estamos más que pagados. María Rosa es buena y no nos olvidará. No queremos más premio que el cariño de la que hasta ahora fué nuestra hija queridísima.

La joven abrazó al tío Juan y le besó muchas veces asegurando que el único favor que pensaba pedir á su madre era el de que volviera con ella al pueblo para que con el tío Juan, Anica y Juan Antonio formaran una sola familia.

Al anoecer María Rosa pudo hablar á solas con Juan Antonio.

La escena que entre ellos se desarrolló fué la más tierna y conmovedora que puede calcularse.

Las promesas de amor, los juramentos fervientes menudearon.

Juan Antonio tenía que hacer esfuerzos inauditos para no llorar, y como su desconsuelo era infinito, no sabía ni qué decir ni cómo quejarse de lo que su corazón amante calificaba de mala suerte.

María Rosa, aunque estaba deseando ver á su madre y la noticia de que existía y se acordaba de ella había sido muy grata á su corazón amoroso, no dejaba de estar triste y de llorar.

La idea de separarse de Juan Antonio en el momento en que su felicidad era una cosa tangible, ya que su felicidad estribaba en la unión con aquel hombre á quien tanto amaba y que debía casarse al día siguiente, la hacía muy desgraciada.

Presas las manos en las de él, juntos, muy juntos, permanecieron largo rato sin decirse nada.

¿Para qué las palabras cuando los sentimientos eran tan profundos? ¿Acaso podrían expresar todo lo que sentían?

—María Rosa—dijo por fin Juan Antonio.—No quiero decirte nada, nada. ¿Para qué decirte lo que tú sabes, puesto que tan bien sabes penetrar en mi corazón? Tu muerte me hubiera causado la muerte, porque sin ti no hay vida para mí. Donde tú no estés, para mí falta el aire y el sosiego. Solo con verte me parece estar en la gloria.

—Juan Antonio, ¡cuánto te quiero!—exclamó la joven encantada al oírle decir aquellas cosas tan halagüeñas.

—María Rosa—continuó diciendo el mozo—si tu muerte hubiera causado la mía, tu ausencia, si se prolonga mucho me volverá loco. ¿Cómo es posible que la razón más firme resista á tu pérdida?

Guardó silencio para suspirar con fuerza y después agregó:

—Te vas, y al irte te llevas mi alma, los latidos de mi corazón, la sangre que anima mi cuerpo, la voz con que tantas y tantas noches he cantado bajo tu ventana... Todo lo mío te lo llevas, y mientras estés fuera no me quedará más que frialdad en el corazón y lágrimas en los ojos.

María Rosa, llorando, le echó los brazos al cuello y empezó á hablarle mimosamente, como se habla á un chiquillo á quien se quiere consolar de una aflicción profundísima.

—Tonto, más que tonto, ¿por qué te has de affigir? Donde quiera que vaya siempre vendrá tu recuerdo conmigo. Ya que se retrasa la hora en

que he de dormir confiadamente en tus brazos, el desconsuelo me seguirá á todas partes y estaré pensando siempre en la hora en que he de volver á ti... Mi madre será buena, no querrá verme triste y hará que podamos unirnos para siempre, pronto, muy pronto; no bien yo le diga que tú eres el más bueno, el más santo, el más grande y el más gallardo de los mozos.

Y luego, en un arranque de ternura inmensa, acercó locamente sus labios sedosos á los ardientes labios de su amado, y dando en ellos un beso que abrasó hasta las entrañas del mozo, dijo con vehemencia:

—Te juro, por este beso que es el primero que te doy; por este beso que te dí con toda mi alma y con mi corazón todo, y por el que Dios no ha de castigarme, que no bien vea á mi madre, le daré tanta prisa, que si ella no puede venir conmigo me devolverá en seguida á los que fueron mis padres para que aquí reunidos, podamos esperar tranquilamente la bendita hora de nuestra dicha suprema.

Poco rato después vinieron á buscarlos.

Anica y Juan la besaron una y muchas veces, recomendándole que no los olvidase y que tuviera siempre presente que aquellos pobres viejos quedaban en el peor de los desamparos con su ausencia.

El tren había de pasar pronto por la estación del pueblo; era el mismo que dieciocho años antes se había llevado á la desventurada madre de María Rosa.

Todos fueron á la estación para despedir á la joven.

El tío Juan por más que quería hacerse el valiente no cesaba de llorar. A Anica y á María Rosa se lashubiese podido ahogar con un pelo. Juan Antonio caminaba triste y cabizbajo como reo que va á que se cumpla en él la última sentencia.

Al asomar el tren se armó tal algarabía de gritos, sollozos, recomendaciones y gemidos, que nadie se entendía.

El tío Juan, llorando como una Magdalena, abrazó á la muchacha, y por más que quería decirle muchas cosas, solo tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Hija mía! ¡quiera Dios que vuelva á verte pronto!

Anica, cuando se abrazó á aquella hija queridísima, solo pudo decir:

—¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma!

No de otro modo hubiera gritado al verla salir en una caja, muerta.

Juan Antonio, á quien un esfuerzo heroico le había hecho conservar cierta serenidad sombría, dijo apretándola entre sus brazos:

—María Rosa, no olvides que dejas aquí la locura y la muerte: la locura, pa mí; la muerte, pa esos pobreticos viejos.

Y señalaba al tío Juan y Anica.

No bien se acomodaron los viajeros en un vagón de primera clase; el tren desapareció, como desaparece la dicha en el mundo.

III

Dejemos á María Rosa, silenciosa y triste, metida en un rincón del coche de primera, sin fijarse en el caballero que sentado al frente la contemplaba

sonriente y restregándose las manos como quien acaba de conseguir el mayor de los triunfos con facilidad suma.

Mas tarde nos ocuparemos de este personaje dándole á conocer.

En cuanto al joven que le acompañaba, sin duda debía ser un lacayo de aquel señor, porque al subir al tren lo hizo en un departamento de tercera clase, y en todas las estaciones, iba á presentarse á su señor para saber si se le ocurría algo.

Juan Antonio, el tío Juan y Anica, volvieron á su casa tristes y silenciosos, sumidos cada cual en sus pensamientos que distaban mucho de ser alegres.

A la llegada á aquella casita donde tanto se prometían gozar, las lágrimas se renovaron y volvieron las tristes escenas de gemidos y frases entrecortadas por los sollozos.

Todo cuanto había en la casa les recordaba nuevamente á María Rosa.

Los preparativos que para la boda hicieron con tanta alegría, resultábanles verdaderamente fúnebres.

El tío Juan se quedó contemplando con gran pena las compras que por la mañana había hecho en Andújar.

Aquellos dulces con los que pensaba obsequiar á todo el pueblo, para nada servirían ya.

Ni él, ni su mujer, ni menos Juan Antonio, habían de utilizarlos.

¡Buenos estaban ellos para pensar en regalarse el paladar!

Anica, por su parte, al entrar en lo que durante los últimos días fué gabinete de costura, lloró

con desconsuelo infinito recogiendo aquellas galas que para nada servirían.

María Rosa, con su afán de querer volver, apenas se había llevado equipaje alguno. Unas cuantas camisas, tres ó cuatro chambras, y un par de juegos de enaguas: eso fué todo lo que se llevó.

Al marchar estaba segurísima de que su madre, á no ser una mujer infame y sin sentimientos, había de dejarla volver á aquella casa donde tantísimas afecciones dejaba.

A más, abrigaba la esperanza de que hasta había de concederle vivir rodeada de aquellas personas que tanto la querían.

Anica, recordando las palabras de María Rosa, pensando en lo dichosa que aquella misma mañana, se sentía, experimentaba una aflicción inconsolable.

¡Oh, ella no era tan optimista como aquella joven que había bebido la vida en su jugoso seno! No quería hacerse ilusiones.

Lo único verdadero que había en lo sucedido es que se llevaron á María Rosa.

En cuanto á su vuelta ¿qué sabían? Acaso no volvería más.

Idea tan desconsoladora atribulábale el corazón.

Entregada á sus tristísimos pensamientos de vez en cuando exclamaba, como respondiendo á algo que se preguntaba en su interior, tal vez para llamar á la esperanza perdida.

—No, no; no puede ser; no volverá; no la dejarán volver. El pobre Juan Antonio no es más que un hombre del campo al fin, y la madre de María Rosa, que es todo una señora, no querrá para su hija un campesino.

Bajaba la cabeza tristemente, como abrumada por un peso insoportable y agregaba:

—Y luego... ese hombre... No, no me ha gustado nada ese hombre.

Referíase al caballero que había ido á llevarse á María Rosa.

Juan Antonio entretanto, sentado en un rincón no se acordaba de que la noche iba transcurriendo aunque con la lentitud con que corren las horas de aflicción,

Mudo y triste como la estatua del dolor, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cara oculta entre las manos, permaneció largo rato sin moverse, y á no ser por el movimiento convulsivo de sus hombros, nadie hubiera adivinado que sollozaba y no dormía.

El tío Juan, más avezado á los dolores, por ser el más viejo, ó más fuerte que los demás á pesar de su vejez fué el primero en hablar.

Llamó á Anica que recogía la ropa que había quedado en el gabinete, y rogó á Juan Antonio que se hiciera fuerte, porque si él lloraba ¿qué lo tocaba á Anica?

Cuando estuvieran reunidos habló de esta manera:

—Ea, no hay que apurarse tanto; por fortuna no ha muerto María Rosa, ni está pa morirse. Dentro de poco la volveremos á tener aquí, y ya veréis entonces como nos reímos de nuestros temores.

Juan Antonio, comprendió que aquel pobre viejo no pretendía otra cosa que consolar un poco á Anica, y avergonzado de su debilidad que le ha-

bía hecho amilanarse como una mujer falta de espíritu, se propuso ayudar al tío Juan en su tarea, y entre los dos lograron llevar alguna tranquilidad á la abatida y desconsolada mujer.

Haciendo todos de tripas corazón se animaron unos á otros.

El tío Juan propuso que debían comer algo, porque con las tristezas naturales de la despedida ninguno se había acordado de hacerlo.

Y cenaron, ó por mejor decir, hicieron heroicos esfuerzos por tragar unos cuantos bocados y beber un poco de vino.

Como era muy tarde y los cuerpos estaban rendidos se acostaron.

Juan Antonio, no quiso abandonarlos en tan triste noche y se acomodó lo mejor que pudo en un rincón donde improvisó un camastro. Los campesinos, acostumbrados á pasar las noches al raso duermen bien en cualquier parte.

El tío Juan y Anica pasaron mala noche; durmieron poco y soñaron mucho y no mucho halagüeño.

En cuanto al mozo le sorprendió el alba sin haber podido pegar los ojos.

Salió al jardín; paseó por los lugares en donde tanto había soñado y estuvo muy triste durante toda la mañana.

El tío Juan y Anica estaban tan inconsolables aquel día como la noche anterior.

Sin embargo, como fueron muchos amigos á visitarles distrajeron sus dolores, refiriendo la causa de ellos á cuantos le preguntaban.

En aquella casa no se hablaba más que de María Rosa.

A la hora de comer, Juan Antonio que había estado casi toda la mañana en el jardín con algunos compañeros que lograron animarle, entró en la casa, recordando que no se habían desayunado siquiera y que no era cosa de pasarse la vida sin comer.

El tío Juan dijo:

—Y es la verdad, hombre. Debemos pensar un poquito en nosotros, porque si pasamos muchos días como el de ayer, aunque no tarde más que ocho días María Rosa en venir, tendrá que irnos á buscar al camposanto.

La esperanza empezaba á renacer en aquellos corazones.

Realmente los amigos que fueron por la mañana tenían razón: no había que dar á lo sucedido una importancia excesiva.

A más, ¿no tenían todos una confianza ilimitada en la bondad y en el cariño de María Rosa?

¿Pues á qué desconsolarse hasta el punto de exponerse á caer enfermos?

Aunque la comida fué excesivamente triste, no tuvo comparación alguna con la cena.

Concluyendo estaban, cuando oyeron el ruido de un carruaje que se paró en la puerta.

Los tres se pusieron en pie sobresaltados; todos tuvieron la misma idea. ¿Sería María Rosa que volvía?

Y sin pararse á pensar que aquello no era posible, se abalaron los tres hacia la puerta.

Precisamente en aquel momento descendía del coche una señora alta, delgada y todavía joven y hermosa.

Collar 4

Anica y el tío Juan, al ver aquella señora sintieron palpar violentamente sus corazones.

¿Sería posible? ¡Oh, no, no! Precisamente les habían dicho la noche anterior que la madre de María Rosa estaba en Madrid imposibilitada para viajar, y precisamente por eso había mandado á aquel señor para que le llevase á su hija.

Sin embargo, los dos se decían que recordaban á aquella señora, de haberla visto en alguna parte.

Juan Antonio, también contemplaba con avidez á la desconocida.

Así de pronto, le pareció que aquella mujer tenía mucha semejanza con su amada. Los ojos y la boca sobre todo.

Estas reflexiones fueron cuestión de un momento, el que tardó la señora en cerrar el coche y dirigirse hacia el grupo que los tres habían formado en la puerta.

Al acercarse la señora á ellos creyó ver en sus caras señales inequívocas de aflicción y hasta huellas de lágrimas.

Juan Antonio creyó notar que la desconocida se ponía pálida, y eso que ya lo estaba mucho.

—Perdonen ustedes—dijo la señora acercándose á ellos.—Hace mucho tiempo vivía aquí un honrado labriego llamado Juan García. ¿Podrían decirme lo que ha sido de él?

—Eso Juan García por quien esté pregunta, soy yo—dijo el tío Juan clavando su mirada en el rostro de la señora.

Por su parte Anica sintió que el corazón le palpitaba fuertemente.

—¡Dios mío!—exclamó la señora.—Es verdad,

no me engaño; usted es Juan y usted Ana. ¿No recuerdan ustedes de mí?

—Aunque han pasado muchos años, sí, señora. Creo no engañarme; usted es la que una noche...

—¿La que una noche llegó á esta casa triste y afligida á pedirles á ustedes la caridad de que se encargasen de criar una niña? Sí, sí; la misma soy.

Y abrazó á Ana y apretó cariñosamente la mano del tío Juan, después de lo cual hizo un gracioso saludo á Juan Antonio que la miraba con los ojos muy abiertos.

Penetraron en el gran portalón y se sentaron.

Amelia, pues no era otra la persona que acababa de llegar, conservábase todavía joven, gallarda y esbelta, aunque en su cara pálida empezasen á verse algunas arrugas que sin duda causara la mano implacable de un destino cruel.

En las comisuras de sus labios había cierta contracción amarga que revelaba que la felicidad no había sido una huésped constante de aquel pecho.

Vestía con elegancia extrema y á la legua se adivinaba su origen aristocrático.

Parecía estar muy cansada, tal vez por las molestias de un viaje largo.

Sus manos enguantadas eran pequeñas y delgadas, y en su pelo rubio y rizado como el de María Rosa, empezaban á brillar algunas canas prematuras.

Amelia, teniendo muchas ganas de hablar, de preguntar, de que le refiriesen cuanto había pasado en aquellos dieciocho años que transcurrieron desde su llegada á aquella casa, no se atrevía á

abrir la boca, temiendo sin duda que la desgracia no se hubiera cansado de perseguirla.

Sentía que el corazón le palpitaba con extraordinaria fuerza y respiraba anhelosamente, como si le faltara aire.

Así pasó un momento que para todos fué un siglo, pues si ansiedad tenía Amelia de abordár la cuestión, más ansiedad tenían el tío Juan, Anica y Juan Antonio de saber lo que la señora iba á hacer allí, cuando el día anterior, y ella debía saberlo, había salido su hija en su busca.

Por un momento, Ana y el tío Juan pensaron, que muy bien Amelia podía haber esperado á su hija en la estación próxima y que enterada del amor que María Rosa sentía por Juan Antonio, y tal vez no pareciéndole bien, iba á desengañar al pobre mozo, aconsejándole que no volviera á pensar en la muchacha.

Pero esta duda y estas cavilaciones fueron cosa de un momento.

Amelia, viendo que nada le decían y que nada le preguntaban, se decidió por fin á preguntar:

—¿No tienen ustedes nada que decirme? ¿Y María Rosa? ¿Qué ha sido de mi hija?

—¿De María Rosa? — preguntaron á la vez los tres con muestras de verdadero sobresalto.

—Sí; ¿no se encargaron ustedes de ella?

—Nos encargamos de ella,— dijo el tío Juan,— y hasta ayer ha permanecido á nuestro lado.

—¿Hasta ayer? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia? ¿Ha muerto quizá? ¡Por Dios santo, díganme cuanto haya ocurrido!

—¿Pero no lo sabe usted?—preguntó Ainea verdaderamente asustada.

—¿Qué es lo que yo he de saber?

—¿No mandó usted por ella?

—¿Yo? — preguntó Amelia poniéndose pálida.

—Sí, señora.

—Pero ¿á quién había yo de mandar?

Juan Antonio se había puesto en pie, sin poder contenerse.

Había oomprendido, sin que nadie se lo dijese, que aquella señora era la madre de su amada, y por las exclamaciones de ésta, empezó á temer que el tío Juan y Anica hubiesen sido víctimas de una superchería.

El tío Juan, más dueño de sí que las dos mujeres, dijo:

—Oiga usted, señora, con calma todo lo que ha pasado:

«María Rosa se ha criado con nosotros sana, robusta y buena.

«Jamás nos dió el más ligero motivo de queja, y estoy por jurar que nos quería, ni más ni menos que si hubiésemos sido sus padres.

«Cuando llegó á la edad en que podía comprender las cosas, empezamos á hablarle de usted y á decirle que no era hija nuestra, y que debía la vida á un señora tan buena como desgraciada, que se llamaba Amelia.

«Como nada más sabíamos de usted, nada más pudimos decirle.

««Ella, cariñosa y angelical, nos hacía referir constantemente, casi á diario, los pormenores de la noche aquella en que usted la dejó confiada á nosotros.

«Como pasaba el tiempo y usted no daba señas de vida, la lloramos como muerta,

«María Rosa pasábase las horas muertas contemplando el retrato del medallón. Muchas veces, se quitaba el collar de esmeraldas con el fin de poder verla á V. más de cerca.

«Entonces llenaba de besos el retrato y lloraba.

«Desde hace algunos años, y por iniciativa de la misma María Rosa, rezábamos todas las noches por el eterno descanso del alma de usted puesto que la creíamos muerta.

«Un día, sin embargo, María Rosa se despertó muy alegre y vino á nosotros palmoteando.

—Estoy muy contenta, ¡mi madre, aquella madre á quien yo no conozco, vive!

«Porque he de advertirle á usted que desde que empezó á hablar llamaba madre á mi Anica y padre á mí.

—¿Cómo sabes tú eso?—le pregunté.

—¡Ay! padre, porque esta noche he soñado con un ángel que venía á decirme: «Tu madre, tu verdadera madre, vive. ¡Pero es muy desgraciada y no puede venir á verte!»

—Pobre, hija mía—exclamó la señora derramando lágrimas.—Pero ¡por Dios! dejemos ese relato para otra ocasión y dígame si está buena y dónde está.

—Como buena, si que debe estar, porque ayer su salud era inmejorable; lo demás lo sabrá usted ya.

—¿Qué lo sé yo?

—Sí, señora.

—Explíquese.

—A ello iba. Vivíamos tranquilos y felices; nada nos faltaba, á no ser la presencia de osté.

El tío Juan hizo una pausa como buscando medios hábiles para hacer una confesión que no sabía como podía sentar á la señora, pero como no los encontrara muy á propósito se resolvió por hablar claro y dijo:

—Porque ha de saber osté que María Rosa se debía haber casado hoy.

—¿Casado?—preguntó Amelia abriendo los ojos desmesuradamente.

—Sí, señora.

—¿Y con quién?

—Con Juan Antonio que es este mozo que tiene osté delante — dijo el tío Juan señalando al muchacho que se puso encarnado como la grana.

Después el tío Juan, mientras Amelia contemplaba al pretendiente de su hija con verdadero interés, agregó:

—Un muchacho bueno, guapo y trabajador como pocos. Y que ahí donde lo tiene osté, la quiere de tal modo que por evitarle la causa de un suspiro se tiraría desde los balcones del campanario.

—¿De modo—preguntó la señora, después de un examen que en nada perjudicó á Juan Antonio—que debiéndose casar hoy no se han casado?

El tío Juan creyó adivinar lo que hasta entonces se manifestó á sus ojos como dudoso. Figuróse que aquella señora procedía con doblez; que había ido allí exclusivamente á conocer á Juan Antonio, á saber si efectivamente era un hombre de bien, y tal vez, y á pesar de toda la bondad del mozo, á decirle que abandonase toda esperanza de casarse con María Rosa,

Sin embargo, como las cosas no estaban aún tan claras como convenía, como era imposible salir de dudas por conjeturas, y allí estaba precisamente Amelia que había de poner cada cosa en el lugar correspondiente, el tío Juan se determinó á referir los sucesos tal y como se habían desarrollado.

En su consecuencia, dijo:

—No se ha casado, no; porque aquel caballero no lo quiso.

—¿Qué caballero? — preguntó la señora, poniéndose pálida, como quien teme la revelación de una catástrofe.

—Aquel á quien usted mandó — repuso el tío Juan fijándose en la señora.

—Explíquese, por Dios, — replicó Amelia, — porque apenas entiendo nada de lo que está usted diciendo.

El tío Juan hizo un movimiento de extrañeza y Juan Antonio y Anica escucharon con ansiedad.

—Es el caso, señora, que cuando estábamos más contentos y habíamos señalado el día en que había de verificarse la boda, que era hoy precisamente; cuando ya no nos quedaba más que ultimar detalles y María Rosa, loca de alegría, había enseñado su ajuar á todos los del pueblo, se presentó aquí un señor preguntando por mí.

—¡Dios mío! — exclamó temblorosa Amelia, temiendo adivinar el resto de lo que el tío Juan tenía que decirle.

Luego, sin tratar de disimular su sobresalto, preguntó:

—¿Y qué hizo ese caballero? ¿Qué dijo?

—Preguntó que si nosotros éramos los que había dieciocho años nos habíamos hecho cargo de una niña que se llamaba María Rosa.

—¿Y después?

—Después nos dió tales detalles de lo que ocurrió aquella noche en esta casa, que no parecía sino que los hubiera presenciado. Nos habló de usted, diciéndonos que había sido muy desgraciada durante todo ese tiempo.

—¡Ay, es verdad! — suspiró la pobre mujer. — ¿Y luego, qué hizo?

—Aseguró que usted tenía muchas ganas de abrazar á la niña y que no pudiendo venir le había encargado á él que se la llevara.

—¿Y qué hicieron ustedes?—preguntó llena de ansiedad la desventurada.

Las preguntas y respuestas se sucedían precipitadamente, como si tanto el tío Juan como Amelía tuvieran gran deseo de llegar hasta el fin.

Ana escuchaba ansiosamente; Juan Antonio lo mismo, pero ni uno ni otro acababan de ver claro aquella cuestión al parecer tan sencilla.

Juan Antonio, que cuando le indicó el tío Juan como prometido de María Rosa, esperó ver indignada á la verdadera madre, que después no vió que se tranquilizase la señora al saber que la boda no se había llevado á efecto, empezó á sospechar, que les amenazaba á todos una desgracia infinitamente mayor que la ausencia de la niña idolatrada.

El joven apenas respiraba. Tenía los puños apretados y manteníase en pie como dispuesto á em-

prender una lucha con algún enemigo, aunque invisible á la sazón, no tardaría en tomar cuerpo.

Anica, aniquilada por tan vivas y encontradas emociones, aunque quería hablar no podía, y contentábase en llorar silenciosamente, como los aquejados de dolores incurables que en el curso de su dolencia han aprendido que los gritos y exclamaciones para nada sirven.

El tío Juan, dijo:

—En primer lugar, señora, yo le dije á aquel caballero, que aunque no dudaba de que fuese un hombre de bien, me era imposible acceder á su deseo,

—¡Muy bien!—exclamó la madre.

—La niña, le dije, nos fué entregada en condiciones que para llevársela habfan de cumplirse.

—Y él, ¿qué dijo?

—No pareció apurarse por ello, porque sacando una cajita que llevaba en el bolsillo, me dijo que usted le había dado instrucciones para el caso y que en previsión de que nosotros nos negáramos á cumplir los deseos de usted, le había dado aquella cajita.

—¿La abrirían ustedes?

—No, señora; él fué quién la abrió mientras nosotros temblábamos de angustia, porque á decir verdad, temíamos que aquel hombre viniera efectivamente á quitarnos á María Rosa.

Amelia apenas podía hablar; sosteníase gracias á un esfuerzo soberano que hacia sobre sí misma.

Había llegado el momento en que deseando saber casi no se atrevía á preguntar.

—¿Y no se inmutó—preguntó por fin la señora—al ver que ustedes le obligaban á abrir la cajita?

—¡Cá! no, señora; muy sonriente, como si estuviera muy alegre la abrió con mucha calma, en medio de la ansiedad general.

—¿Conque la abrió?

—Sí, señora; y sacando de élla un collar de esmeraldas.....

—¿Pero no sería lo mismo que el que llevaba María Rosa.

—Al contrario—afirmó el tío Juan con la seriedad del que jura una cosa de que está muy cierto, —tan semejante era, que me pareció el mismo que nos enseñó usted la noche en que nos entregó á la niña.

—¿Y tenía también el medallón?

—El medallón y el retrato.

—¡Ah!

—El caballero, al ver que reconocíamos aquel collar y aquel medallón como la prueba segura de que venía de parte de usted, se manifestó muy cariñoso y nos refirió las penalidades porque usted había pasado.

María Rosa lloraba con desconsuelo infinito, y aunque al principio miró á aquel caballero con desconfianza acabó por desear, que llegara la hora en que había de reunirse con usted para consolarla.

—¿Pero se la entregaron ustedes?—preguntó la señora en el colmo de la ansiedad—¿no está aquí María Rosa?

—María Rosa, salió anoche en el tren con aquel señor que vino por ella.

Amelia se puso en pie como impulsada por un resorte; elevó los brazos como quien implora desesperadamente al cielo, y dando un grito agudo

que penetró en los corazones de aquella gente sencilla, como un puñal, exclamó:

—¡Hija de mi alma! Me la han robado.

Hubiera caído de espaldas á no correr Juan Antonio con los brazos abiertos á sostenerla.

Al mismo tiempo que el de Amelia, resonó otro grito desgarrante y angustioso, y se oyó el ruido sordo del cuerpo de Ana al caer al suelo.

El tío Juan, loco de desesperación y de rabia, se inclinó sobre ella y la transportó á la cama, gimiendo dolorosamente, creyéndola muerta.

Juan Antonio por su parte trasladó á la señora á otra cama, precisamente la preparada para su boda.

El mozo no sabía lo que le ocurría.

Tenía el corazón fuertemente oprimido, sentía también en la garganta opresión brutal y las sienes le latían violentamente.

Cuando dejó sobre la cama á Amelia, creyó al fijarse en su cara pálida, ver la cara de María Rosa, de aquella María Rosa á quien acababa de perder tal vez para siempre.

Experimentó como un aflojamiento en todos los músculos y creyó que iba á morir.

Pasmado, mudo, tembloroso, contemplando á la que creía muerta, flaqueándole las rodillas, zumbándole los oídos, permaneció largo rato, como en una agonía terrible que debilitaba sus fuerzas por momentos.

Por fin, prorrumpió en sollozos afflictivos y cayó de bruces sobre la cama.

Su corazón estaba despedazado por dolores agudísimos, como no creyó que pudieran sentirse nunca y menos resistirse.

Y atontado, loco, sin fuerzas para levantarse, gimiendo de manera conmovedora, lloró largo rato, llamando á su amada con gritos destemplados que que oprimían el corazón.

El tío Juan entretanto, creyendo que Ana se iba á morir, si no estaba ya muerta, salió tambaleándose de la casa y corrió con la cabeza descubierta y la actitud de un loco, en busca del médico.

IV

Aquella crisis violenta amenazaba acabar con la vida de los tres.

Ana, tendida en la cama, parecía muerta: apenas si respiraba y si lo hacía era de tan tenue manera que casi se percibía. Más que pálida su cara estaba lívida.

Las infinitas emociones que acababa de experimentar tras aquel día de amarguísimas lágrimas, en el convencimiento de que había perdido á su María Rosa por siempre, pues no otra cosa dedujo del grito y del desmayo que había producido á Amelia la noticia del viaje de su hija, martirizó su corazón de tal manera que se sintió morir.

Amelia en la otra cama continuaba inmóvil, como si hubiera sido herida por un rayo.

A su lado Juan Antonio, después de sollozar amargamente durante mucho tiempo, había quedado sumido en un sopor estúpido. Su cerebro no funcionaba bien; sus ideas eran oscuras y tenebrosas, tanto que ni él mismo se las explicaba.

De haberle preguntado en aquellos momentos porqué lloraba, no hubiera podido decirlo; tal confusión reinaba en su cerebro,

Llegó el tío Juan con el médico, que á decir verdad tanto necesitaba él como los enfermos.

Ana tardó poco en volver en sí, y se puso á llorar tan sin tino, que Juan llegó á creer que su mujer se había vuelto loca.

Sin embargo, el médico, enterado de lo que motivaron tales accidentes, tranquilizó á Juan asegurándole que aquello acabaría bien pronto, no bien le hicieran beber un cordial que recetó aconsejando que habían de tomarlo á la vez la enferma, el tío Juan y Juan Antonio, pues todos estaban necesitados de él.

A la que el médico encontró verdaderamente de cuidado fué á Amelia.

A ésta hubo que desnudarla y meterla en la cama, y cuando volvió en sí de su desmayo, fué atacada de violento delirio y de calentura.

Cuando Ana estuvo algo más tranquila dedicóse al cuidado de la enferma con tanto cariño, que logró con sus afanes y cuidados mejorarla.

Pasaron, sin embargo, tres días antes de que pudiera hablar y explicar lo ocurrido.

Aseguró entonces, que un marqués, pariente suyo, por vengarse tal vez de ella, porque no había dado oídos á sus solicitudes amorosas, debía ser el que sobornando á su doncella, había se enterado de aquel secreto, y con el fin de poder apropiarse de toda ó de parte de su fortuna, habría cometido la infamia de llevarse á María Rosa, indudablemente con el fin de poderle imponer condiciones, pues no ignoraba el miserable el gran amor que ella sentía por aquella hija por la que tanto y tan acerbamente había sufrido.

Confesó asimismo que ella era la duquesa de

Rioclaro y que acababa de perder á su padre, único obstáculo que hasta entonces le separara de su hija.

Como calculaba que el marqués de Sotoscuro, que era á quien achacaba el rapto de su hija, debía estar en Madrid, y temía la noble duquesa que su pariente abusase de la inocencia de María Rosa, convinieron que Juan Antonio se trasladase á Madrid, donde Amelia iría á reunírsele, no bien se encontrase en disposición de emprender el viaje.

Rápidamente se hicieron los preparativos.

La duquesa le dió á Juan Antonio amplias instrucciones.

Le dió las señas del marqués, su pariente, cuya casa debía espiar.

—Allí, indudablemente,—le dijo,—estará María Rosa; si algún día la encuentras y sabes de un modo seguro que está en poder del marqués.....

Amelia se detuvo un momento.

Juan Antonio preguntó con ansiedad:

—¿Qué he de hacer?

Después de un gran rato de silencio en que Amelia pareció medir la importancia de lo que se proponía recomendar dijo:

—Sobre todo procura no olvidar mis recomendaciones.

—Descuide osté. Aunque viviera cien años no las olvidaría—repuso Juan Antonio fogosamente.

Amelia agradeció con una sonrisa la buena fé y el entusiasmo del mozo.

—Bien, pues atendido eso, escucha.

Juan Antonio se dispuso á oír y aunque grande era su ansiedad no lo era menos la de el tío Juan y Anica, que como á la duquesa se les hacían si-

glos los minutos y estremecíanse al recordar los peligros que podía correr María Rosa.

—Ante todo, á tu llegada á Madrid, lo primero que has de hacer es vestirme de modo que no se conozca por el traje que acabas de llegar de un pueblo.

—Difícil es la cosa, pero procuraré hacerla.

—Hay en Madrid bazares donde encontrarás de todo cuanto necesites.

—Los buscaré.

La duquesa de Ríoclaro pensó que aquello era pedir mucho á Juan Antonio, y experimentó el temor de que el muchacho por vestirse de modo que no llamara la atención, lo hiciera de tal manera que acarreará detrás de sí á los pilluelos;

En su consecuencia pensó que sería preferible otra cosa.

Verás—dijo—mejor es que no hagas eso, sino ir á ver á un señor para el cual te daré una carta.

—Descuide.

—No bien llegues, tomas un coche en la estación y das las señas que irán en el sobre... ¿Sabes leer?

—¡Oh! si señora—dijo Juan Antonio con cierto orgullo.

—No deja de ser una suerte. Bueno, pues irás á ver á ese señor. Si cuando llegues á su casa no está, dices que vas enviado por la duquesa de Ríoclaro y que tienes precisión de aguardarle.

—Así lo haré.

—El, cuando lea la carta se encargará de todo; pero no le digas qué objeto te lleva á Madrid,

—¿Y si me pregunta?

—Le dices que vas á arreglar unos asuntos tuyos y á buscar á un hermano, que aunque no sabes á punto fijo donde está, supones que se encuentra en Madrid y te corre mucha prisa verle.

—Y si se ofrece á acompañarme?

—Haz de modo que te deje en libertad.

—Bueno.

—¿Te vas enterando de cuanto te digo?

—¡Oh! Sí, señora; de todo; no se me ha de olvidar nada.

—Bien, bien — dijo Amelia satisfecha. — Ese señor te acompañará á un bazar, te comprará ropa, y te recomendará á una buena casa de huéspedes.

—Es todo lo que se necesita.

—Cuando descanses, te dedicas á espiar la casa del marqués.

—¡Oh! en cuanto á eso, crea, señora, que yo tengo más interés que nadie. ¡Y le juro que si lo encuentro no lo va á pasar nada bien!

La señora se puso seria.

—Cuidado; no es la violencia la que yo te recomiendo; con ella, nada conseguirás.

—Entonces, qué he de hacer?

—En primer lugar. enterarte con la mayor discreción posible de si el marqués está en Madrid y ocupa su casa.

—Y luego.

—En el momento que sepas de una manera indudable que María Rosa está en su casa...

—La cojo y me la traigo.

—No, no es eso tan fácil como parece.

—Entonces...

—Mira, lo mejor que puedes hacer entonces

Collar--5

es irte corriendo á casa de un abogado, cuyas señas te daré.

—¿Y qué le he de decir á ese señor?

—Que has ido á Madrid á buscar una muchacha á quien un señor ha arrancado de su casa con engaño; que vas á reclamarla en nombre de sus padres y que sabes donde está.

—¿Y que más?

—Que necesitas reclamarla judicialmente, porque temes que el señor no te la quiera entregar; que haga la denuncia en tu nombre y que pida el depósito de María Rosa. Pueden llevarla á un colegio, á una pensión, á donde el le parezca sitio seguro hasta que sus padres, de los cuales llevarás poderes, vayan á disponer su traslado al pueblo y acompañarla.

—Descuide usted.

—¿Te has enterado bien de lo que te toca hacer?

—Sí, señora—dijo Juan Antonio con firmeza; —pero convendría que me repitiese otra vez eso del abogado y que me diga que dinero hay que pagarle á ese señor por hacer lo que usted dice.

Amelia volvió á darle la explicación y le dijo que entregase por anticipado al abogado cuanto pidiese, pues no lo habría de engañar por ser hombre muy de bien, incapaz de cometer ninguna acción villana.

—¿Y si el marqués no está en Madrid?

—En ese caso, me esperas allí, y te entretienes en frecuentar teatros y paseos por si en alguna parte encuentras á María Rosa, en cuyo caso la seguirás con disimulo y te enterarás de donde la llevan.

—¡Oh, si la encuentro alguna vez, primero me matarán que yo la pierda de vista!

—Y cuando te enteres,—prosiguió la duquesa,—de donde vive, haces lo mismo que si la encontrases en casa del marqués.

—Comprendido, veré al abogado.

—Justo.

Después de las procedentes y muchas más recomendaciones de la duquesa; de oír pacientemente un cúmulo de saludables consejos que le dió el tío Juan y de recibir abrazos muy cariñosos de Anica, Juan Antonio se dispuso á emprender el viaje á Madrid con el bolsillo bien repleto de dinero que le dió Amelia, y las cartas de recomendación de que hablamos anteriormente.

El pobre mozo, nervioso é impaciente en grado sumo, encontraba larguísimas las horas de marcha, y antojábasele que el expreso no corría.

A veces, figurábase que bajándose del tren podría llegar primero á Madrid.

Y es que la quietud á que nos vemos sometidos en el vagón de un tren en marcha, y el reducido lugar que ocupamos resulta el escicate más poderoso de la impaciencia.

No recordaba Juan Antonio haber recibido impresiones semejantes á las que experimentaba mientras el tren corría vertiginosamente, salvando montañas, cruzando puentes, atravesando túneles, siempre con una rapidez que producía vértigos y que á él sin embargo, le parecía excesivamente poco.

Al amanecer, vió extenderse ante sus ojos pasmados, los grandes llanos de la Mancha, y pensó

que debían vivir en aquellos lugares muy mal los pobres campesinos, pues al paso le parecieron las tierras muy poco fecundas.

El, acostumbrado á ver ante su vista extensos olivares, prados frondosos, cañadas frescas y vegas floridas, vió aquellas arideces de la Mancha con la pena con que un buen agricultor contempla un terreno arenoso é infecundo.

El mareo se apoderó de su cabeza y al apartarse de la ventanilla un momento, notó que le flaqueaban las piernas y que no podía tenerse en pié.

Tuvo que sentarse á la fuerza y cerró los ojos, pues le resultaba mareante el no interrumpido desfile de los gigantescos palos del telégrafo, que extendidos á un lado y otro de la vía hacíanle la ilusión de una procesión de gigantes, que caminasen con rapidez vertiginosa en sentido opuesto.

Aun con los ojos cerrados parecíale ver campos movibles, árboles que daban vueltas, montes que avanzaban hacia él rápidamente como si llevasen intenciones de aplastarle y de impedir que corriese en busca de la que era alma de su alma y vida de su vida; de María Rosa sin la cual no había para él felicidad posible en el mundo.

Permaneció largo rato recogido en sí mismo, sin atravesarse á abrir los ojos, sintiendo sus oídos destrozados por el ruido infernal y creciente del tren en marcha.

Cuando logró tranquilizarse un poco y sintió algo más despejada la cabeza, continuó con los ojos cerrados, temeroso de que volviese á molestarle el mareo y se entregó de lleno á sus cavilaciones.

En medio de la pena que trituraba su pecho experimentaba un gran consuelo.

La duquesa de Rioclaro, con ser tan grande y encopetada señora, lejos de despreciarle al tener conocimiento de sus castísimos amores con María Rosa, habíase manifestado regocijada de ellos y le prometió que la joven no tendría otro marido que Juan Antonio, si Dios hacía que pudieran encontrarla.

Había sabido apreciar aquella gran señora la nobleza de su honrado y sencillo corazón, y aceptándole por hijo había conseguido ganarse un esclavo voluntario.

Porque esclavo y más que esclavo estaba dispuesto á ser Juan Antonio de aquella mujer, rica y noble, que no se desdeñaba de emparentar con él, que al fin y al cabo no pasaba de ser un pobre jornalero.

Por eso, si se le hubiese exigido el sacrificio de la vida por la duquesa, la vida y mil más que hubiera tenido sacrificara él con verdadera alegría.

El tren volaba, aunque no tanto como Juan Antonio hubiera deseado, que no viera el momento de llegar á Madrid y dedicarse á buscar á la reina y señora de sus pensamientos.

Cuando reflexionaba sobre el motivo de aquel viaje, experimentaba indignación profunda y mal lo hubiera pasado el dichoso marqués si en momentos tales se le hubiese presentado.

Era cosa que le hacía enloquecer pensar en los peligros que corría su idolatrada María Rosa al lado de aquel hombre falto de delicadeza, que recurría á tan ruines y miserables medios para ganarse la voluntad de una señora tan delicada y tan buena como la duquesa de Rioclaro.

Vencido por el cansancio y por las emociones, acabó por rendirse un rato sino al sueño, á un sopor que mucho se le parecía,

Abrió los ojos sobresaltado en el momento en que el tren acabava de parar en la estación de Madrid.

El gran alboroto que oyó le obligó á asomarse á la ventanilla, y viendo que todos se apresuraban á bajar del tren, preguntó á un mozo que se acercó para saber si necesitaba fonda.

—¿Es esta la estación de Madrid?

—Sí, señor, sí. ¿Quiere que le lleve la maleta? ¿Necesita usted una buena fonda? ¿Desea que le saque el equipaje? ¿Le hace falta un coche?

Juan Antonio oía todas aquellas preguntas sintiendo verdadero atolondramiento y contestando á todas ellas que nada necesitaba.

Cogió su maleta y se dispuso á bajar.

No bien puso el pié en el andén se vió rodeado de una turba de mozos y su atolondramiento subió de punto.

Sin embargo, procuró zafarse de los importunos á fuerza de empujones y codazos.

No había visto nunca tanta gente reunida y se encontraba torpe y extraño en medio de todos.

Cuando entró en el pasillo, donde le obligaron á detenerse un momento para que entregara el billete, se vió arrollado por los que detrás de él caminaban y tuvo que seguir, buscando inútilmente en sus bolsillos el billete.

Por fortuna su cara de hombre honrado inspiró confianza al mozo y no quiso detenerle, porque más que nadie conocía las torpezas de los foras-

teros y los barullos á que éstas suelen dar lugar.

Cuando salió de la estación se detuvo, incrustándose, por decirlo así, en el marco de una puerta, y dando lugar á que la gente acabase de salir.

Entonces empezó á buscar el billete, teniendo la maleta fuertemente cogida entre las piernas, porque algunos mozos le rodearon preguntándole:

—Señor, ¿quiere usted que se la lleve?

Y aunque sus contestaciones eran negativas, de tal manera le acosaron, que en nada estuvo que no tuviese que defender su pobre equipaje á puñetazo limpio.

Permaneció quieto, con el billete en la mano que al fin había logrado encontrar, y cuando acabó de salir la gente, volvió sobre sus pasos, y viendo al mozo que continuaba en la puerta se acercó á él diciéndole:

—Usted perdone, pero al pasar no pude dárselo.
—Y le presentó el billete.

El mozo de estación sonrió bondadosamente al ver aquel rasgo, y coligiendo por la inocencia de Juan Antonio la poca costumbre que de viajar tenía, le dijo:

—Muchas gracias; pero nada le hubiera ocurrido de no haberlo entregado; ya sabemos lo que pasa en estos bullicios.

—Yo—repuso Juan Antonio—lo hacía por si acaso podía perjudicarle en algo.

—Le repito las gracias—dijo el empleado atraído por aquella buena fé aldeana.

Y queriendo ayudar en algo á aquel joven le preguntó:

—¿No estuvo usted nunca en Madrid?

—No, señor.

—¿Y sabe usted á dónde va?

—En cuanto á eso sí; me han recomendado que al llegar á la estación tome un coche y me haga conducir á casa de este señor.

Y sacando una carta del bolsillo interior de su cabaqueta, leyó:

—Don Toribio Ranera, Preciados 105 principal.

—Entonces, si no tiene usted inconveniente le acompañaré hasta un coche.

—Al contrario, se lo agradeceré mucho.

—Pues, en marcha.

Al ponerse á andar le preguntó:

—¿No tiene usted más equipaje que esa maleta?

—Nada más.

—Entonces todo podrá ir en el coche.

Antes de salir de la estación volvió á preguntarle:

—¿Lleva usted alguna cosa de interés en la maleta?

—No, señor, ropa blanca nada más:

—Se le decía, porque en Madrid, y sobre todo cuando es uno nuevo en él, no resulta nada extraño que le roben, y hay que andar con mucho cuidado.

Juan Antonio agradeció la advertencia.

Cuando se dirigían al coche le dijo el empleado:

—No tiene usted que darle al cochero más que seis reales: dos por la maleta y cuatro por usted.

—Bien—dijo Juan Antonio.

Y deteniéndose repentinamente preguntó al empleado:

—¿Tiene usted hijos?

—Sí; ¿por qué lo pregunta usted?—dijo con algún asombro el empleado.

—Porque quisiera pagar á ellos el favor que acaba de hacerme el padre.

—¡Oh! No vale la pena.

—Y como es fácil que no volvamos á vernos, le ruego á usted que compre unos juguetes á sus hijos en mi nombre.

Y puso un duro en manos del mozo, que aunque quiso excusarse no pudo rehusar.

Juan Antonio cumplía bien una recomendación que le había hecho la duquesa, y que era ser generoso con aquellas personas que con él se portasen bien:

Subió á un coche de plaza, después de haberle dado la maleta al cochero y un apretón de manos al mozo que no bien cerró la portezuela dijo al auriga:

—Calle de Preciados, 105.

El coche rodó calle de Atocha arriba.

Juan Antonio fijábase en todo, pues lo encontraba raro y extraño.

Los tranvías eléctricos llamaron poderosamente su atención, y no menos pasmo le produjeron las anchas y largas calles, por cuyas aceras camina-

ba la gente de prisa, codeándose, empujándose, como verdaderos locos.

La primera impresión que de Madrid recibía era confusa y alocante, y notó que todo aquello le producía un vértigo extraño.

Entonces se acordó de que desde su salida del pueblo, presa de tantas y tan extraordinarias emociones, no se había acordado siquiera de comer.

A eso atribuyó el mareo que había sufrido en el tren, lo mismo que el desvanecimiento que le siguió, y el vértigo que ahora sentía.

Cuando llegó á la calle de Preciados y descendió del carruaje eran las once de la mañana.

Pagó al cochero que le pidió propina y Juan Antonio tuvo que dar un real más para que lo dejase tranquilo.

Subió al piso principal.

Don Toribio Ranera se disponía á salir cuando le entregaron la carta de la duquesa. La leyó detenidamente y mandó entrar á Juan Antonio á su despacho.

Después de preguntarle por Amelia con verdadero interés, pregunta á que el mozo contestó según las instrucciones recibidas, interrogó:

—¿Viene usted muy cansado?

—Cansado no, pero sí algo mareado.

—¿Ha almorzado usted?

—Preocupado con mi viaje y el objeto que lo motiva,—dijo Juan Antonio con la proverbial franqueza de los hombres que no saben mentir,—que no he probado bocado desde que salí del pueblo.

—Mucho tiempo sin comer es,—afirmó admirado don Toribio.

—Sí que lo es, señor; por eso creo que el mareo que siento es debido más á desmayo que á nada.

Don Toribio encantado de aquella franqueza del joven dijo:

—Pues, precisamente iba á almorzar hoy en la fonda con un amigo, así es que nos iremos juntos y así me hará usted el favor de no obligarme á faltar á mi palabra.

—Señor,—dijo Juan,—temo servirles de estorbo.

—De ninguna manera. ¿Vámonos?

—Como usted quiera,—dijo Juan Antonio encogiéndose de hombros,—á mí lo único que me apenará es pensar que puedo estorbar á usted.

—Nada de particular tengo que hablar con mi amigo, y no creo por otro lado que ante usted haya de tener reserva alguna; la señora duquesa me habla también de usted y le recomienda tanto que me parecería ser muy ingrato con esa señora, á quien tanto debo, si no me portase bien con usted.

Por el recibimiento que le hacía aquel señor, comprendió Juan Antonio el mucho ascendiente que la duquesa debía tener sobre él, así es que le dijo verdaderamente satisfecho:

—Diré á la señora duquesa lo bien que conmigo se ha portado y el buen recibimiento que me ha hecho.

—¡Gracias!,—murmuró don Toribio.

Y salieron.

Aquel día, después de almorzar el señor Ramera se ocupó en vestir á Juan Antonio sencillamente, de modo que pareciese un artesano ma-

drileño, lo que consiguió y gracias á cierta elegancia natural del mozo y á su arrogante tipo. Después le instaló cómodamente en una casa de huéspedes en la que pagó por anticipado un mes, según las órdenes que le daba Amelia, que suponía que la estancia de Juan Antonio en Madrid podía ser larga.

A las cinco de la tarde le dejó, aconsejándole que descansara y diciéndole que á otro día podría entregarse á sus investigaciones, pero la ansiedad de Juan Antonio era mucha, y no era él hombre capaz de dejar para más tarde lo que pudiera hacer en el momento. Así es que cuando don Toribio Ranera salió de su casa encargándole que á la menor dificultad que tuviera recurriese á él, Juan Antonio salió á la calle, preguntó al primer guardia que encontró al paso por la Carrera de San Jerónimo y allá se dirigió resuelto á enterarse de si el marqués estaba en Madrid.

Preguntó al portero y éste le dijo que el marqués estaba ausente de la corte y que no sabía si volvería pronto, porque él ignoraba los proyectos de su señor.

Aquella negativa fué para Juan Antonio un golpe dolorosísimo. No estando el marqués en Madrid, y siendo él, el que había arrancado á María Rosa del pueblo, comprendía que había de serle muy difícil, si no imposible, encontrar á la que adoraba tan rendidamente.

Volvió á su casa desalentado y triste, apenas cenó, y aunque sus intenciones eran las de salir á continuar sus investigaciones, pudo en él más el cansancio y la falta material de fuerzas, y se

acostó pensando en María Rosa, en el tío Juan, en Anica y en la madre de su adorada, pidiéndole á Dios que le iluminara y le diera acierto.

El cansancio le tuvo despierto largo rato y por fin se durmió profundamente.

La noche la pasó muy intranquilo, despertándose á cada momento sobresaltado creyendo haber oído la voz de María Rosa que pedía socorro desesperadamente.

Sonó cosas horribles, y el rato que permaneció profundamente dormido fué muy corto.

Al amanecer abandonó la cama por no poder estar ya en ella, se lavó, se vistió y como nadie se había levantado todavía en la casa, no pudo salir como hubieran sido sus deseos, porque no sabía por dónde ni cómo hacerlo sin molestar á los que dormían.

Sin embargo, no se desesperó mucho, porque comprendía que nada podría hacer por las calles de Madrid tan de mañana, y mucho menos encontrar á María Rosa.

Asomóse al calcón, y allí permaneció largo rato ensimismado, mirando hacia la calle, aún que sin darse siquiera cuenta del ir y venir de los madrugadores.

V

Diez días llevaba Juan Antonio en Madrid entregado á sus investigaciones sin gran fruto.

La patrona de la casa de huéspedes había llegado á tomarse verdadero interés por él.

Gustábale verle tan francote y guapo, y lamentaba verle siempre melancólico y triste:

—¡Ay, Juan Antonio—le decía algunas veces, usted no quiere hacerme caso y al fin acabará por enfermar si no se alegra un poco.

—Es que las cosas—murmuraba Lorenzo moviendo la cabeza de arriba abajo con extremada tristeza—no salen tan bien como fuera de desear.

—¿Y usted tendrá mucha gana de volver á su pueblo?

—Es verdad, ¡á qué negarlo!

—Habrá usted dejado allí su corazón.

—Casi, casi; pero no quisiera tenerme que volver sin encontrar lo que busco y lo que me ha traído aquí.

—Don Toribio me dijo que venía usted á buscar á un hermano.

—Eso es, sí, á un hermano; pero cuanto hago por encontrarlo resulta inútil.

—Es verdad que tiene usted mala suerte.

—¡Oh! muy mala; no lo sabe usted bien.

—Si yo conociera á su hermano seríamos dos á buscarle.

—Gracias; ya se yo que es usted muy buena para conmigo.

—Y que le aseguro que lo que dependiese de mí no había de faltarle.

—Gracias.

—En el tiempo que llevo de tener huéspedes no tuve uno que menos molestase que usted.

—Gracias, gracias.

—¡Ay, qué ganas tengo de verle á usted contento!

El pobre Juan Antonio no se fijaba en que aquella patrona nada tenía de despreciable.

Contaría no muy allá de los treinta y cuatro años, era alta, esbelta, bien proporcionada, de cara agradable y ojos muy expresivos.

Para otro que no hubiera estado tan triste y tan locamente enamorado como Juan Antonio, la conquista de aquella mujer, ó por lo menos el galanteo habría constituido el más grato de los entretenimientos.

No quiero decir que Jacinta se prestase, pero la galantería no desagradaba á mujer alguna del mundo.

A Jacinta le gustaba mucho Juan Antonio, más que por nada, por el cariñoso respecto con que la trataba y porque prefería quedarse sin una cosa á tener que pedirla.

Precisamente por su prudencia Jacinta cuidaba con especialidad de todo lo que á él atañía y estaba deseosa de verle contento, ya que le reconocía tan bueno.

Juan Antonio recibió noticias del pueblo en que el tío Juan le recomendaba calma, Anica le decía que no dejase de mirar hasta el último rincón de Madrid, y la duquesa le exhortaba á tener paciencia y á que la esperase, pues no bien estuviera en disposición de ponerse en camino tomaría el tren para ir á reunírsele.

Juan Antonio contestaba que no cesaba de indagar, que frecuentaba iglesias, paseos y teatros y que no perdonaba medio, aunque desesperaba de que su gestión tuviese resultado.

Efectivamente, Juan Antonio iba á las iglesias donde se reúne la aristocracia, paseaba por la Puerta del Sol, calle de Alcalá, Carrera de S. Je-

rónimo, Paseos del Prado, Recoletos y Castellana, Retiro, Moncloa, dedicando cada día á una cosa distinta y las noches á ir á los teatros ó permanecer en la puerta de ellos, presa de una ansiedad infinita que había acabado por convertirse en fiebre y que empezaba á atacar la razón del desventurado amante.

Sus ojos miraban con inmensa ansiedad á todas las mujeres que en la estatura y en el aire tenían algún parecido con María Rosa.

Algunas veces le ocurrió atravesar una plaza corriendo detrás de una joven cualquiera que había divisado en el lado opuesto y que se parecía en la estatura á su muy amada.

En estas carreras desenfrenadas de demente estuvo más de una vez á pique de ser arrollado por un coche ó triturado por un tranvía. Pero él no se fijaba en los peligros, y seguía buscando, condenado á aquella peregrinación dolorosa.

También se fijaba en todos los caballeros creyendo y deseando encontrar á cada paso á aquel marqués del diablo que tan á mal traer le tenía, y de no haber respetado al mismo tiempo su fuerte contestura más de una vez hubieranle medido las costillas á bastonazos.

De estas correrías acababa rendido y desalentado, y llegaba á su casa descolorido y jadeante, y se dejaba caer en la cama suspirando penosamente.

La patrona al verle en tal estado decíale exprimentando conmiseración infinita:

—¡Ay, Juan Antonio, usted no se quiere bien; si sigue así se va á matar!

—Es desesperante esto, Jacinta, muy desesperante.

—¿Tampoco ha conseguido usted hoy nada?

—No, señora.

—¿Ni siquiera indicios?

—Ni siquiera—respondía el mozo suspirando con fuerza.

—¡Pobre Juan Antonio!

—Muy pobre, sí, muy pobre y muy desgraciado, puede usted decirlo.

Cuando se quedaba solo, lloraba afigido al ver que iban desvaneciéndose una á una sus ilusiones y que la esperanza empezaba á abandonarle.

¡Era muy duro, muy duro y muy desconsolador todo aquello!

El hubiera dado su vida con verdadero gusto por librar á María Rosa de alguna de las aflicciones que indudablemente la agobiarían al encontrarse sola entre desconocidos.

A más, lo que desesperaba á Juan Antonio, era el temor de que aquel caballero atentase contra el honor de la joven. ¡Era tan linda María Rosa!

A ésta idea estremecíase el enamorado y apretaba los puños en el colmo de la desesperación.

¡Oh, si había ocurrido aquello, si su amada había sido atropellada por los instintos brutales de aquel hombre que abusando de la desventurada situación de la duquesa, quería forzarla á obrar de manera determinada, ya podía contarse el marqués entre los muertos!

Porque Juan Antonio, tan bueno y tan pacífico,

Collar—6

habría sido capaz de todas las violencias y de todas las atrocidades con los que abusando de su posición ventajosa hubiesen sumido á su muy amada en el deshonor y en la vergüenza.

Al pensar en estas cosas, el mozo rechinaba los dientes y mordía la almohada con coraje infinito lamentando no tener entre sus brazos nervudos y fuertes al que era causa de tantos trastornos y aflicciones.

Una tarde el pobre mozo paseaba su desesperación por el Paseo de la Castellana.

Por una reflexión que se había hecho, ya que de nadie tenía que guardarse, porque estaba casi seguro que ni el marqués, ni aquel criado que le acompañara estaban en Madrid, vestía desde algunos días antes el mismo traje con que llegó á Madrid, ó sea el que usaba en el pueblo los domingos.

Al verlo marchar gallardo y resuelto, mirando á uno y otro lado, con su chaqueta corta con rameros á la espalda y coderas, su faja encarnada, su calzón corto con botones de plata, sus botas altas de becerro blanco con caireles de los mismo, sus zapatones anchos y su sombrero de ala, la gente volvía á mirarle.

El iba mirando como siempre á todas partes, con la бага esperanza de encontrar á su amada.

So había vestido de aquella manera, porque si por casualidad María Rosa le veía desde alguna parte pudiera reconocerle y llamarle.

Cansado de mirar ávidamente el interminable desfile de carruajes y de correr de un lado á otro del paseo sin fruto alguno, sentóse en un banco,

cerca ya del Hipódromo y aunque sin cejar de mirar hacia los coches que pasaban quedó sumido en el desaliento más cruel que jamás haya acometido á criatura alguna en el mundo.

Anohecía cuando del otro lado del paseo creyó oír el grito lanzado por una voz que le era conocidísima y familiar.

Se puso en pie como movido por un resorte y miró ávidamente hacia el lugar de donde había partido el grito.

Entonces vió que asomaba por la ventanilla de uno de los coches la cabeza de María Rosa.

La pobre niña, con una alegría inconmensurable gritaba:

—¡Juan Antonio! ¡Juan Antonio!

El mozo sintió que el corazón parecía quererle salir del pecho, y corrió velozmente hacia donde su amada le llamaba, tendiéndole los brazos, satisfecho de haber sido reconocido, lleno de júbilo por la suerte que el cielo le deparaba, poniéndole en camino de María Rosa, precisamente en el momento en que desalentado y lleno de desconsuelo desesperaba de encontrarla.

La alegría que había manifestado la gentil niña al verle, era prueba evidentísima de que no le había olvidado.

En aquel instante lo olvidó todo y ya nada le parecían los afanes sufridos, ni las angustias, ni los días de cansancio ni las terribles noches de insomnios y pesadillas.

María Rosa que lo era todo para él, ilusión, esperanza, vida, alma, estaba allí tendiéndole los

brazos, con la carita angelical rebotante de alegría.

Cuando Juan Antonio ya casi tocaba las manos de la muy amada, vió que alguien desde el interior del coche procuraba retenerla y oyó una voz imperiosa é irritada á la vez, que gritaba.

— ¡Cochero, á escape!

El cochero obedeció soltando las riendas y castigando á los poderosos caballos que tiraban del coche y el pobre mozo que ya estaba rozando la ventanilla fué arrollado violentamente por las ruedas traseras del carruaje.

Al caer atolondrado oyó un grito desgarrador lanzado por María Rosa, y quedó desvanecido, tendido en tierra, mientras el coche corría á todo escape hacia Madrid.

VI

En la casa del tío Juan reinaba la ansiedad y el desconsuelo desde que Juan Antonio salió para Madrid en busca de María Rosa.

La desdichada condesa de Rioclaro no sabía hacer otra cosa que llorar, y en vano resultaba que Anica, tan triste como ella, aunque más fuerte de salud, pretendiera consolarla.

Como las dos experimentaban un dolor tan semejante acababan siempre por llorar á dúo.

Amelia no había podido abandonar la cama.

Cuando el tío Juan las encontraba á las dos llorosas y afligidas solía regañarlas, asegurando que á aquel paso iban á acabar las dos ¡por no servir para nada, y que si la ayuda que había de recibir

Juan Antonio era la de la duquesa ¡lucido estaba!

—Ante tío—aseguraba el tío Juan—está el mirar por la salud, que una vez que esté usted fuerte, todo se andará.

Dábale la razón la duquesa al buen hombre y empezaban con la conversación de siempre.

La duquesa preguntaba detalles de la vida de su hija; el tío Juan y Anica referían, y el fin de todo era que las mujeres lloraban y que el pobre hombre tenía que levantarse y salir murmurando de la debilidad de las mujeres, por no dar el espectáculo de ponerse á llorar con ellas.

Las cartas de Juan Antonio, eran diarias y llevaba cada una, una desilusión más.

Jamás fué esperado cartero alguno en el mundo con la ansiedad conque le esperaba el tío Juan, en la puerta de su casa todos los días, ni fueron leídas cartas tan precipitada y afanosamente como aquéllas por Amelia.

Cada carta les traía una decepción más.

A pesar de los malos ratos que se daba con el pensamiento siempre fijo en María Rosa, la mejora de la duquesa iba haciéndose visible, y gracias á la solicitud cariñosa de Ana y del tío Juan iba recobrando las fuerzas.

Un día ocurrió una cosa que vino á aumentar el desconsuelo y la ansiedad en aquella casa.

He dicho *ocurrió* y debiera de haber dicho *dejó de ocurrir*.

No se recibió carta de Juan Antonio.

¿Qué podía haber sucedido?

Deshacíanse los sesos en cavilaciones y hacien-

do congeturas, pero ninguno podía adivinar la verdadera causa.

—Será que la carta se ha retrasado — aseguró el tío Juan, por más que en su interior pensaba otra cosa.

—¿Le habrá sucedido alguna desgracia?— preguntó Amelia.

—¿Y qué quiere usted que le haya ocurrido?

—¡Es Madrid tan grande!

Ana no hablaba por no empeorar el estado de los ánimos, pero no por esto era la menos sobresaltada.

Esperaron al día siguiente.

Aunque se esforzaban los tres en hacerse ilusiones no consiguieron calmarse y la noche fué de insomnio para todos.

El tío Juan pensaba que lo más lógico y probable de todo era que el muchacho rendido á fuerza de corretear por la gran capital y desconsolado al ver la inutilidad de sus esfuerzos habría acabado por rendirse á la desesperación y que probablemente se encontraba enfermo.

Al otro día la ansiedad aumentó con la falta de noticias.

El ligero consuelo que Amelia sentía pensando en la posibilidad de que se hubiese perdido la carta del día anterior acabó.

Una carta podía perderse fácilmente, pero que hubieran perdido dos era ya demasiada fatalidad.

Una esperanza desvanecida es siempre una causa de dolor profundo.

Amelia perdió el poco apetito que le quedaba, Ana se esforzaba inútilmente buscando palabras

consoladoras de las que ella se encontraba infinitamente más necesitada que nadie.

Apesar de la escasez de fuerzas, la desventurada madre de María Rosa tuvo ánimos para escribir una carta á don Toribio Ranera, recomendándole que se enterase de lo que pudiera ocurrirle á Juan Antonio y rogándole encarecidamente que le contestara á vuelta de correo.

Aquellos cuatro días en que tardó la carta en ser contestada, y el continuar no teniendo noticias de Juan Antonio aumentaron la zozobra de tal manera que los tres hubieran podido ahogarse con un cabello.

El tio Juan estaba como atontado á fuerza de estar afligido.

Era demasiado duro para él pensar que había perdido á un amigo carísimísimo, un verdadero sostén, después de quedarse sin la hija idolatrada.

Porque el tio Juan, fatalista como casi todos los viejos que sufren mucho, daba ya por perdida por completo á María Rosa y por muerto á Juan Antonio.

¿Podía explicarse de otro modo que con la muerte del muchacho aquel silencio?

Por fin, tras de tanta ansiedad llegó un día el cartero.

Los tres temblaban como azogados, y tal era la ansiedad de la duquesa que no sabía abrir la carta en cuyo sobre había reconocido la letra de don Toribio.

Cuando pudo leerla su voz temblaba como la de un delincuente interrogado en el momento de

cometer un delito que la ley castiga severamente.

Don Toribio Ranera decía hablando de la cuestión:

«No bien recibí su grata, encaminéme á la casa en que hace algunos días dejé hospedado á Juan Antonio.

«La patrona me dijo que no estaba en casa.

«Le pregunté que desde cuando y repuso que hacía cinco días que no había aparecido por allí.

«Me aseguró que había notado que Juan Antonio estaba cada vez más triste y que la tarde última que estuvo, nada encontró en él de extraordinario.

«Me apresuro á referir á usted cuanto he podido saber de su recomendado y le escribo para que no se pase la hora al correo.

«No obstante, no cejaré en mis pesquisas y no bien sepa alguna novedad se la comunicaré por telégrafo».

La carta no decía otra cosa.

La desaparición de Juan Antonio, sumió á los que tanto por él se interesaban en hondísimas reflexiones.

La duquesa supuso que sin duda alguna el mozo había logrado saber algo de María Rosa y que entretenido en seguir la pista tal vez lo había olvidado todo:

Sin embargo, este raciocinio no fué bastante á llevar á su espíritu la tranquilidad de que tan necesitada estaba.

Anica, sin proponérselo fué la que desvaneció halagüeña ilusión,

—Pues entonces ¿cómo no escribe?—preguntó, y esta pregunta fué bastante para que la intranquilidad fuera mayor si era posible, que la que hasta entonces fué señora de los espíritus.

La duquesa no queriendo fiarse de nadie y haciendo un esfuerzo soberano de voluntad se dispuso á emprender el viaje á Madrid, y aunque el tío Juan y Anica oponían á esta resolución cuantas razones encontraban á su alcance para disuadirla de su propósito, nada consiguieron.

—¿Pero cómo va usted á emprender un viaje encontrándose en el estado en que se encuentra?—le preguntaba Anica.

—No hay otro remedio.

—¿Pero y si le ocurre algo?

—Nada me ocurrirá.

—Sin embargo,—terció el tío Juan con calma aparente,—eso no dejará de ser peligroso.

—Hay algo que tiene más peligros para mí, y esa algo es que la impaciencia me va aniquilando y que siguiendo inactiva, nada de extraño sería que me volviese loca.

—Es verdad,—repuso ingenuamente el tío Juan.

Y era que el pobre hombre, también estaba á disgusto esperando con los brazos cruzados á que el cartero le diese la gana de pasar por allí, con unas noticias que por lo ansiosamente anheladas, no acababan de llegar nunca.

Convinóse, pues, el viaje de la duquesa, y ésta aunque débil y excesivamente delicada salió del pueblo.

Como había avisado por telégrafo su llegada,

anunciando en el tren en que viajaba, en la estación fué recibida por algunos individuos de su servidumbre y por su administrador don Toribio Ramera.

Al apearse del tren lo primero que se le ocurrió preguntar fué por Juan Antonio.

—¿Ha sabido usted de él?

—Sí, señora; esta mañana mismo he recibido un aviso suyo.

—¿Y dónde está?

—En el hospital.

—¿Cómo?

—No sé en concreto lo que haya podido ocurrirle, señora duquesa; no he tenido tiempo de ir á informarme, porque he recibido la noticia cuando me disponía á venir á recibir á vuecencia.

—¡Dios mío, Dios mío!—suspiró la duquesa con profunda aflicción. — ¡Cuándo llegará para mí la hora de la di-ha!

Al subir al coche, invitó á don Toribio á que la acompañase y dijo nerviosamente al lacayo que abría la portezuela sombrero en mano:

—Al Hospital general, ¡á escape!

—Pero, señora — dijo don Toribio; — enferma como está vuecencia y sin reponerse de las fatigas del viaje...

—No me aconseje nada; bástele saber que me moriría de angustia si no viera en seguida lo que le pasa á ese muchacho y no me enterara de la causa que le ha hecho ir á tan tristísimo lugar... ¡Pobre Juan Antonio, cuánto debe haber sufrido!

Don Toribio extrañaba mucho el estado de ex-

citación que motivó en la duquesa aquella noticia.

No sabía por qué la señora se interesaba tanto por aquel muchacho y de seguro que de haberlo sabido hubiera empleado otros medios para enterarla de lo que pasaba.

Durante el camino que recorrían los caballos al trote largo arrastrando al coche, la duquesa hizo mil preguntas á don Toribio tan incoherentes y para él tan fuera de tino, que acabó por creer que Amelia estaba verdaderamente trastornada.

Preguntó afanosamente por su pariente el marqués de Sotoscuro cosa que no dejó de extrañar al señor Ranera, pues sabía que aquel señor le era profundamente antipático á la duquesa.

—No sé nada de él,—contestó.

—¿Pero está en Madrid?

—Tampoco podría decírselo; pocos días antes de salir vucencia de Madrid salió él, no sé si ha vuelto.

—No bien salgamos del hospital donde quiero que usted me acompañe para que cumpla las formalidades que haya que cumplir, pues quiero sacar á Juan Antonio del hospital, me hará usted el favor de enterarse de si el marqués está en Madrid, lo que hace, en dónde vive, si no está en su casa de la Carrera de San Jerónimo, quién le acompaña; todo esto discretamente como sabe usted hacerlo siempre que se trata de asuntos delicados.

—Descuide vucencia; su deseo será cumplido.

—No bien sepa usted algo se traslada al palacio de La Castellana, para darme noticia de cuanto ocurra.

—Respecto á este punto puede vucencia estar tranquila.

—¿Se ha hecho cargo usted de lo que deseo?

—De todo.

—Quisiera que no olvidara usted detalle alguno.

—No lo olvidaré.

—Y sobre todo le recomiendo actividad.

—Siempre que se trata de servir á la señora la tengo, —repuso don Toribio.

En este momento el coche se detuvo.

Acababan de llegar al Hospital general.

VII

Juan Antonio, al caer violentamente al suelo empujado por el coche, recibió tan tremendo golpe en la cabeza que perdió el sentido, una de las ruedas pasóle sobre el pié derecho dislocándoselo.

El no lanzó ni un grito, ni de sus labios salió una queja, tal vez porque había perdido el conocimiento antes de recibir el daño en el pié.

Su caída fué de costado y cayó como si un brazo hercúleo lo hubiera lanzado.

La gente que transitaba por el paseo no se habría dado cuenta de aquella desgracia, si no hubiera fijado su atención en aquel punto atraída por el desgarrador grito que lanzó María Rosa al ver caer á su amado.

Acudió todo el mundo á socorrer al desventurado Juan Antonio; algunos quisieron detener al coche pero lo pensaron tarde,

El cochero al mandato de su amo, había arreado á los caballos que corriendo desenfrenadamente arrastraron al coche á gran distancia del lugar del suceso.

Juan Antonio fué transportado á la primera casa de socorro donde los médicos certificaron que tenía dislocado un pie y que sufría además una conmoción cerebral.

Como nadie le reclamara y como tampoco se encontraron en su bolsillo documentos que justificaran su personalidad; fué trasladado al Hospital.

Al volver en sí sus primeras palabras fueron:

—María Rosa, María Rosa

Después habló mucho aunque sin contestar á ninguna de las preguntas que le dirigían.

En su discurso incoherente, en el que á las palabras más extravagantes y fuera de tino mezclábase el nombre de María Rosa, podía conocerse que si aquel muchacho no estaba loco deliraba.

Así permaneció ocho días agobiado por la fiebre, sin poderse dar cuenta de dónde estaba, ni poder explicarse lo que le había pasado.

Cuando el delirio cedió, como la fiebre no dejaba de ser alta continuó amodorrado, incapaz de reflexionar y con la cabeza tan débil que apenas si podía coordinar las ideas.

Algunas veces se preguntó:

—¿Dónde estoy?

Y como no podía darse una contestación pronta y categórica volvió á caer en aquella atonía que le separaba por completo del mundo exterior.

Por fin, al octavo día la fiebre cedió y Juan Antonio se sintió con la cabeza más despejada

Entonces preguntó á un enfermero y supo que le habían encontrado en el Paseo de la Castellana trastornado á consecuencia de haber sido tropellado por un coche.

Estos detalles le bastaron para recordara cuanto le había sucedido.

—¡Oh! si,—dijo,—es verdad.

El recuerdo de María Rosa, que llamándole había sido la causa de que le atropellara el coche, hirió vivamente su imaginación y preguntó:

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Hará ocho días,

—¿Y en ese tiempo no se ha interesado nadie por mí? ¿Nadie ha venido á verme?

—No, señor; nadie. De tal manera, que en el hospital se ignora hasta el nombre de usted.

A Juan Antonio no le cabía duda de que María Rosa le había visto caer; además le había reconocido.

El no haber ido ni siquiera á enterarse de su salud, era, pues, señal evidente de que la desventurada niña estaba imposibilitada de obrar, según su voluntad.

Lamentaba amargamente Juan Antonio la desgracia que le había llevado al hospital, no por la desgracia misma, sino por la inoportunidad con que le había acaecido.

¡Haber encontrado á María Rosa después de tantos afanes para volverla á perder, era desesperante!

En medio de la aflicción que experimentaba, acordóse de la duquesa, de Anica y del tío Juan,

que indudablemente se desesperaban por no recibir noticias auyas.

Pensando en que debía sacar de la ansiedad en que se encontraban personas tan queridísimas, preguntó al enfermero:

—¿Me sería fácil enviar un recado?

—¿A su familia?

—No; no tengo familia en Madrid; pero sí tengo un amigo que correrá, al saber lo que me ha pasado, y que procurará tranquilizar á mi familia, qué debe estar angustiosa de no recibir noticias mías.

—¿Y dónde vive ese señor?

—En la calle Preciados, número 105.

Quedó el enfermero encargado de hacer llegar á noticias de don Toribio Ranera cuanto Juan Antonio deseaba.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron para el enfermo lentamente como las horas de la agonía.

Deseaba ver llegar á don Toribio Ranera para que entarase á la duquesa de lo ocurrido aunque disminuyendo la gravedad con el fin de que Anica y el tío Juan no padeciesen por él.

En cuanto á la duquesa, no creía Juan Antonio que él pudiera interesarle tanto como en realidad le interesaba.

Aguardando estaba ansiosamente cuando el enfermero se acercó á su cama y le dijo:

—Ya tiene aviso ese señor de que está usted aquí.

—¡Ah!—suspiró Juan Antonio.

Y después preguntó:

—¿Ha dicho si vendrá?

—Nada ha dicho, porque el que fué se limitó á dejar en su casa una nota que yo le dí, para que le fuese más fácil entrar y no tuviese que andar preguntando.

Poco después de esta conversación, llegó la hora de la visita.

El médico aseguró que Juan Antonio había mejorado de una manera inesperada.

Dada su naturaleza robusta, nada había que temer.

A las once, Juan Antonio, que se había incorporado un poco, vió entrar á Amelia en la larga sala.

Primero dudó de si sus ojos le engañaban, pero al ver que se dirigían en **derechura** á su cama, ella y un hombre en quien creyó reconocer á don Toribio Ranera, acompañados ambos por el médico de guardia y por un enfermero, tuvo por seguro que no otra que la duquesa era la que llegaba.

El pobre muchacho sintió palpar su corazón con violencia. Sentíase conmovido profundamente ante aquella señaladísima muestra de afecto que la gran señora le daba, visitándole nada menos que en un hospital.

Y lo que más le conmovió es que la desventurada y hermosa señora, al reconocerle, precipitóse hacia él con los brazos abiertos, gritando:

—¡Juan Antonio!

Y le abrazó tiernamente.

—¡Señora duquesa!—exclamó el muchacho sin atreverse á corresponder á las caricias de la madre de María Rosa nada más que con la voz.

—¡Pobre amigo mío, desdichado hijo mío, cuánto habrás sufrido!

Don Toribio Ranera contemplaba estupefacto aquella escena, extrañando más que nada que la duquesa tratara con tal cariño y con tanta confianza á aquel palurdo.

—Cuéntame, cuéntame lo que te haya pasado.

Juan Antonio, más dueño de sí que Amelia, indicó con una mirada que no podía explicar claramente todo lo ocurrido, y se limitó á decir:

—Nada, que he sido un tonto y me he dejado arrollar por un coche; pero gracias á Dios ya todo ha pasado y espero poder salir de aquí dentro de pocos días.

La duquesa, que comprendió que Juan Antonio tenía que decirle algo más, se volvió á don Toribio y al médico, diciéndoles:

—Necesito que arreglen ustedes las cosas de manera que pueda venirse conmigo el enfermo ahora mismo.

El médico repuso:

—Por fortuna, lo que ayer hubiera sido imposible hoy es cosa fácil y supongo que el señor Director consentirá la salida.

Don Toribio y el médico fueron á llenar las formalidades que había que cumplir y dejaron solos á Juan Antonio y á la duquesa.

—Vamos á ver—dijo ésta con inmensa ansiedad:—¿qué es lo que te ha pasado?

—En primer lugar, le diré á usted que la he visto.

—¿A quién?

A María Rosa.

—¿A María Rosa? ¿Has visto á mi hija?—preguntó Amelia con ansiedad, poniendo sus bellas y diminutas manos en los robustos hombros de Juan Antonio.

—Sí, señora; sí. La he visto.

—¿Y dónde está?

A esta pregunta tan natural Juan Antonio perdió el color y suspiró tristemente.

La duquesa de Rioclaro que adivinó lo que en el ánimo de Juan Antonio pasaba, sin duda porque éste no sabía el paradero de María Rosa, preguntó:

—¿Dónde la viste?

—En el coche que me ha atropellado.

—¡Ah! — suspiró tristemente Amelia, como quien acaba de perder una esperanza.

—Cuéntame cómo ha sucedido la cosa.

Juan Antonio refirió el suceso sin omitir el más ligero detalle. Amelia escuchábale llorando, al ver la desgracia que les perseguía.

Comprendió que al saber el marqués que Juan Antonio se encontraba en Madrid, no dudaría que iba en busca de María Rosa, y por consiguiente procuraría poner tierra de por medio.

Esto no dejaba de ser para ella desconsolador.

La llegada de don Torrbio y del médico de guardia interrumpió el íntimo coloquio que sostenían Amelia y el prometido de María Rosa.

Traían la autorización para que Juan Antonio pudiera salir del hospital.

Lleváronle la ropa, y mientras la duquesa iba á dar en persona las gracias al Director, á quien

encontró en su despacho; don Toribio ayudó á vestir á Juan Antonio con igual solicitud que si hubiese sido su ayuda de cámara.

Al ver la confianza, el interés y el cariño con que le trataba la duquesa, dedujo que Juan Antonio podía muy bien no ser lo que al principio le pareció.

La admiración del mozo no podía ser mayor al verse de aquella manera tratado.

La tristeza que le acosó al encontrarse en el hospital había desaparecido.

Apoyándose en el brazo del médico y en el de don Toribio que casi le llevaron en volandas porque no podía aún apoyar bien el pié dislocado, llegó hasta el coche donde le colocaron convenientemente.

La duquesa, que había sido avisada, llegó y ocupó su asiento al lado del joven, mientras decía á don Toribio:

—Hágame usted el favor de tomar un coche de plaza y dígale á mi médico que le espero. Además no olvide usted mis recomendaciones.

Después encargó al cochero que fuese despacio y por el mejor camino para que sufriese el enfermo el menor número posible de molestias.

Cuando se puso el coche en marcha, Juan Antonio dió gracias á la duquesa y le rogó que le diese noticias del tío Juan y de Anica.

—Desconsolados quedan, amigo mío, verdaderamente desconsolados; para ellos como para nosotros no habrá alegría hasta que podamos ver á María Rosa á nuestro lado.

—¡Pobrecillos! ..—suspiró Juan Antonio.— ¡Y

pensar que son tan buenos y tan dignos de mejor suerte!

Y luego, pensando que al manifestar su tristeza contribuía á aumentar la de la madre de su amada, agregó:

—Pero tengamos paciencia, señora; Dios que es tan misericordioso no puede abandonar así á sus buenas criaturas. Confiemos en Dios.

—Sí,—repuso la duquesa;— confiemos en él que todo lo puede.

VIII

Don Toribio Ranera fué aquel mismo día á ver á la duquesa, para enterarla de lo que había podido averiguar.

Dijo que desde hacía mucho tiempo el marqués de Sotoscuro no había parecido por su casa, y que se le suponía viajando; sin embargo, el pariente de la duquesa si bien salió y estuvo ausente algunos días, después volvió, aunque no se instaló en su casa como era de esperar.

Don Toribio atribuía esto á que el marqués, cada vez más entrampado huía de los acreedores después de haber logrado que le diesen un nuevo plazo.

De todas las averiguaciones de don Toribio resultaba que el marqués, ocupando varias habitaciones en una fonda, había estado en Madrid acompañando á una joven aldeana, á la cual había vestido de señorita y había acompañado á todas partes, aunque realmente no había puesto gran empeño en exhibirla.

Después, y cuando nadie lo esperaba el marqués había salido de Madrid hacía seis días, con la misma joven y una mujer de su confianza sin que nadie supiese el lugar á donde se dirigía.

Estas noticias aumentaron la ansiedad y la desesperación de la desventurada madre.

No podía explicarse lo que pretendía su pariente con aquella conducta, ni que iba á hacer con María Rosa.

Juan Antonio mejoró rápidamente, gracias á los exquisitos cuidados que se le prodigaron en aquella casa.

La duquesa de Rioclaro acostumbróse á tratarle como hijo y encontraba gran consuelo hablando con él de la hija queridísima que Dios parecía querer alejar de ella.

Como Juan Antonio la había conocido y tratado desde la infancia, Amelia llegó á saber al detalle todo cuanto con su hija se relacionaba. Así supo su carácter, sus costumbres, sus gustos, los colores que prefería, sus flores predilectas, todas las nimiedades en fin que constiituyen la vida de una joven desde su infancia hasta los dieciocho años.

Así las cosas, una mañana apareció una carta en el gabinete de la duquesa que en vano quiso averiguar por qué conducto había llegado allí.

La carta era del marqués de Sotoscuro decía así:

«Orgullosa Amelia: Mil veces has rechazado mis ofertas de cariño.

»Ni aún ordenándotelo tu padre á quien logré conquistar, consentiste en ser mi esposa. Sé que esto obedecía á que entre nosotros se interponía la



sombra, ó el recuerdo de otro hombre. Además te habías informado de mi vida y averiguaste lo que yo te negué muchas veces y lo que ahora no tengo inconveniente en confesar: que yo era un perdido que había gastado mi patrimonio malvaratándolo y que uniéndote á mi te esperaba una vida desesperada y de martirio.

»En este último punto exageraron un poco. Yo no llevaba otra idea que la de recuperar mi posición desahogada con el capital que tú aportararas al matrimonio. Después, como hacia ti no me impulsaba más amor que el de mi comodidad te hubiera dejado hacer lo que te viniera en gana.

»Hoy te puedo decir estas cosas porque tengo la sartén por el mango.

»Una feliz casualidad me ha hecho enterarme del secreto de tu vida.

»Sé ya lo que te obligó á rechazarme con tanto tesón, apesar de haber tenido que luchar hasta contra tu mismo padre, que en más de una ocasión quiso forzarte á que te casaras conmigo: ¡te habías casado secretamente, pero en regla!

»A más tenías una hija á la que no podías ver por la vigilancia que sobre tí tuvo tu padre, vigilancia más que tiránica de la que fui yo causa, porque logré indisponerle en contra tuya diciéndole que tu negativa obedecía á ciertos devaneos tuyos.

»Estas revelaciones que me hizo una doncella tuya por la cual tuve un capricho y á la que logré conquistar, me llenaron de alegría; aunque las supe pocos días antes de morir tu padre, no por eso dejaban de ser oportunas.

»Tu hija tenía dieciocho años; podía casarse conmigo.

»Me preocupó durante algunos días los medios de que podía valerme para apoderarme de ella.

»La doncella me dió la clave, diciéndome donde estaba tu hija, como se llamaba, y lo que me hacía falta para arrancársela á los honrados campesinos que la criaron.

»Ella misma te robó y me entregó el collar que había de servirme para tener á María Rosa en mi poder.

»En estos días precisamente fué cuando murió tu padre, y calculando yo que lo primero que harías sería ir en busca de tu hija á quien sé quieres con delirio, me anticipé á tí, aunque no creo que en mucho tiempo, porque á mi vuelta á Madrid me han asegurado que habías salido sin que supiesen donde.

»Sin duda buscabas á María Rosa que es una joven encantadora y que se parece mucho á ti cuando eras más joven.

»La pobre niña está deseando que llegue la hora de ver á su madre, pero yo la tengo engañada; me seguirá allá adonde me dé idea de llevarla, con tal que le diga que va á ver á su madre.

»Algo hay en contra mía, y que indudablemente retrasará á realizar mi deseo: María Rosa está locamente enamorada de un ganso del pueblo con el cual debía casarse el día siguiente al en que yo llegué; pero esto con ser un obstáculo no será insuperable, porque viviendo como vivo con ella, no ha de faltarme alguna ocasión en que de grado ó por fuerza la haga mía, y entonces será ella la que

no querrá que yo la abandone. Ya te avisaré cuando entre nosotros ocurra lo irremediable, pues supongo, que siendo tan rica como eres no dejarás de dotar á tu hija con seis ú ocho millones de pesetas que tanta falta me hacen.

»Si te encierras en una negativa no lograrás abrazar á María Rosa y en cambio sabrás algo que destrozaré tu corazón.

»Te escribo esta carta para que tengas tiempo de pensarlo.

»Cuando la recibas, un buque, «El Ecuador», nos llevará desde Barcelona á Filipinas, donde tengo que ultimar los detalles de la venta de unas casas que mi padre me dejó en Manila, que es lo único que me queda de mi fortuna, pues lo demás lo tengo hipotecado.

»Espero que á mi vuelta podremos hablar con calma y arreglar este asunto de la mejor manera posible, y sobre todo muy amigablemente,

»Es como siempre tu rendido adorador

FERNANDO

MARQUÉS DE SOTOSCURO.»

El cinismo de aquella carta hirió á la desventurada duquesa en lo más vivo.

Dióselo á leer á Juan Antonio, y éste, apretando los puños con rabia, se interrumpía para maldecir á aquel canalla que privaba á tantas personas de la felicidad.

Lo primero que se le ocurrió á la duquesa fué enterarse de si «El Ecuador» había salido del puerto de Barcelona.

Don Toribio Ranera, que fué el encargado de

hacer la averiguación, volvió pocas horas después.

—¿Qué hay?—le preguntó la duquesa llena de ansiedad.

—Hay, señora duquesa, que efectivamente, el día designado para que saliese «El Ecuador» era hoy.

—¿Y ha salido?

—No, señora.

—¿Está usted seguro?—interrogó Amelia sintiendo que el corazón le palpitaba con furia loca.

—Segurísimo; acabo de tener una conferencia telefónica.

—¿Y qué le han dicho en ella?

—Que por una ligera avería sufrida en el timón «El Ecuador» tardará un par de días en hacerse á la mar.

—¿Un par de días?

—Tal vez más.

—¡Gracias; gracias, Dios mío!—exclamó la pobre mujer cayendo de rodillas;—aún podemos llegar á tiempo.

Don Toribio, no enterado de las causas que motivaban aquellos transportes de la duquesa, se afirmó cada vez más de que la pobre señora debía estar algo trastornada.

Juan Antonio, presente durante la conversación, con una ansiedad que rayaba en el delirio preguntó bruscamente:

—¿A qué hora salen trenes para Barcelona?

Amelia á esta pregunta del joven se puso súbitamente en pie, diciendo:

—Si, sí, ¿á qué hora salen los trenes?

Miró el reloj don Toribio y dijo:

—Precisamente el correo tardará muy poco en salir; sale á las siete y son las seis y media.

—Nos sobra tiempo—dijo la duquesa.

—Y en seguida, no acordándose de que había timbres en la casa, llamó á voces á sus criados y dió órdenes:

—Que enganchen en seguida y pongan mis mejores yeguas en la berlina.

Luego, dirigiéndose á Juan Antonio:

—Ve á mi secreter y toma la cartera, donde guardo mis valores,

Salió Juan Antonio atolondradamente á cumplir aquella orden.

—Don Toribio—agregó la duquesa.—Usted se encargará de enviarme toda la correspondencia al Hotel de Inglaterra en Barcelona.

—Será vucencia servida.

—Al mismo tiempo. procurará que no haya desórdenes en mi casa. para lo cual y por si acaso mi ausencia fuese larga, se trasladará usted aquí con su señora.

—Se hará lo que vucencia guste.

—A más, si viera usted al marqués de Sotoscuro, avíseme telegráficamente y procure no perderle de vista.

—Muy bien, señora.

—Y ahora, hágame usted el último favor del día. Vaya á escape á la estación y espérenos allí con billetes para Barcelona; tome tres, porque lle-

varé conmigo á mi nueva doncella. Estoy muy delicada y no me atrevo á ir sin una mujer.

Salió don Toribio en el momento en que Juan Antonio entraba dispuesto ya á marchar al fin del mundo.

Las órdenes de la duquesa fueron cumplidas con rapidez.

Diez minutos después, ya todo preparado, montaban en la berlina Amelia, Juan Antonio y la doncella, y se dirigían al galope de las poderosas yeguas á la estación del Mediodía.

IX

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si llegáramos á tiempo...!—decía la duquesa á Juan Antonio mientras el tren corría rápidamente hacia Barcelona.

—¡Pobre marqués entonces—repuso el joven á quien no tenía nada tranquilo el conocimiento del peligro que María Rosa corría;—pagará con creces los malos ratos, las angustias infinitas que nos ha hecho pasar.

—Nada de violencias, Juan Antonio, ¡por Dios!

—Es que... usted es muy buena, señora, y no tiene en cuenta que la villanía del marqués ha estado á pique de acabar con nuestras vidas. Esto sin contar lo que debe sufrir María Rosa en su poder.

—Sin embargo, si los encontramos y podemos quitarle á mi hija debemos contentarnos ¿qué adelantaríamos con recurrir á una violencia que después de los dolores sufridos te llevaría á la cárcel?

Juan Antonio, comprendiendo que la duquesa

tenía razón, bajó la cabeza como quien se resigna á hacer algo que está muy en contra de su carácter y de sus convicciones.

—Bien, señora — repuso para tranquilizar á Amelia;—nada haré que usted no me mande, pero le juro que me costará gran trabajo contenerme, y que sólo el profundo respeto que usted me inspira y el gran cariño que la profeso será capaz de reprimir mi natural deseo de hacer pagar caro á dicho señor las incontables desazones que nos cuesta.,.

Amelia apretó cariñosamente la mano de Juan Antonio que iba sentado frente á ella.

El mozo procuraba alentarla y á ratos manifestábase muy optimista asegurando:

—No debemos perder la esperanza; la Providencia parece declararse en favor nuestro.

—¿Lo crees así? — suspiró, más que preguntó Amelia.

—Sin duda alguna. La detención de ese vapor que debió haber salido hoy, nos lo dice claramente.

—Dios te oiga.

Conforme avanzaba el tren con estrépito infernal por el camino de hierro la ansiedad de los viajeros crecía.

¿Se acercaban al término de sus amarguras? ¿Encontrarían en Barcelona lo que buscaban? ¿Aquella detención del buque, no era precisamente como pensaba Juan Antonio algo providencial, un verdadero favor del cielo que iba á premiar el inmenso cariño y los angustiosos afanes de aquellas desventuradas gentes?

A cada nueva esperanza surgía una nueva duda.

—¡Si la encontráramos!...—suspiraba Juan Antonio.

—¡Si la encontráramos! — exclamaba Amelia impulsada por el mismo deseo.

Cuando ambos recordaban la carta rebotante de cinismo del marqués se estremecían pensando en los peligros á que María Rosa se hallaba expuesta.

—¿Llegaremos tarde? — se preguntaba la duquesa de Rioclaro.

—¿Llegaremos tarde? — pensaba Juan Antonio rechinando los dientes iracundo, ante la imposibilidad en que se encontraba de defender a su bien idolatrado.

Pero ninguno de ellos quería hacer la pregunta en voz alta, pues uno y otro tenían verdadero miedo de desalentar al otro.

—¡Cuánto se tarda en llegar á Barcelona!—suspiró después de un largo silencio la duquesa.

—Efectivamente—dijo Juan Antonio,—los trenes no corren nunca á medida de nuestro deseo.

De tanto en tanto poníanse en pie y asomábanse á la ventanilla impacientes.

Pasó la noche, aquella noche angustiosísima en que estuvieron encajonados en un departamento de primera.

A las nueve de la mañana trasladáronse los tres al vagón restaurant, pues estaban desfallecidos.

Se desayunaron con más apetito de lo que ellos mismos creían, gracias á que Juan Antonio hacien-

do de tripas corazón logró distraer un poco á la duquesa.

A más, á la impaciencia que durante la noche fué dueña de sus espíritus, sucedió una calma grande con la llegada del día.

El cielo estaba despejado y el sol brillaba esplendoroso, animando la naturaleza.

Una esperanza inmensa se fué apoderando poco á poco de sus espíritus, y aunque la ansiedad había aumentado, no era menos cierto que aquella misma ansiedad contribuía, teniendo los nervios en tensión. al cambio que en ellos se efectuara.

A la hora de comer hablaron como personas que no se encuentran en tan angustiosas circunstancias.

Juan Antonio que daba el buen encuentro de María Rosa como cosa hecha dijo:

—En el momento en que la encontremos, á Arjonilla, á tranquilizar á los pobres tío Juan y Anica?

—Sí, sí, iremos allá—repuso la duquesa,—descansaremos de las fatigas á que nos hemos visto obligados, y se celebrará vuestra boda.

—¿De verdad?—preguntó Juan Antonio fuera de sí de puro alegre.— ¿Será usted tan buena que consienta?

—Claro que sí. Se que eres un hombre de bien y eso me basta.

—¡Cuánta felicidad!

—Por otra parte, me han dicho que María Rosa te quiere con toda el alma.

En cuanto á eso no han mentido—aseguró Juan

Antonio frotándose una mano con otra;—Me quiere mucho.

—Y yo que soy su madre, y que la quiero más que si la hubiera tenido siempre á mi lado, no puedo consentir en hacerla desgraciada como á mí me hicieron las intemperancias de mi pobre padre.

A este recuerdo la desgraciada señora bajó la cabeza suspirando.!

Sus amores no habían podido ser más desgraciados y al pensar en ellos, sintió la amargura que había sido la constante compañera de su vida.

Después de un momento de silencio en que con su imaginación recorrió Amelia el calvario á que la habían obligado los dulces apasionamientos de su corazón, volvió la duda á reinar en sus pechos.

—¿Y si el vapor hubiera salido de Barcelona? ¿Qué haremos entonces?—preguntó Amelia.

Juan Antonio, que empezaba á manifestar iguales temores, no supo contestar.

La vida es un compuesto de esperanzas y decepciones, y pasada para aquellos espíritus la hora de la bendita esperanza, el desaliento volvía.

Nada más lúgubre y más tétrico que aquellas últimas horas del viaje.

Uno y otro tenían miedo de comunicarse sus pensamientos; tan fatalistas eran.

A las cinco llegó el tren á la estación de Barcelona.

La duquesa, que había viajado mucho y que conocía la ciudad Condal, no dudó un momento.

Cogióse al brazo de Juan Antonio, arrastrándole tras de sí.

La doncella apenas podía seguirles.

Empujando nerviosamente á cuantos se interponían, como quien lleva mucha prisa, atravesaron el andén y salieron de la estación.

Dirigiéronse al primer coche que encontraron y la duquesa dijo al cochero:

—A escape, al muelle de la Paz. Revienta el caballo, si es preciso.

El cochero, que por el porte y el desparpajo de la señora, comprendió que no se las había con gente ordinaria y que ganaría una buena propina, subió al pescante y propinó tales latigazos al animal, que éste salió al galope.

Pocos minutos tardaron en llegar al muelle de la Paz.

Amelia estaba pálida, casi blanca de emoción. Toda la sangre había afluído á su corazón.

Había llegado el momento crítico.

Miró á Juan Antonio, que tampoco estaba muy sereno, y al verle tan fuerte, tan gallardo y tan capaz de acometer la más difícil de las empresas sintió un ligero alivio.

La doncella iba como atontada sin acabar de comprender aquella ansiedad de los señores, pero sin que se le ocultase por completo la gravedad de las circunstancias.

Ya en Barcelona, la duquesa pensaba que de no haber salido *El Ecuador*, le sería facilísimo apoderarse de María Rosa.

Si no podía hacérsela soltar al marqués por las buenas, recurriría á la autoridad,

Precisamente Juan Antonio llevaba poderes para obrar en nombre del tío Juan y de Anica,

con el propósito de no suscitar escándalos en los que figurase el nombre de la duquesa.

Al llegar al muelle tropezaron con ese cúmulo de curiosos que constantemente contempla con curiosidad invencible los embarques y desembarques, la entrada y salida de vapores.

No bien descendieron del carruaje, se les acercó un barquillero preguntándoles:

—¿Quieren los señores una lancha?

—Sí,—contestó la duquesa; — con tal que nos lleves volando á bordo de *El Ecuador*.

—¿De *El Ecuador*?—preguntó el hombre.

—Sí, sí; ¿no está en el puerto? ¿No debe salir de un momento á otro para Filipinas?

—¡Ah, señora!—exclamó el barquillero:—¿Ve usted aquel barco que acaba de salir del puerto?

Y señalaba á uno que efectivamente abandonaba con rapidez las aguas de Barcelona.

—Sí,—repuso ansiosamente la duquesa.

—Pues aquel es *El Ecuador*.

Resonaron dos gritos á la vez: gritos de angustia y desesperación, el uno lanzado por Amelia que cayó como muerta en los brazos de Juan Antonio y el otro por el pobre mozo que sintió como si le hubiesen atravesado el corazón con un puñal.

La gente que curioseaba en el puerto tardó poco tiempo en arremolinarse alrededor de Juan Antonio que tenía en sus brazos á la duquesa medio muerta, y á la doncella que quería ayudar al joven á meter en el coche á su señora.

Entre los curiosos se vió empujado y envuelto un señor de cuarenta á cuarenta y cinco años á

juzgar por su barba entrecana y su aspecto cansado.

Este señor protestaba enérgicamente de ser así arrollado, tanto más cuanto que ignoraba la causa que motivaba la aglomeración.

Acababa de poner el pié en el muelle y á juzgar por su traje un tanto estrafalario y descuidado y por una maletita que llevaba en la mano, debía acabar de desembarcar de alguno de los vapores surtos en el puerto.

Verdaderamente enojado y sin pretenderlo, fué de los primeros que llegó al lugar en que se encontraba Juan Antonio, luchando en vano por abrirse paso entre la multitud, para conducir al coche á la duquesa y llevarla al Hotel de Inglaterra, donde esperaba que la visitasen cuantas notabilidades científicas pudiera haber en Barcelona, si aquel desmayo no pasaba.

El caballero de la maleta se fijó en aquel grupo y al ver á aquella mujer desmayada quedóse contemplándola como si quisiera reconocerla.

Y sin duda la reconoció, porque con no poca admiración de Juan Antonio, acercóse al grupo exclamando:

—¡Amelia! ¡Amelia! ¡Dios mío! ¿Estará muerta?

Y sin esperar á que nadie se lo dijese, apartó á la doncella y se constituyó en compañero de Juan Antonio, ayudándole á trasportar á la duquesa al coche.

Juan Antonio subió con ella, así como la sirviente y dió las gracias á aquel desconocido en su nombre y en el de la duquesa de Rioclaro.

—¡No me había engañado! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y á dónde van ustedes?

—Al hotel de Inglaterra, si nos deja esa reunión de papanatas,—dijo el muchacho que estaba frenético contra aquella multitud que le lejos de ayudarle le había servido de estorbo con su insaciable curiosidad.

—En el momento estaré allí con un médico.

—¡Dios se lo pagará!,—exclamó Juan Antonio.

A duras penas el coche pudo ponerse en marcha.

El desconocido salió corriendo como aquel que se ha vuelto loco. Logró, cosa extraña en tal bullicio, recoger la maleta que había dejado en el suelo y un instante después corría en otro coche, y llegaba al hotel de Inglaterra, acompañado de un médico que encontró en la primer farmacia, antes que el coche de la duquesa.

Verdad es que al subir con el médico dijo al cochero:

—Hay dos monedas de oro á ganar ó una série de bastonazos si no llegamos al Hotel de Inglaterra esté donde esté, en dos minutos.

Mandóse preparar enseguida una habitación donde fué trasladada la duquesa que aún no había vuelto en sí.

Juan Antonio dejaba obrar al desconocido viendo que le obedecían con más prontitud que hubieran podido obedecerle á él, porque mandaba con la energía del que sabe hacerse obedecer.

Por otra parte á él le venía muy ancho aquello de disponer y se habría encontrado en grave apu-

ro para cualquier cosa aún la más sencilla á pesar de que nada tenía de torpe.

Verdad era que no conocía á aquel señor que había llamado Amelia á la duquesa, pero el no haberse equivocado de nombre y sobre todo el vivísimo interés que se tomaba por la enferma le hizo creer que desde luego debía tratarse de algún pariente ó por lo menos de algún cariñoso amigo á quien la casualidad había llevado al puerto precisamente en momentos tan críticos y que tan buen papel le habían hecho representar.

El médico declaró después de reconocer á la enferma:

—Pueden ustedes estar tranquilos; afortunadamente por ahora no creo que ofrezca gravedad alguna el estado de la enferma, Pronto volverá en sí por completo; lo único que les recomiendo es que la eviten toda clase de emociones fuertes, pues podrían no sólo empeorarla, sino enloquecerla.

—De modo,—titubearon Juan Antonio y el desconocido con verdadera ansiedad.

—Que si se hace cuanto yo ordene respondo de la enferma.

—¡Oh!, gracias, gracias!,—exclamaron á un tiempo los dos hombres.

La doncella se encargó de suministrar á Amelia las medicinas recetadas por el médico, bajo la inspección del desconocido.

La joven ayudada por dos camareras del Hotel desnudó á la enferma, y la acomodó en la cama.

Aunque Amelia había vuelto en sí y había tomado el calmante que le recetara el médico, se en-

contraba en tal estado de atonía que no se daba cuenta de nada:

El médico, enterado por Juan Antonio de que aquel accidente había sido producido por un disgusto grandísimo, y de que Amelia llevaba dos días sin dormir había recetado un calmante fuerte para provocar el sueño y hacer descansar á aquel cuerpo, así es que la duquesa tardó poco en quedarse profundamente dormida.

Entonces el desconocido se acordó de que ellos debían también instalarse y mandó preparar para él y Juan Antonio las habitaciones más próximas á la en que había quedado instalada la duquesa; en cuanto á la doncella decidieron que hasta que la señora no estuviese bien no debía salir de la habitación más que para descansar en una alcobita que daba al gabinete de la duquesa.

Cuando todos estuvieron más tranquilos el desconocido llamó á Juan Antonio y le dijo:

—Ahora ha llegado el momento de las explicaciones.

—Efectivamente; tiempo es de que hablemos.

—Primero me va usted á permitir que le haga algunas preguntas.

—Puede usted hacerlas—dijo Juan Antonio—que como yo pueda contestar á ellas lo haré con mucho gusto.

El caballero quedó un momento pensativo como si quisiera pesar la importancia de cuanto se proponía decir.

Luego dijo:

—Tal vez sea gran indiscreción preguntarle algunas cosas que necesito saber.

—Veamos.

—En primer lugar, ¿quiere decirme en calidad de qué acompaña usted á la duquesa de Ríoclaro?

—Empieza usted por hacerme una pregunta—repuso Juan Antonio contemplando al caballero fijamente con curiosidad,—á la que no se cómo responder.

—Más claro,—agregó el desconocido:—¿es usted pariente de la duquesa?

—No, señor.

—¿Ni de su servidumbre?

—Tampoco.

—Es usted, pues, un amigo.

—Mi situación con respecto á esa señora,—repuso Juan Antonio—es bien rara, y necesitaría para que usted me entendiese, hacerle una serie de relaciones que no soy dueño de hacer,

—El desconocido hizo un gesto de contrariedad.

Aquella amistad de Juan Antonio con la duquesa, amistad que parecía muy íntima puesto que viajaban juntos no acababa de explicársela.

El muchacho confesaba que ni era pariente de Amelia, ni de su servidumbre ¿qué era, pues? ¿Acaso un amante?

Había oído que la doncella le llamaba «señorito Juan Antonio».

Tal vez iba á preguntar una tontería cuando se detuvo por instinto.

Pero queriendo ver el efecto que producía en Juan Antonio, el saber de sopetón quién era, se apresuró á decir sin preámbulo alguno:

—Yo soy el marido de la duquesa de Ríoclaro.

El joven no se inmutó, de lo cual dedujo el desconocido que no era el amante de Amelia.

Sí notó, que le miró con el asombro natural de quien oye una cosa inaudita y que por fin dijo, encogiéndose de hombros:

—No se lo que pueda usted ser de la duquesa, y no dudo nada de lo que diga, puesto que no estoy enterada de su vida más que en parte... Ya ve usted; hasta ignoraba que fuese casada.

De la frente del desconocido desaparecieron algunas arrugas que habían ocasionado la desconfianza y la duda:

Y creyendo que más adelantaría siendo franco que andándose con subterfugios, dijo:

—Me parece usted un hombre leal y honrado, y no sé porqué me figuro que acabará por tener conmigo una confianza ilimitada y me enterará de cuanto atañe á la duquesa.

—Pero siendo usted su marido como dijo no há mucho, ¿es posible que no sepa esas cosas mejor que yo?—preguntó Juan Antonio que aún que se sentía inclinado á confiar á aquel caballero cuanto sabía, abrigaba el temor de que lo engañara su misma buena fé.

—Es que yo soy un marido bien infortunado.

Entonces refirió su historia, una historia que empezaba en un idilio tierno y continuaba en una tragedia que hacía derramar lágrimas.

Y la contó rápida y brevemente, como quien tiene prisa de llegar al fin, para saber algo que le interesa mucho y verse libre para preguntar cuanto se le antoje.

Juan Antonio le escuchó religiosamente, con-

movido á ratos, á ratos lloroso, admirando á aquel hombre que tanto había luchado y que tan alto había sabido llegar.

Pero el lector nos permitirá hacer capítulo aparte para darle á conocer la interesante narración que hizo el desconocido á Juan Antonio.

X

Ante el pasmado Juan Antonio que miraba fijamente á aquel caballero que tantos favores le había prestado en poco rato, éste le refirió su triste historia.

—Y voy á referírsela—dijo antes de empezar—para obtener por completo la confianza de usted y lograr que me refiera francamente cuanto con la duquesa se relacione, pues por lo que usted va á saber ahora mismo comprenderá lo vehementemente que deseo enterarme de todo.

«Soy Alfredo Ruíz de Peña y cuando nos hemos encontrado acababa de desembarcar procedente de México, donde he pasado dieciocho años trahajando con el fin de poder reunir una fortuna y con el pensamiento siempre fijo en esa mujer á quien usted acompaña.

«Antes de resolverme á partir para países, que entonces me parecían infinitamente más lejanos que lo que en realidad están, vivía en Madrid modestamente ayudando á mi padre en los trabajos de la administración del duque de Rioclaro, empleando el tiempo que me quedaba en hacer los últimos estudios para terminar la carrera de Filosofía y Letras,

«Desde bien pequeños, aun éramos unos niños, entre Amelia y yo reinó una cordialísima amistad.

«Sin saber porqué me sentía feliz cuando me encargaba algo aquella niña angelical, y le aseguro que si como me mandaba cosas sin importancia, me hubiese mandado comprarle alguna cosa que no hubiera estado al alcance de mis modestas economías, no hubiese vacilado en robar con tal de satisfacerla.

«Yo no sabía definir aquel sentimiento profundo que me inspiraba Amelia, pero me sentía tan atraído que en vano pretendiera alejarme de ella.

«Amelia nunca abusó del inmenso ascendiente que sobre mí tenía; nunca exigió de mí más que cosas fáciles y para pedir empleaba siempre una forma tan dulce y tan suplicante, que sólo un salvaje sin corazón hubiera sido capaz de desobedecerla.

«Así fuémos creciendo y ella llegó á los quince años y yo á los diecisiete.

«Sin darnos cuenta de ello, nuestro fraternal afecto fué cambiando en adoración y nuestra adoración en amor ferviente.

«Amelia se hizo una mujer elegante, graciosa y la más bonita del mundo.

«Cuando conocí el inmenso amor que la profesaba, mi tristeza no tuvo límites.

«A los diecisiete años, aunque la juventud sea bastante irreflexiva, comprende cualquiera la distancia que hay entre el hijo de un administrador y una duquesa, y por consiguiente los obstáculos que pueden oponerse á sus amores.

«Hice cuánto pude entonces por alejarme de

Amelia, pero como me veía precisado á ir á su casa todos los días y ella ponía gran empeño en verme y hablar conmigo, no me fué posible.

«Comprendiendo que solo por una vida de estudio y de trabajo podía ser digno del amor inmenso de Amelia, estudiaba con afán y adelantaba rápidamente en mi carrera. Sentía imperiosamente la necesidad de ponerme en disposición de ofrecer á Amelia algo más que un nombre oscuro.

«Así las cosas, un día en que yo me encontraba sólo, trabajando en el despacho de mi padre, que estaba en el mismo palacio del duque, ví entrar á Amelia triste y llorosa.

«—¿Qué te pasa?—le pregunté levantándome y acercándome á ella solícito y cariñoso.

«—¡Soy muy desgraciada, Alfredo, soy muy desgraciada!

«Y al decir esto llorando desconsoladamente se arrojó en mis brazos y apoyó su cabecita adorablemente en mi hombro derecho.

«—Reponte vida mía—le dije—no te aflijas. Algunas veces no es tan grande la desgracia como la imaginamos.

«—Es que esta desgracia es muy grande—dijo sin dejar de llorar—y digo nuestra porque tanto es tuya como mía, amor mío.

—A ver, explícate.

—No sé, no sé como decírtelo de modo que no te rompa el corazón como á mí me lo ha destrozado.

»Y lloraba; lloraba con un desconsuelo tan grande que no parecía sino que para nosotros se fuera á acabar el mundo en el momento de encontrarlo más seductor y atrayente.

»Aquel llanto laceraba mi corazón; verla tan afligida era cosa que me desesperaba extremadamente.

—Pero ¡por Dios!—supliqué,—díme lo que pasa; considera que en este estado es mil veces peor la incertidumbre que la muerte misma. A más, para poder medir la intensidad de un peligro es necesario conocerlo.

»Ni súplicas, ni palabras cariñosas eran capaces de devolverle la tranquilidad.

»Su llanto era cada vez más aflictivo; abrazábase á mí como no lo había hecho nunca y nos acariciábamos como se acarician dos esposos que se ven obligados á separarse en plena luna de miel.

»Nunca, hasta entonces, había yo saboreado sus besos apasionados y ardientes; nunca hasta en aquel momento mis labios se habían unido convulsivamente á los suyos.

»Entre sollozos me refirió la gran desgracia que amenazaba acabar con nuestra felicidad.

»El padre acababa de decirle que había pensado en casarla con un pariente suyo, un joven antipático y depravado que sin duda logró engañarle con humildades fingidas y con manifestaciones falsas de un cariño que estaba muy lejos de sentir.

»Ella se había opuesto asegurándole al viejo y severo duque que no tenía edad bastante para echar sobre sí las pesadas obligaciones del matrimonio.

»A esto contestó el duque que ya se iría acostumbrando, y tanto estiraron el uno y el otro de

la cuerda, que habían llegado á un rompimiento en el cual el duque había amenazado con reducir-la á la obediencia por la fuerza.

»La brusquedad del padre exasperó á la hija, que por más que lloró, suspiró y suplicó, no logró ablandar el corazón del duque y tuvo que acabar por negarse en absoluto á cumplir la voluntad del autor de sus días.

»Tras aquella escena borrascosa, el duque había salido del palacio, colérico é iracundo, jurando que había de hacer entrar en razón á aquella joven inobediente.

»Y ella había aprovechado la primer ocasión para venir á referirme el peligro que nuestros amores corrían.

»—Primero,—me dijo entre sollozos — primero me harán pedazos que forzarme á consentir en unirme á un hombre que no seas tu.

»—¡Alma mía! — le dije yo verdaderamente alarmado, — si yo tuviese títulos y razones para poder presentar una petición en regla yo hablaría con el duque y te pediría por esposa.

»—Nunca consentiría — repuso ella cada vez más acongojada.—Te arrojaría de mi casa y arrojaría á tu padre, y entonces ¿qué sería de nosotros?

»¿Qué pasó en nuestros corazones aquella tarde? ¿Qué fuerza misteriosa y simpática nos arrojó á uno en brazos de otro?

»Sólo sabré á usted decirle que aquella misma tarde aprendí que entre dos que se aman con locura, la mayor seducción que puede existir es la del dolor.

«Sin saber como, sin pretenderlo, por algo tan natural como la naturaleza misma, aquella tarde quedamos desposados ante Dios, ya que no pudimos quedarlo ante los hombres.

»Mi cuerpo era suyo como el suyo mío: nuestras almas eran una sola, nuestros corazones latían al unísono, y ambos vivimos desde entonces unidos por las mismas infinitas aspiraciones.

»El duque, después de sufrir horriblemente, dado su carácter imperioso, y de sostener fieros altercados con Amelia, acabó por ceder en sus pretensiones de casarla con el marqués de Sotoscuro.

—¿De Sotoscuro dice usted? — interrumpió bruscamente Juan Antonio, que oía el relato de Alfredo Ruiz de Peña con atención profunda y visiblemente conmovido.

—Con el mismo; ¿por qué lo pregunta usted? — interrogó á su vez el desconocido.

—Por nada, por nada, —repuso Juan Antonio;— ya tendremos ocasión de hablar de esto. Continúe usted, que siento verdadera ansiedad porque lleguemos al final. Es muy interesante para mí todo eso que usted está refiriendo.

Alfredo se quedó mirando fijamente á Juan Antonio como queriendo adivinar por qué podría á él interesarle su historia, pero viendo que la cara del muchacho respiraba bondad y honradez, se decidió á continuar.

»Pues bien—dijo,—el duque de Rioclaro supo por boca de su misma hija que el marqués era un perdido. Al principio el buen señor creyó que lo que Amelia le decía era un subterfugio de que se

valía para hacerle ceder, pero tal vez no queriendo consumir una gran violencia con su única hija, encargó á mi padre que abriese una amplia información sobre la conducta del marqués.

»Mi padre le hizo ver efectivamente por sus propios ojos, que el marqués de Sotoscuro no quería á Amelia más que para reforzar con su dote su fortuna algo mermada por sus calaveradas.

»Entonces hubo una reconciliación entre el padre y la hija y convinieron en que el duque nada volvería á decir á Amelia sobre el matrimonio hasta que ella eligiese entre los de su clase. Sobre todo había de ser de antigua nobleza, pues el orgullo del duque no hubiera nunca consentido que se casara su hija con uno de la canalla, como llamaba despreciativamente á los que no pudiesen presentar un árbol genealógico en que no hubiese un individuo que no descendiese por lo menos de las Cruzadas.

»Este trato nos llenó por un momento de tranquilidad y nuestros corazones pudieron seguirse amando sin temores de ninguna clase.

»Hasta que un día Amelia sintió que iba á ser madre.

»En aquellos mismos días alguien dijo al duque que yo sostenía relaciones con su hija, y después de llamarla y de deducir de su turbación que yo no debía serle indiferente, me arrojó ignominiosamente de la casa.

»Por fortuna el duque no lo había adivinado todo y creo que habrá continuado sin saberlo.

»Cuantos esfuerzos hice por poder ver á Ame -

lia resultaron inútiles, porque si no encerrada estaba vigiladísima y nada podíamos hablar.

»Una mañana, aún dormía yo, cuando vinieron á decirme que un sacerdote deseaba hablarme.

»Vestíme de prisa y corriendo me dirigí á la sala donde le hicieron pasar.

»Aquel cura era el hombre más amable, más bondadoso y más evangélico que he conocido en mi vida.

»Venía á hablarme de parte de Amelia y preguntarme que si estaba dispuesto á unirme con ella por medio del sagrado lazo del matrimonio para que la criatura que dentro de cinco meses había de nacer, tuviese por padre legítimo al que lo era por la Naturaleza.

»Le contesté con las lágrimas en los ojos que sí, que estaba dispuesto á todo cuanto ella mandase, ya que todo mi sér no vivía más que por Amelia.

»Salí con el sacerdote que se manifestó muy contento al verme dispuesto.

»Por el camino me dijo que aunque iba á casarme con Amelia, había de jurarle no usar nunca de mis derechos de marido hasta que consintiera el duque ó hasta que éste muriera.

»Juré cuanto quiso aquel buen anciano.

»En la sacristía, ó mejor dicho en el despacho de la sacristía, encontré á Amelia.

»Hacía muchos días que no nos veíamos, y tan enternecedor debió ser lo que nos dijimos, que el buen sacerdote y una doncella de la que desde aquel día fué mi esposa, lloraban conmovidos.

»En seguida el sacerdote procedió á confesar-nos.

»Mi confesión fué la más sincera que he hecho en toda mi vida.

»Desde el fondo de mi corazón daba fervorosamente gracias á Dios por haberme concedido aquella dicha suprema de dar mi nombre á la criatura más adorable del Universo.

»No sé de qué medios pudo valerse Amelia para llevar las cosas á aquel punto.

»La boda se verificó sin tropiezo alguno, y fué la ceremonia más sencilla, más conmovedora y más solemne de que sin duda ha sido testigo aquel templo.

»Desde aquel día el sacerdote fué el más entrañable de mis amigos.

»Aconsejábame paciencia y me daba grandes esperanzas para el porvenir.

»Como quería con toda su alma á Amelia, á la cual conocía desde su nacimiento, él fué el que más trabajó y con más fruto para evitar que el duque se enterase del estado en que se encontraba la desgraciada niña.

»Por él se logró que Amelia saliese para Andujar para pasar una temporada en casa de una vieja tía, señora muy piadosa, de tanta edad que apenas si se daba cuenta de que existía.

»Para conseguir esto el sacerdote mismo hizo un viaje á aquella ciudad andaluza desde donde hizo escribir tantas cartas al duque de Róclaro, solicitando que enviase á su hija que éste acabó por acceder á tan reiterados ruegos.

»Encontrábame entonces yo sin recursos y

aunque hubiera querido trasladarme á Andujar con el propósito de estar al lado de Amelia, estaba materialmente imposibilitado de hacerlo.

«Limitábame, pues, á escribirle cartas tan llenas de pasión que según ella me contestaba eran las únicas que le daban algún consuelo en medio de su amargura infinita.

«Como si mis desgracias fueran pocas, en aquel tiempo mi padre enfermó de tal manera que los médicos desesperaban salvarle.

«Entre mejorías y recaídas pasáronse cuatro meses, al cabo de los cuales murió dejándome sumido en la más inconsolable tristeza y la situación más apurada de la vida.

«Gracias al buen sacerdote que me había desposado con Amelia, pude enterrar decorosamente á mi padre.

«Para que mi desconsuelo fuese mayor, en aquellos tristísimos días dejé de recibir cartas de Amelia.

«Acercábase ó había llegado sin duda el momento del parto y esta circunstancia aumentaba mi ansiedad teniéndome sumido en inmensa angustia.

«Por fin al cabo de algunos días y tal vez en vista de mis reiteradas cartas recibí una, muy lacónica pero que fué una gran alegría en medio de mis aflicciones.

«La carta decía:

«Después de tener que guardar algunos días cama, he dado á luz una hermosa niña.

«¡Dios la haga más feliz que á su desgraciadísima madre!»

«Quise arreglar mis asuntos y marchar velozmente á Andújar, pero como la desgracia parecía perseguirme, no pude encontrarme en disposición de hacer el viaje, hasta pasado cerca de un mes.

«Durante este tiempo recibí cartas muy detalladas de Amelia en las que me decía que después de haberse informado minuciosamente de las gentes más honradas y más buenas que había cerca de Andújar, había encontrado en los alrededores de Arjonilla un matrimonio honradísimo al cuidado del cual pensaba dejar á nuestra hija, hasta que nuestra suerte variase.

«Poco después de recibir esta carta supe que Amelia había llegado á Madrid llamada por su padre.

«Probablemente alguien la había vendido; sin duda el marqués de Sotooscuro, enterado, ó sospechando algo, había puesto en conocimiento del duque lo que pasaba.

«El duque, celoso de su honor, no pudiendo á la sazón, emprender el viaje, llamó con toda urgencia á su hija, creyendo que se le presentaría en un estado vergonzoso, cosa que hubiera castigado severamente.

«Por fortuna el peligro había desaparecido, y aunque Amelia estaba algo desmejorada, los recursos del tocador fueron bastantes para engañar al viejo duque, que desde entonces, desconfiado y receloso vigiló á su hija de tal manera, que ya me fué imposible volverla á ver.

«Sin embargo, nos comunicábamos siendo

nuestro intermediario el buen sacerdote de que le he hablado.

«Como las cosas no podían continuar de aquel modo y yo necesitaba dinero para poder libertar á Amelia de las tiranías paternales, sin someterla á los acongojantes azares de la miseria, decidí por consejo del sacerdote marchar á América en busca de fortuna.

«El caritativo señor me facilitó lo necesario para ir á tener el inmenso placer de besar á mi hija, y en efecto, con las señas que Amelia me diera me presenté en casa del tío Juan y de Anica, que así se llamaban los buenos campesinos que de mi hija se encargaron, y después de pasar con ellos dos días sin darme á conocer, emprendí mi viaje lleno de pesadumbre, pues no pude siquiera despedirme de mi desventurada esposa.

«En América he luchado y sufrido mucho. Cuando pocos años después de mi marcha murió el buen sacerdote que había sido para mí un segundo padre; en vano escribí á Amelia.

«Las contestaciones á mis suplicantes cartas se hicieron tanto esperar, que todavía no las he recibido.

«Afligidísimo, creyendo que Amelia había muerto ó me había olvidado, resolví trabajar afanosamente con el ánimo de lograr algún día la felicidad de nuestra hija, no sólo poniéndola al abrigo de toda miseria, sino rodeándola de comodidades.

«Inmensamente rico acababa de tocar tierra española, esta tierra para mí mil veces bendita por lo mucho que en ella he amado y sufrido,

cuando con la primera persona que me encuentre es con Amelia.

«Mas que mis ojos la ha reconocido mi corazón.

—«Ahora,—terminó diciendo Alfredo Ruiz de Peña,—espero que no tenga usted desconfianza alguna de mí y me ponga al corriente de cuanto ocurre y de por qué me encuentro á la duquesa de Rioclaro en Barcelona y en semejante estado».

—Primero,—dijo Juan Antonio,—conviene que nos enteremos de cómo sigue la señora.

—Eso mismo iba á proponerle.

Ambos se pusieron en pié y se dirigieron á la habitación en que Amelia descansaba.

Ya en la puerta Juan Antonio se detuvo y dirigiéndose á Alfredo le dijo:

—Sería prudente que no entrase usted; la duquesa ha sufrido demasiadas emociones vivas y una más podría serle fatal.

—Tiene usted razón.

Y quedó en la puerta mientras el joven entraba, confuso y preocupado por todo lo que acababa de oír.

La duquesa dormía, agitadísima, es verdad, pero aquel sueño debía ser para ella reposador.

Acercóse Juan Antonio á la cabecera de la cama, fijó en la enferma una mirada cariñosa y volvió á buscar á Alfredo, á quien anunció que, si no mejor, la duquesa por lo menos dormía, cosa que sin duda no le era perjudicial.

XI

Juan Antonio se dispuso á complacer á Alfredo; habíale escuchado verdaderamente conmovido y empezó á sentir por él un interés inmenso cuando se enteró de que era el padre de María Rosa, de aquella desventurada niña á quien tantísimo y tan tiernamente amaba.

Comprendía el pobre muchacho que para aquel señor que tanto había sufrido, sería un golpe terrible el conocimiento de la infamia del marqués de Sotoseuro, y procuró ocultarle en lo posible, ó mejor dicho, darle la noticia de lo que los trafa á mal traer, con grandes precauciones y aminorando la gravedad de las circunstancias.

Pero todas sus precauciones resultaron inútiles ante el aluvión de preguntas que cayó sobre él.

—¿Supongo,—empezó por decir Alfredo,—que no tendrá usted inconveniente alguno en decirme lo que ha motivado este accidente de la duquesa?

—Realmente,—repuso el joven después de un momento de reflexión,—la confesión que acaba de hacerme me ha puesto de parte de usted.

—Entonces hable, que nadie habrá escuchado en la vida con más ansiedad de la que yo escucharé.

—Empezaré por decirle cómo he conocido á la duquesa.

—¿Cómo?

—Yo vivía feliz y tranquilo en mi pueblo que no es otro que Arjonilla.

—¡Arjonilla!,—exclamó Alfredo con los ojos chispeantes,—¡Arjonilla! Entonces conocerá usted al tío Juan y á Anica.

—Sí, los conozco y les quiero entrañablemente, como si fuesen mis padres.

—¿Y habrá usted conocido á mi hija? ¿Vive? ¿Continúa en el pueblo? ¿Es feliz? ¿Que hace?

Las preguntas salían de la boca de Alfredo atropelladamente, como empujándose unas á otras, sin dejar espacio á Juan Antonio para contestar.

Quería saberlo todo de una vez, y manifestaba una impaciencia que rayaba en locura, por lo que conoció Juan Antonio que efectivamente aquel hombre debía ser en efecto el verdadero padre de María Rosa, puesto que preguntaba con la misma ansiedad conque preguntara la duquesa cuando llegó al pueblo.

Por fin Juan Antonio pudo contestar.

—Sí, sí, la conozco.

—¿A María Rosa?

—Sí, á María Rosa. La conozco tanto, y tanto la quiero, que cuando conocí á la señora duquesa estaba en vísperas de casarme con ella.

Alfredo se quedó mirando pasmado á Juan Antonio.

Luego de un corto silencio que empleó aquel hombre en reponerse de la emoción que acababa de experimentar preguntó:

— ¡Cómo! ¡Usted! ¡Tú, ibas á casarte con mi hija!

Y abriendo los brazos sin poderse contener, dejándose llevar de los impulsos generosos de su corazón de padre amantísimo, se arrojó en los del pasmado Juan Antonio que tan emocionado como Alfredo apenas si podía hablar.

— Entonces, — dijo el infeliz padre, — ¿tú la quieres?

— Con todo mi corazón.

— ¡Oh, qué grato es encontrar á las personas que aman lo que nosotros amamos! ¿Y es buena?

— Como un ángel.

— ¿Y hermosa?

— Como una virgen. En el mundo no hay quien le iguale.

Alfredo bajó la cabeza como si en aquel momento se hubiera apoderado de él una inmensa pesadumbre.

Luego dijo:

— Pero no me querrá; habrá creído que yo la he abandonado caprichosamente.

— No lo crea usted — dijo; — María Rosa no ha dejado pasar un día de su vida desde que tiene uso de razón sin dedicar un recordó tristísimo á su padre.

— ¡Dios mío, Dios mío! — exclamó Alfredo como en acción de gracias al Todopoderoso.

— El tío Juan y Anica, aunque no sabían el nombre de usted, le han enseñado á bendecir á

aquel joven, melancólico y triste; que pasó dos días en aquella casa acariciándola.

—¡Oh, qué honrados y qué buenos son! ¿Y viven?

—Sí, sí.

—Iremos á verlos; tengo que darles un abrazo y asegurar su porvenir. ¿Y Amelia conoce ya á su hija? Puesto que ha ido al pueblo debe conocerla.

Aquí Juan Antonio se encontró en un verdadero atolladero. No sabía como decirle á aquel padre la desgracia que lamentaban todos.

Pero acosado por las preguntas de Alfredo no tuvo más remedio que decir:

—Usted es hombre y está avezado á las contrariedades de la vida.

—¿Qué? ¿Ocurre alguna desgracia? ¿Ha muerto acaso María Rosa?

—No, no, afortunadamente no.

—¿Está enferma?

—Tampoco.

—Entonces... ¿qué ocurre? Por piedad considere usted la ansiedad en que me encuentro.

Juan Antonio se vió obligado á referir lo que pasaba.

Alfredo le escuchaba rechinando los dientes de coraje, lamentando que la huida de aquel marqués que había sido la primer causa de los dolores de Amelia, le imposibilitase de tomar de él una venganza rápida y pronta,

Juró ir en persecución del marqués y arrancarle á María Rosa aunque para conseguirlo fuese necesario reñir con medio mundo y matar á otro medio.

En esta conversaeión vino la doncella á preguntar por Juan Antonio á quien llamaba la duquesa que acababa de despertar.

Voló el muchacho, resuelto a poner en conocimiento de Amelia, si la encontraba con ánimos de recibir la noticia; la presencia de Alfredo Ruiz de Peña, pues calculaba que tal vez el encuentro aquel pudiera considerarlo la señora como una ventura en medio de tan repetidas desgracias.

Al ver la duquesa á Juan Antonio se echó á llorar.

—¡Dios mío, Dios mío! — exclamó. — ¿Hasta cuando no se cansará de perseguirnos la desgracia?

El joven que no tenía más esperanzas, que la duquesa en lo que con María Rosa se relacionaba, procuró hacer un esfuerzo sobre sí mismo con el propósito de animar un poco su abatido espíritu y repuso:

—No hay que desesperar en absoluto. En primer lugar, nadie nos ha dicho que en el buque que salía del puerto cuando nosotros llegamos á él, iba María Rosa.

—Es verdad—suspiró Amelia—pero las amenazas del marqués.....

—Se reducirán solo á amenazas. A mí por lo menos me resulta muy poco digno de crédito lo que de él proceda.

—Sea como fuere—dijo la pobre madre desesperada—el caso es que María Rosa está en su poder desde hace mucho tiempo.

Juan Antonio bajó la cabeza como quien sucumbe ante la evidencia.

Sin embargo, considerando que no debía abastirse, dijo:

—Conozco á María Rosa, ella es fuerte, robusta y valerosa, y si está á estas horas con el marqués, será porque la tiene engañada con la esperanza de presentarla á su madre; pero estoy seguro de que cuando se dé cuenta del engaño, tendrá energía bastante para huir de él y volver al pueblo reclamando, si para esto necesario, el auxilio de las autoridades.

—¿Lo crees así?—preguntó á Amelia como náufrago dispuesto siempre á agarrarse á la más ligero tabla que pueda llevarle á puerto seguro.

—Sin duda alguna. A más, estoy seguro de que María Rosa podrá haberse ido con el marqués á Madrid, con la esperanza de encontrar á su madre..... hasta creo que haya podido arrastrarla hasta Barcelona, pero indudablemente ella no habrá consentido en salir de España.

—¡Sí, pero dentro de España, hay tantos medios de seducción!

—María Rosa no caerá en ninguno. En primer lugar es imposible que me haya olvidado y más imposible todavía que logre enamorarla un hombre como el marqués.

—¿Y la fuerza?

—La fuerza no es para utilizarla contra mujeres como María Rosa que tiene las suficientes para no sucumbir. Ya verá usted como el día que pretendan conseguirla de ella algo violentamente, nos escribe desde Arjonilla diciéndonos que se encuentra entre el tío Juan y Anica, libre de todo peligro.

Hay momentos en que los seres más desgracia-

dos se dejan adormecer por los deliciosos arrullos de la esperanza, y el espíritu de Amelia se encontraba en uno de estos.

Las palabras de Juan Antonio iban cayendo en su corazón como lluvia benéfica y calmante.

Juan Antonio al verla en aquel estado no creyó peligroso intentar darle la noticia de la presencia en la fonda, de aquel hombre á quien sin duda había de amar todavía con toda la ilusión de los quince años.

En su consecuencia, procuró llevar la conversacion á un terreno en el que pudiera hablar claramente del asunto sin temor de que la noticia fuese dada de una manera brusca que pudiera resultar perjudicial á la desventurada madre.

Así fué que, como á quien se le ocurre de pronto una idea salvadora, dijo, sin dejar de mirar á la duquesa para ver la impresión que le hacían sus palabras:

—Perdone usted, pero se me ocurre una cosa.

—Habla.

—¿No sería conveniente que el padre de María Rosa supiera lo que pasa? Aunque nunca hemos hablado de él, supongo que tendrá padre y que éste podría ayudarnos.

Juan Antonio observó que la duquesa suspiraba con angustia infinita.

—¡Su padre! — dijo derramando abundantes lágrimas! — ¡Sabe Dios lo que habrá sido de él! ¡Pobre Alfredo!

—¿Dónde está? — preguntó Juan Antonio, como si nada supiese.

—No lo sé, amigo mío; no lo sé. Poco después del nacimiento de María Rosa tuvo que salir de España, y nada he sabido de él. ¡Estoy segura de que habrá muerto!

Y al decir estas palabras, sus lágrimas redoblaron y sus sollozos fueron aflictivos.

Juan Antonio estaba profundamente conmovido.

—¿Y qué indicio le hace creer que haya podido morir?

—El que es imposible que me haya olvidado... No, no; Alfredo me quería con todo su corazón, y su silencio, un silencio de más de dieciocho años, me hace creer que el desdichado ha muerto lejos de mí, que era la única persona que le quería.

—Sin embargo, las cartas se pierden.

—Una, bueno; ¡pero tantas como él me hubiera escrito!... ¡Oh, sin querer, Juan Antonio, has renovado una de las heridas más dolorosas de mi corazón!

—Bien; pues no hablemos de ello.

—Al contrario; hablemos;— dijo la duquesa;— por doloroso que sea, siempre es grato hablar de los seres que nos amaron y que ahora están ausentes por la muerte.

Juan Antonio quedó un momento pensativo y después, levantando la cabeza, como el que está resuelto á jugar el todo por el todo, dijo:

—¿Y si yo le probara á usted que el padre de María Rosa vive, y que durante esos dieciocho años, que para él han sido de inmensa angustia, no ha tenido otro pensamiento que usted y que su hija? ¿Y si yo le dijera que escribió muchas veces

y que no recibiendo contestación creyó que usted había muerto y por muerta la ha llorado?

Amelia abrió mucho los ojos; se incorporó, mientras Juan Antonio hablaba, y sin fijarse en que sus ropas estaban en desorden y que la camisa descendía de sus hombros, dejando al descubierto un busto fresco y admirable, se agarró nerviosamente con ambas manos á uno de los brazos de Juan Antonio, y atrayéndole hacia sí, preguntó:

—¿Y cómo, cómo podrías decirme eso sin engañarme? ¿Acaso tú has conocido nunca al padre de María Rosa? ¡Ah, Juan Antonio, Juan Antonio! —prosiguió verdaderamente desalentada, pasándose las manos por la frente.— ¡Hijo mío! ¡Qué desacierto más grande el tuyo, al querer hacer resucitar en mi pecho un amor ferviente como ninguno y una esperanza que el perderla me hará enloquecer! ¡Por piedad! Dime que sólo te ha guiado el deseo de hacerme bien, para que mi esperanza no tome vuelo! Considera que lo que haces está torturando mi corazón.

Y al decir esto, dejóse caer de nuevo sobre la almohada, como aquella rosa de que nos habla el poeta, abatida por la hoz del segador.

Juan Antonio se inclinó entonces sobre ella y murmuró:

—Para que vea usted que no es sólo un deseo de consolarla voy á decirle.....

—Acaba—dijo la duquesa incorporándose de nuevo.

—Que conozco á un hombre, bueno y desgraciado, que se llama don Alfredo Ruiz de Peña.

—¿Tú? ¿Tú le conoces?

—Sí, sí.

—¿Y dónde está?

—Estuvo en países muy lejanos, pero hoy camina hacia España con el pensamiento fijo en la duquesa de Rioclaro y en su hija María Rosa.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién ha podido decírtelo?

—Tranquilícese usted, si no me arrepentiré de haberle hablado de lo que me pareció que sería un consuelo.

—Bueno, sí—agregó nerviosamente la duquesa, —ya estoy tranquila... ya no diré nada... Solo que estoy muy alegre, muy alegre... ¡Alfredo! ¡Alfredo vivo! ¡Alfredo pensando en mí! ¡Alfredo viniendo á mi encuentro! ¡Dios mío, Dios mío!...

Y la desventurada Amelia reía y lloraba á la vez con esa mezcla de tristeza y alegría, de dolor y placer que acompaña siempre á todas las felicidades humanas.

Después agregó:

—¡Oh, no me engañes, no me engañes... Si me has engañado has cometido un asesinato horrible, porque tú, tú no puedes saber lo que es un amor que se ha guardado en medio de la juventud y de la riqueza dieciocho años, dieciocho años seguidos...

Juan Antonio no recordaba haber estado tan conmovido en la vida. Vea aquel amor ferviente por tanto tiempo guardado en el fondo de un corazón apasionado y fiel, y lo comprendía, porque desde que se separó de María Rosa, su amor había ganado en intensidad y se sentía capaz de los ma-

yores sacrificios por encontrarla aunque no hubiera sido más que para morir á sus pies.

Aunque las lágrimas pugnaban por salir á sus ojos á raudales hizo un esfuerzo inmenso para no aparecer tan conmovido y volvió á recomendar calma.

—Sí, sí; ya la tengo... ¿No ha de tener calma para esperar unos días la que la ha tenido para esperar tantos años?... Pero dime, y dímelo pronto: ¿Por dónde has sabido tú de mi Alfredo? ¿No has podido engañarte? ¿Quién te ha dado noticias tuyas? ¿Dónde está?

Iba á hablar Juan Antonio cuando la duquesa interrumpió:

—No, no; no me digas que me has engañado. Mátame primero y déjame morir con la esperanza de que mi Alfredo viene pensando en mí, de que no me ha olvidado, de que no puse este amor, el más grande de los amores, en un ingrato... Mátame, mátame antes de desengañarme.

—Le juro que he dicho la verdad.

—¿Has dicho la verdad? ¿Pero cómo lo has sabido? Tú no conocías al padre de María Rosa, á mi esposo.

—No, pero ahora le conozco.

—¿Pero es posible?

—Sí, sí.

—¿Y desde cuándo?

—Desde hoy mismo.

—¿Desde hoy? ¿Entonces está aquí? Pero, no; no es posible; de estar aquí él, hubiera corrido á abrazarme, y ahora se encontraría en ese lugar que tu ocupas.

En este momento los ojos de Amelia se fijaron en la puerta en donde acababa de aparecer un hombre.

Su corazón pasó por todos los sentimientos; quedó como paralizada por la sorpresa y por fin extendiendo los brazos hacia aquel hombre gritó con todas sus fuerzas:

—¡Alfredo! ¡Alfredo mío!

A este grito respondió otro, grande, conmovedor, tiernísimo, incopiable.

—¡Amelia! ¡Amelia de mi alma!

Y pronto estuvieron el uno en brazos del otro.

Lloraban y reían los dos, acongojados y alegres á la vez. Se desunían para mirarse y se volvían á abrazar con fuerza, como si temieran que alguien fuese á separarlos.

No podían hablar; solo se escuchaban gritos entrecortados, palabras sofocadas por los sollozos, besos mordientes.

Juan Antonio lloraba como una Magdalena, enternecido ante aquel amor inmenso, experimentando deseos vehementísimos de que entre él y María Rosa pudiese desarrollarse una escena igual.

La doncella había corrido al oír aquellas voces y quedó pasmada ante aquel cuadro.

No conocía al hombre á quien abrazaba su ama con tan ferviente frenesí, pero por las mutuas manifestaciones de cariño que se hacían y por la actitud de Juan Antonio que lloraba á lágrima viva comprendió que no se trataba de ninguna violencia y se retiró discretamente.

Alfredo y Amelia continuaron largo rato abrazados sin encontrar palabras que decirse.

¡Era tanto lo que tenían que hablar!

Cuando estuvieron un poco repuestos, Alfredo se sentó en la cama y empezaron á cambiar impresiones, acosándose uno á otro á preguntas. Juan Antonio se dispuso á salir, pero tanto la duquesa como Alfredo se lo impidieron asegurándole que nada de secreto había en lo que tenían que decirse.

La doncella se presentó á preguntar que si querían cenar los señores, y como todos se habían olvidado de satisfacer esa necesidad, determinaron que pasaran una mesita al cuarto y que sirviesen en él la cena.

Amelia se vistió. A no entristecerla la desaparición de su hija en aquellos momentos habría sido la mujer más feliz del mundo.

Cenaron animadamente, olvidando algo, recordando mucho, aliviados de infinitos dolores.

Alfredo, al hablar de María Rosa, por consejo de Juan Antonio manifestóse muy esperanzado y aseguró que él estaba dispuesto á hacer lo imposible por encontrarla.

Desde luego, á la mañana siguiente daría parte á las autoridades, se enteraría de la ruta que había de seguir *El Ecuador* y telegrafiarían á la primer escala para que detuvieran al marqués de Sotoscuro y á la persona que le acompañase.

Al mismo tiempo, todos juntos prepararían el viaje y saldrían en el primer vapor.

Alfredo encontrábase dispuesto á todo, y como lo que proponía estaba en los límites de lo posible,

Collar—10

logró reanimar á Amelia y que hasta el mismo Juan Antonio tuviese esperanzas.

A aquel hombre precisamente se le ocurrían grandes ideas que á la duquesa y á Juan no se le hubieran ocurrido nunca.

Después de cenar, Juan Antonio; los dejó solos, y dijo que iba á salir á dar una vuelta por la población.

No sabía por qué, pero algo le impulsaba á recorrer las calles que indudablemente había recorrido aquel mismo día María Rosa.

Los enamorados no pierden un recurso que pueda hacerles por lo menos respirar el aire que respiró la persona amada.

XII

Veamos ahora lo que en este tiempo había ocurrido á la desventurada María Rosa, entregada á merced de aquel infame de cuyos propósitos estamos enterados por su cínica carta.

Del mismo modo sabemos cómo el marqués se había valido de la antigua doncella de la duquesa para apoderarse del collar de esmeraldas que había de poner á su merced á María Rosa.

La idea del marqués era la de servirse de la hija como instrumento para explotar inicualemente á la madre, ya que no había podido casarse con ella.

El marqués de Sotooscuro, no bien vió á María Rosa quedó perdidamente prendando de su hermosura, de modo es que vió en ella cumplida la satisfacción de todos sus deseos.

A más de explotar á la duquesa tendría á su disposición una mujer hermosísima, capaz de hacer morir de envidia á las más favorecidas por la naturaleza.

Algo tosca era la pobre muchacha, pero no tan-

to que fuese despreciable por su tosquedad, y como desde luego se veía que era lista, y hablaba bien, el marqués estuvo seguro de que con poco trabajo podría presentar ante los ojos del mundo una joya valiosísima digna de la admiración universal.

La pobre muchacha, al salir de la estación de Arjonilla iba muy triste y desconsolada.

En aquel pueblo dejaba sus afecciones más preciadas: al tío Juan y á Anica que le sirvieran de padres y á quienes como no conoció otros ni jamás se separó de ellos, adoraba como á tales, á Juan Antonio, el entrañablemente amado, á quien también dejaba sumido en el mayor desconsuelo.

Sin embargo, el gran deseo de conocer á su madre, de profigarle sus caricias, de consolarla de la gran aflicción que según había dicho el marqués padeciera siempre, la distraía un poco, aminorando sus dolores á medida que aumentaba su ansiedad.

Pasados los dolorosos momentos de la despedida y un poco tranquilo su ánimo por la gran confianza que abrigaba de que su madre, por orgullosa que fuese, había de consentirle volver para casarse con Juan Antonio y tener cerca de ella al tío Juan y á Anica, María Rosa se atrevió á preguntarle al marqués:

—¿A dónde vamos?

—A Madrid, hija mía—repuso el de Sotooscu— mirándola codiciosamente y desmintiendo con su mirada el amor paternal que suponía el «hija mía» dulcemente pronunciado.

—¿Y allí nos esperará mi madre?

—Sin duda alguna, allí nos espera.

—¡Oh! ¡Cuántas ganas tengo de estrecharla entre mis brazos!

—No son las de ella menos—repuso el marqués.—Y, por Dios, que quedará satisfecha al ver una hija tan lindísima como tú.

Aquel elogio de su hermosura hizo que María Rosa se pusiese como la grana.

Después de un momento en que la joven no se aventuró á hablar, pues á pesar suyo se encontraba algo cohibida ante aquel hombre, se atrevió á preguntar con una ternura que hubiera conmovido á otro que no fuese el marqués:

—¿Y cómo es mi madre? ¿Está enferma? ¿Es muy vieja? ¿Es muy joven?

El de Sotooscuro, lejos de enternecerse sonrió y viendo aquel afán que delataba un amor grande dijo, mirando á la muchacha fijamente como excitado por su hermosura.

—¿Conoces el retrato que llevas al cuello?

—¡Oh! Sí, sí..... ¡Lo he besado tantas veces.....!

—Se parece mucho á ti.

—No me había fijado.

—Hace dieciocho años, tu madre no había cumplido los diecisiete, y era tan hermosa, tan fresca, tan angelical y encantadora como tú lo eres.

María Rosa bajó la cabeza avergonzada.

—Ahora—prosiguió el marqués sin dejar de mirarla,—aunque no tan fresca y tan apetecible, continúa siendo guapísima, está siempre muy pálida y parece tu hermana mayor en vez de tu madre.

A pesar de que el marqués no acababa de gus-

tarle y de que algunas de sus palabras la habían hecho enojeder, la muchacha le escuchaba con gusto.

Contar con una madre joven, con la cual podría tener confianzas y confidencias era para ella un motivo de alegría.

En cuanto al modo de tratarla el marqués, figurábase, que como era un señor, tal vez entre los señores estuvieren permitidos ciertos desahogos y ciertas miradas que entre los pobres aldeanos no estaban en uso, y hasta se consideraban como desvergüenza.

—¿Y veremos en seguida á mi madre?

El marqués que, sin duda, esperaba esta pregunta le contestó que no.

Afirmó que llevaba órdenes de la duquesa, que como era tan alta señora y ocupaba tan elevada posición debía guardar las formas á que la sociedad la obligaba.

Por consiguiente, aun tardaría algunos días en poder presentarse á ella, porque antes tenía que acostumbrarse á llevar los vestidos que había de comprarle el marqués en Madrid y aprender algunas cosas indispensables para su presentación en sociedad.

Mucho desilusionó á María Rosa el tener conocimiento de las condiciones impuestas por su madre.

Su tristeza fué inmensa; poco debía quererla aquella madre, y en bien poco debía considerar á su hija, cuando necesitaba para decidirse á abrazarla que fuese vestida en determinado traje y tal vez pronunciando determinadas palabras.

María Rosa, sin quererlo, comparó el cariño de aquella señora con el que le había demostrado siempre Anica.

—A buen seguro—pensó—que aunque volviera andrajosa á Arjonilla, se detuviera la que ha sido mi madre hasta hoy, á que estuviese decentemente vestida para abrirme los brazos.

La pobre niña sacó en consecuencia de sus tristes reflexiones que entre la gente modesta y trabajadora el cariño es más intenso y más puro que entre las clases elevadas, dispuestas, por lo que veía, á no abrir los brazos vestidos de seda á nadie que de seda no fuese vestido, aunque el que los solicitase fuese un hijo á quien todavía no se conoce.

María Rosa guardó silencio largo rato. Casi se arrepentía de haber seguido á aquel enviado de su madre, dejando afecciones tan desinteresadas y tan tiernas como las que en el pueblo dejaba.

Sin embargo, como era buena y de su pecho era muy difícil arrancar aquel amor filial que Anica había sabido inculcarle, resignóse aunque le parecía ruda y fuera de todo propósito la prueba.

Así es que preguntó:

—¿Y tardaré mucho en verla?

—Eso dependerá—dijo el merqués con una sonrisa cuya expresión pareció indescifrable á la muchacha,—eso dependerá de tu voluntad.

—¿De mi voluntad?

—Sí.

—Perdone usted que le diga que no lo entiendo.

—Para verla necesitarás dejarte guiar por mí.

—A su merced estoy.

—Sí, pero eso no es todo.

—Entonces usted dirá lo que hay que hacer, porque si de mí depende, no bien lleguemos abrazaré á mi madre.

—Ya te daré las instrucciones debidas cuando lleguemos á Madrid.

—¿Y por qué no ahora.

—Porque sería prematuro.

—¿Y qué es eso? No lo entiendo bien.

—Que ahora nada puedo decirte porque no son muy propicias las circunstancias.

María Rosa suspiró tristemente.

Aquellas contestaciones ambiguas que no acababa de comprender, y las continuas miradas del marqués que le parecían demasiado intencionadas, empezaron á inquietarle.

El recuerdo de Juan Antonio que no se apartaba un momento de ella volvió á dominarla por completo.

¡Oh, qué satisfecha y qué tranquila hubiese recorrido el trayecto desde el pueblo á Madrid, al lado de Juan Antonio á quien consideraba capaz de defenderla y librarla de todos los peligros!

Cuando llegaron á Madrid, el marqués se guardó mucho de llevarla á su casa, donde, tal vez, podrían arrancarle á María Rosa si sabían que con él estaba.

La llevó á una fonda y dejándola encomenda á la vigilancia de su lacayo, salió con el fin de enterarse de si la duquesa de Rioclaro se encontraba en la corte.

Al saber que había salido y que todos ignora

ban su paradero, sospechó donde estaba y alegróse de haberse anticipado.

Porque al marqués no le cabía duda alguna de que Amelia, aprovechando la libertad de acción en que la muerte de su padre la dejaba, su primer cuidado habría sido volar á abrazar á su hija y unirse á ella para no separarse más.

Ya hemos visto que el marqués no se equivocaba.

—Al principio—pensó—no sabrá quién ha ido en nombre suyo por María Rosa, pero indudablemente acabará por dudar de mí y bueno es evitar que nos encuentre.

Decidióse, pues, á obrar con sigilo hasta que no hubiese conseguido su propósito de seducir á la joven y de este modo tener á su merced á la madre y á la hija.

Difícil era la empresa; para conseguir coronarla el marqués había pensado que contaba con tres medios, alguno de los cuales había de resultar infalible.

Desde luego desistió del primero que era el de enamorarla.

El marqués, como hombre práctico y eminentemente positivo, no se hacía ilusiones.

Sabía que María Rosa estaba enamoradísima de Juan Antonio y que luchar él, hombre de cuarenta años, por desbancar á un muchachote guapo, fuerte y robusto sería una insensatez.

Otro de los medios de que el marqués pensaba valerse era deslumbrar á la joven con regalos y agasajos, que no habían de costarle gran cosa toda

vez que María Rosa había vivido toda su vida en una honrada modestia.

Y este medio, que no le parecía malo, fué el que empezó á poner en práctica, reservándose para el caso de no tener éxito el último y definitivo.

Este era algo brutal puesto que consistía en apoderarse por la fuerza de la muchacha haciéndola suya, pero el marqués estaba resuelto á realizar su propósito á toda costa sin retroceder ante ningún obstáculo.

Para poder obrar con más libertad y no verse expuesto á ser estorbado á lo mejor por algún importuno que le arrancase la presa de las manos, decidió alquilar un hotelito en la Guindalera y llevar allí á María Rosa, rodeándola de gentes que le fuesen verdaderamente adictas y que lejos de estorbarle le ayudasen á conseguir sus criminales propósitos.

La pobre niña veíase seriamente amenazada y se encontraba sin nadie que la defendiese.

¿Sucumbiría?

XIII

Fueron dos días de bullicio en que la casa estuvo llena de costureras y fué frecuentada por modistas.

María Rosa se hizo algunas veces la ilusión de que no se había movido del pueblo y de que la ropa que con tanta prisa le hacían era para la boda.

Pero aquellas ilusiones se desvanecían bien pronto y la tristeza volvía á reinar en su corazón.

La presencia del marqués que se manifestaba siempre alegre y complaciente, le recordaba la situación anormalísima en que se encontraba.

Una vieja señora, con más mañas que el diablo mismo, que el de Sotoscuro había colocado junto á María Rosa con el fin de que le enseñara el uso de la ropa elegante que se le hacía, así como á ponerse sombreros y abrigos, no se separaba de ella nunca.

Más que todo, para lo que había ido allí la señora Juana era para ser la serpiente tentadora de la joven.

Enterada de quién era María Rosa y de las pretensiones que abrigaba el marqués no titubeó en aceptar con sumo gusto el puesto que él le ofrecía.

Ser Celestina después de haber sido mala mujer es el fin á que tienden todas esas viejas infames que perdidos sus cuerpos para la tentación y el pecado, sólo tienen expedita la lengua para enseñar el camino de la perdición á las inocentes que caen bajo su poder.

Así la señora Juana empezó con maestría á poner por las nubes al marqués asegurando que no había en el mundo hombre más bueno, más elegante y más generoso que él.

—Y la debe querer á usted mucho—repetía,—cuando tan bien la trata y con tanto acierto previene todos sus gustos. ¿No le parece á usted que es una felicidad muy grande encontrarse en el mundo con un hombre tan inapreciable como el marqués?

—Puede ser—respondía María Rosa.

—Usted duda porque hace muy poco tiempo que la trata, pero ya verá, ya verá. ¡Si supiera usted que es inmensamente rico y que pondría toda su fortuna entera y su corazón á los pies de la mujer que siendo de su gusto pretendiera enamorarle!....

María Rosa, que no acababa de comprender lo que aquella mujer le proponía con sus discursos, no contestaba.

Sentía el pecho oprimido y cada momento experimentaba con más vehemencia el deseo de que la presentasen á su madre para decirle el estado tristísimo de su espíritu y asegurarle que no sería completamente feliz sino al lado de Juan Antonio y teniendo como testigos de su felicidad al tío Juan y á Anica que con tan entrañable cariño la querían.

El primer cuidado de María Rosa al llegar á Madrid había sido escribir á sus padres y á Juan Antonio.

Después, cuando estuvo instalada en la nueva casa, volvió á escribir para decirles dónde se encontraba.

Con ansiedad inmensa esperaba la contestación de aquellas cartas que eran largas, tristes y cariñosas como el canto de las avejillas enjauladas.

Pero las contestaciones no llegaban, y bien podía esperar con resignación porque tan anheladas noticias no llegarían nunca.

El marqués había cuidado de que María Rosa no se comunicase con nadie fuera de las personas á quienes colocara á su lado, y las cartas de aquella infeliz criatura habían encontrado el fin de su viaje en los bolsillos de la levita del de Sotooscuro.

Al sexto día de su llegada á Madrid vió llegar al marqués al gabinete lujosamente amueblado donde se aburría en gran manera en compañía de la señora Juana.

A una seña de aquel hombre perverso su vieja confidente salió con un pretexto cualquiera.

El marqués entonces aproximándose á la joven, le dijo:

—¿Sabes María Rosa que tu hermosura es cada día mayor?

Y como viese un gesto de disgusto en la muchacha, agregó con admiración cómica:

—¿Y que el día en que llegue á verte tu madre ha de ser descontentadiza si no se regocija de tener una hija tan encantadora?

—¿Y cuándo la veré?—preguntó.

—Ya te dije que dependía de ti.

—Pero no me dijo usted qué era lo que tenía que hacer, y por consiguiente mal puede depender de mí.

El marqués la contempló de pies á cabeza.

Realmente María Rosa estaba hermosísima y apetecible. La habían vestido con esa sencillez coquetona que constituye la verdadera ó por mejor decir la suprema elegancia.

La joven, aristocrática y delicada por naturaleza, llevaba sus nuevos atavíos con naturalidad tentadora.

El marqués acercó una silla á la butaca en que se encontraba sentada María Rosa y se inclinó sobre ella mirándola como si quisiera fascinarla.

Después empezó á decir sin apartar sus ojos de ella.

—Ya es hora de que hablemos claro.

—Hablemos, pues—repuso María Rosa;—desde que estamos en Madrid no tengo otro deseo.

—En primer lugar has de saber que he visto á tu madre y he hablado con ella—dijo el marqués.

—¡Ay, señor!—suspiró la muchacha,—tiene usted mucha más suerte que yo. ¿Y qué dice mi madre? ¿Cuándo quiere recibirme?

—En primer lugar tu madre está muy disgustada.

—¿Y qué es lo que motiva ese disgusto? ¿Qué puedo yo hacer para evitarlo?—preguntó conmovida María Rosa.—Desde que fué usted á buscarme no oigo más que cosas que me entristecen y desconsuelan. Primero supe que mi madre había sido muy desgraciada, después que estaba muy triste porque no me veía, más tarde me dice usted que está muy disgustada. Mi madre está triste porque no me ve, y, sin embargo, cuando tiene ocasión, no corre á abrazarme. Le aseguro que no lo entiendo.

—Pues ahora lo vas á entender. En primer lugar, ya sabes lo que te dije respecto á lo que motivaba este aparente alejamiento de tu madre.

—Sí, ya recuerdo; las conveniencias sociales. ¿No es eso?—preguntó la joven con una entonación que alarmó al marqués.

—Efectivamente—repuso ésie sin aparentar turbación alguna;—veo que tienes muy buena memoria:

Guardaron un momento silencio y el marqués agregó:

—Ahora tu madre está muy disgustada, muy disgustada.

—Sí, ya lo he oído.

—Y con quien está disgustada es contigo.

—¿Conmigo?—preguntó María Rosa sorprendida.

—Justamente.

—¿Y puedo saber por qué motivo? ¿Qué he po-

dido yo hacerle para disgustarla cuando todavía no la conozco?

—Es que le he referido á la señora duquesa todo lo que contigo se relaciona.

—Bien, ¿y qué?

—Que parece que no le ha sentado bien que estuvieras para casarte con un pobre campesino.

—¡Ah!—suspiró la muchacha.

—Y está dispuesta á no verte hasta que tú no le prometas que has olvidado por completo á ese hombre y que estás resuelta á casarte con otro de tu clase.

María Rosa no pudo contener las lágrimas.

No era ella de esas mujeres que de la noche á la mañana olvidan lo que amaron y se disponen á amar nuevamente, sin experimentar dolor alguno ni sentir el más mínimo escrúpulo.

Juan Antonio podía estar segurísimo de que solo la muerte podía evitar que María Rosa le amase.

La desventurada joven afligida en extremo, no sabía qué contestar.

Si aquella exigencia era efectivamente de su madre, sólo podía atribuirse á que no conocía hasta qué punto el corazón de su hija estaba saturado de amor.

—Pero ¿por qué lloras?—le preguntó el Sotoscuro con el más dulce de los acentos;—es menester que comprendas que, desde que tu madre se ha decidido á llamarte y se dispone á tenerte á su lado, has dejado de ser la María Rosa que eras. A otra posición otras costumbres.

La infeliz levantó la cabeza con cierta altanería

de que no la creyera capaz el marqués. Sus lágrimas se habían secado de pronto y en sus ojos brillaba la energía.

—Podré haber variado de fortuna—dijo con acento firme,—pero mi corazón continuará siempre el mismo para las personas á quienes amo. Y si mi madre...

De nuevo el llanto brotó á sus ojos y la aflicción agarrotó su garganta, pero haciendo un soberrano esfuerzo sobre sí misma, aunque sin cesar de llorar, pudo decir:

—Y si mi madre no quiere verme y me niega sus caricias hasta que haya olvidado á Juan Antonio... me parece que ya puedo volverme de nuevo al lado de los que han sido mis padres cariñosísimos hasta hace unos días, porque, con esa condición, mi madre, con gran dolor de mi corazón, no podrá verme más.

—Considera—dijo el marqués mordiéndose los labios de coraje,—que lo que desea tu madre y lo que yo deseo es tu bien.

—Para mí no habrá bien alguno si Juan Antonio no está á mi lado.

—Es que no podrás presentarte en ninguna parte.

—Es que yo no lo quiero para nadie más que para mí.

—¿Tanto le quieres?

—Tanto que me moriría si me hiciesen vivir mucho tiempo lejos de él.

—¿De modo que te niegas á obedecer á tu madre?

—Si me manda que olvide, sí, aunque muy á pesar mío, porque no puedo mandarle á mi corazón.

—Haces mal; tal vez Juan Antonio ya no se acuerda de ti.

—Estoy bien segura de él; el pobre estará muriéndose de ansiedad.

—No tendrá mucha cuando no te escribe.

No sabemos hasta dónde hubieran llegado en esta escena, si la señora Juana que detrás de la puerta oía la conversación no hubiese entrado en el gabinete diciendo:

—Acaba de llegar un caballero que pregunta por el señor marqués.

El de Sotoscuro se levantó nervioso, apretando los puños de coraje y se dispuso á salir.

La señora Juana le siguió y en el pasillo le dijo:

—Marqués, va usted á echar á perder el asunto precipitándolo demasiado; hay que tener un poco más de prudencia.

—¡Oh, es que ese amor de la muchacha me pone fuera de mí!

—Deje usted el asunto á mi cargo, y siga mis consejos que no le irán mal. Desde mañana, lejos de llevarle la contraria conviene que admire usted la firmeza de ese amor, que lo aplauda usted, y que se lamente de no haber sido nunca amado así. Este camino es más fácil y más dulce.

—¿Pero qué conseguiré con seguirlo?

—Amigo mío, mucho. Las mujeres estamos siempre más propicias á consolar á un triste que á hacer caso á un enamorado.

— Quizá no te falte razón.

— No olvide usted que las niñas románticas se enternecen con facilidad.

Mientras el marqués y aquella perversa señora Juana preparaban un nuevo ataque á María Rosa con el infame propósito de hacerla caer en el deshonor y la ignominia, la pobre muchacha deshecha en llanto, continuaba en el gabinete sin atreverse á levantar la cabeza, anonadada por el horrible peso de la desgracia.

Pensaba en su madre, en aquella madre que para llamarle hija le exigía el sacrificio de aquel amor sin el cual le era imposible la vida.

¡Oh, qué diferente á como ella se la figurara, amable, tierna, capaz de hacer todos los sacrificios imaginables por su ventura!

María Rosa hubiera deseado que le exigiesen pruebas de desinterés, porque no era interesada; el conocimiento de su posición no había cambiado en ella ninguna de sus aficiones, y si su espíritu habíase alborotado un poco, fué porque le prometieron que iba á conocer á su madre, á aquella madre por cuya felicidad tanto y con grande fervor había rezado desde que Anica le hizo conocer el misterio de su vida.

Aquella noche, al entrar en el comedor llamada por la señora Juana, y al sentarse en el sitio de costumbre, vió al marqués en el suyo, siempre igual, mirándola fijamente, con aquellas miradas de sátiro que turbaban el alma de la infeliz é inocente niña.

Al verla el marqués triste y afligida y al obser-

var que apenas probaba bocado, se propuso animarla siguiendo los consejos de la vieja arpa.

—Vamos—le dijo,—no tienes que apurarte por tan poco; todo tiene remedio en este mundo, y tu mal no es ni con mucho de los irremediables.

María Rosa se limitó á suspirar tristemente, porque le faltaban fuerzas para entrar en conversacion con aquel hombre que tan antipático le era y por el cual había llegado á saborear por primera vez en la vida los dolores irremediables!

No podía olvidar la pobre niña que, por el marqués, empezaba á mirar con cierta prevención todo lo que de su madre procedía.

Figurábase María Rosa, que la duquesa debiera haberse valido de otra persona más á propósito para llevarla á su lado.

¿Acaso su madre, encontrándose en tan alta posición como le decían que se encontraba, no disponía de una amiga cariñosa á quien poderle confiar aquel secreto que pronto había de dejar de serlo?

Viendo el marqués que no contestaba, agregó:

—En verdad que me resultas interesantísima con ese amor profundo á Juan Antonio; entre nosotros los amores no son tan fuertes, ni mucho menos, y se olvida muy pronto.

—Será—repuso la muchacha sin poderse contener,—porque no tienen ustedes corazón.

—Algo hay de eso por desgracia—repuso el de Sotoscuro sonriendo;—nuestro corazón está desgastado por una vida de ambiciones insaciables. Por eso solemos tomar el amor más á la ligera y

nos extraña encontrar personas que aman tan entrañablemente como tú.

María Rosa miró fijamente al marqués; ignoraba á dónde quería ir á parar con su discurso.

El marqués, que comprendió lo que en el espíritu de la joven pasaba, agregó:

—Y como lo que admira es porque resulta grande y fuera de todo carril, al oírte esta tarde y al reflexionar después en esa gran fuerza que te impele hacia Juan Antonio, me he sentido verdaderamente onternecido.

—¿Sí?

—Tanto que mañana mismo cuando visite á tu madre, intercederé para que permita casarte con Juan Antonio, cediendo un poco de sus delicadezas aristocráticas en obsequio á ti que eres su única hija.

Los ojos de María Rosa se reanimaron y súbita alegría se reflejó en ellos.

Era tan inaudito lo que oía, que dijo:

—¿Quiere usted repetir eso que ha dicho?

—¿Te gusta, eh?

—Es que me figuro que no he oído bien.

—Te he dicho que me enternece en grado sumo tu amor por Juan Antonio y intercederé cerca de tu madre para que consienta que te cases con él.

—¿Es de veras?

—Como lo oyes.

—¡Oh, qué bueno será usted si tal hace!

—Te lo juro.

— Gracias, gracias—dijo la pobre niña sin tratar de disimular su júbilo.

— ¡Oh, cuánto le quieres!

— Con locura.

El marqués no quiso ir más allá. Vió en efecto que las lecciones de la señora Juana eran buenas y que aquella tarde, á no ser por la oportuna intervención de ella lo hubiera echado todo á perder.

Notó que María Rosa le miraba de otro modo, con más confianza y que sonreía de vez en cuando, como agradeciéndole aquel interés que por ella se tomaba.

Encontrábase, en efecto, más simpático la pobre niña y hasta llegó á creer que era injusta la prevención con que anteriormente le había mirado.

Después de cenar, el marqués salió y María Rosa se entretuvo un rato charlando con la señora Juana, que fiel á su papel de Celestina, hizo el panegírico del marqués poniéndole por las nubes y asegurando que no había otro hombre mejor en el mundo.

Como es tan fácil ganarse la voluntad de una mujer enamorada, pues basta para esto aprobar su amor, en aquella noche la señora Juana y el marqués adelantaron en el ánimo de María Rosa lo que no habían adelantado en los días anteriores.

XIV

Cuando llegó la hora de acostarse, la inocente criatura dirigióse á su habitación con el espíritu más tranquilo.

La esperanza habíase apoderado nuevamente de su pecho, y, aunque desde lejos, parecía sonreírle la felicidad,

Presentábase á sus ojos enamorados la imagen de Juan Antonio, tan bueno, tan guapo, tan rendido dispuesto siempre á dar la vida por ella.

Recordó los sencillos coloquios que sostuvieran allá en el pueblo, ella en la ventana, y él en la calle, sin miedo al frío ni al calor, contemplándola arrobado, sin más pensamiento que ella.

Al ir á desnudarse y cuando se disponía á meterse en la cama, un encaje de la chambra se le enganchó en el collar de esmeraldas que siempre llevaba puesto.

Esta circunstancia le hizo acordarse de su madre.

Descolgó el medallón, y ya sentada en la cama se puso á contemplar aquel retrato que parecía el de una niña y que con tanto amor había contemplado siempre.

Entonces, por natural asociación de ideas, se acordó de la conversación que por la tarde había tenido con el marqués y se puso muy triste.

—¡Dios mío, Dios mío!—suspiró con amargura infinita.

Y luego dirigiéndose á aquel retrato tan querido preguntó:

—¿Pero es posible, madre mía, que tú te niegues á verme? ¿Qué delito es el mío para que me hagas permanecer en tal angustia? ¿acaso no me quieres como yo te quiero á tí?

Y llorando desconsoladamente prosiguió:

—¡Oh, no; no me quieres! El mundo en que tu vives es muy distinto al en que yo he vivido hasta ahora! Entre la gente pobre y honrada que se ha curtido en el campo haciendo fértil la tierra, ninguna manifestación de cariño resulta ridícula; las madres corren siempre á abrazar á sus hijas, los padres bendicen con más solemnidad que los sacerdotes, los hermanos se idolatran, y nada se oculta al elegido del corazón... ¡Oh, madre, madre mía! ¿Será posible que tú seas tan ligera que detestes á Juan Antonio sin conocerle, y no quieras mi felicidad, porque es modesto y honrado?... No... no; eso no es posible; no lo puedo creer: tú tienes que ser buena como los ángeles del cielo, y consoladora como la madre bendita del Salvador.

Seguía llorando copiosamente y la vez expiró en su garganta. Echóse sobre la cama gimiendo y

sollozando con el pensamiento fijo en su madre y besando aquel retrato.

—Te calumnian— dijo; —indudablemente tú me quieres con todo tu corazón correspondiendo á todos los afanes y á todas las lágrimas que me has costado y que he debido costarte. No sabes las angustias que me ocasiona el encontrarme separada de ti.

Llorando la sorprendió el sueño, como si algún ser invisible se hubiese compadecido de su dolor.

Y soñó; y en su sueño, plácido como la sonrisa de un niño, vió algo consolador y confortante que regocijó su espíritu abatido por la desgracia.

Fué como si hubiese sido testigo y actriz de aquella escena.

Su madre, descendiendo de una nube rodeada de ángeles alados iba á detenerse á la cabecera de su cama, y encontrando dormida á su hija queridísima la besaba dulce y suavemente en la frente y sobre los párpados, con besos llenos de cariño y de ilusión.

Ella, María Rosa, sentía aquella caricia suave y experimentaba dentro de su alma un consuelo incomparable.

Quería levantarse y corresponder á aquellas caricias; pero no podía; tampoco le era dable abrir los ojos para ver á su madre, porque ésta tenía apoyados los labios en sus párpados, y ¡cosa que le parecía extraordinaria! aquella visión divina besábale los dos ojos á la vez.

Experimentaba un placer exquisito y sentíase como arrebatada hasta el cielo.

Por fin la aparición se apartó un poco de María Rosa y se quedó contemplándola,

Entonces la pobre niña pudo abrir los ojos y quedó encantada ante aquel espectáculo dulce y risueño á la vez que ejercía sobre su dolorido corazón una benéfica influencia.

Aquella que tenía delante era su madre, la misma del retrato pequeño que siempre llevó sobre el pecho; sólo que ahora la veía de cuerpo entero, tal y como ella debía ser, gallarda, esbelta, primorosa, con boca divina en la que se dibujaba una sonrisa llena de tristeza y bondad y una expresión angelical y pura.

María Rosa quería hablar, moverse, pero no podía: una languidez inexplicable la tenía sujeta á la cama y paralizada su lengua.

La aparición empezó á hablar y sus palabras fueron un bálsamo para el afligido corazón de María Rosa.

—Hija mía—la dijo,—no pierdas nunca la esperanza; confía en Dios que no te abandonará jamás y en mí que jamás dejaré de quererte y de velar sobre tí. Hoy nos separa un espíritu malo, un ser inicuo que ha jurado tu perdición, porque con eso causará mi desesperación, pero el Dios bondadosísimo y justo que nos contempla no lo consentirá. Por eso me envía á ti en sueños para que no pierdas la esperanza en medio de la terrible prueba á que te somete en estos momentos. Yo afligida y acongojada, vuelo hacia ti, porque tú eres la esencia de mi vida y la única alegría de mi corazón, y aquí estoy para confortar tu espíritu y

para librarte de cuantos peligros te puedan amenazar.

María Rosa dejó de oír aquella voz simpática y atrayente, pero veía el movimiento de los labios de aquella mujer, que mirando al cielo parecía orar fervorosamente.

Aquella oración duró mucho rato; la joven, conforme la madre rezaba, sentía aliviado su corazón de las terribles penas que la afligían.

Luego vió que la mujer, llevándose las manos al cuello se quitaba un magnífico collar de esmeraldas del que pendía un medallón de oro.

María Rosa creyó reconocer aquella alhaja; era la misma que ella había llevado al cuello durante tantos años.

Aquella aparición inclinóse sobre María Rosa y pasándole suavemente un brazo por debajo del cuerpo la ayudó á incorporarse de manera que quedó sentada en la cama apoyada cómodamente en los almohadones.

Entonces, besando con amor infinito la frente de la niña, y con fervor ardiente el collar de esmeraldas, dijo, colgándole aquella alhaja cuidadosamente al cuello:

—María Rosa, hija mía: ese collar de esmeraldas ha sido tocado por los ángeles y bendecido por Dios. Llévalo siempre contigo, porque será para ti un amuleto que te librará de todos los males mientras permanezcas virgen de cuerpo y de alma; con él no tendrás que temer nada, y por él cesarán tus dolores, puesto que un día no lejano te llevará á los brazos de la amorosa madre que por ti llora y sufre tormentos indecibles.

Esto dijo la aparición. María Rosa al hacer un esfuerzo para hablarle agradeciéndole el rico presente que le hacía, despertó.

Recordaba su sueño como si hubiese sido realidad y dirigió á todas partes la vista buscando á su madre.

Instintivamente, al no encontrarla se llevó las manos al cuello y manifestó gran alegría al encontrarse el collar de esmeraldas que ahora le parecía más hermoso é inestimable que nunca.

Recordando las palabras que en su sueño había oído, abrió el medallón y profundamente enternecida dijo, dirigiéndose á aquel retrato:

—Si, madre mía, sí; este collar y tu retrato me servirán de amuleto donde quiera que vaya, por que tu recuerdo me dará fuerzas para luchar contra todas las desgracias y para revelarme contra todas las perfidias que puedan amenazarme.

Hecha esta resolución, se sintió más tranquila.

Ya no le parecía su madre aquella madre orgullosa de que le hablaba el marqués, que se negaba á recibir á su hija. Creyó firmemente que era víctima de un engaño y se previno adoptando una resolución firme.

Cuando llegó la hora de almorzar, la señora Juana fué á anunciarle que el marqués no almorzaría con ellos, pero que por la tarde iría á buscar á María Rosa para dar con ella un paseo en coche.

—El marqués—dijo la señora Juana,—siempre tan bueno, ha ido á ver si convence á la madre de usted para que transija con esos amores que tantos trastornos le han proporcionado.

—¿A quién?—preguntó María Rosa.

—A usted misma; porque sin ellos, es indudable que ya estarían ustedes juntas.

María Rosa suspiró. Empezaba, ante la realidad, á dudar de la veracidad de aquel sueño que tuvo durante la mañana como una revelación celestial.

Sin embargo, resistíase á creer lo que antes creyera con tanta facilidad.

—Bien puede usted—dijo la señora Juana, viendo que era imposible hacerla hablar á la joven, —bien puede usted estarle agradecida al marqués que tantas molestias se toma por congraciarse con su madre.

—¡Ah, sí!—dijo distraída María Rosa.

—Y su acción es tanto más de estimar, cuanto que el marqués hace con esto el mayor de los sacrificios.

—¿El?

—Sí, señora, él. ¡Oh es muy noble y muy generoso el señor de Sotoscuro!

—No lo dudo—dijo María Rosa siempre algo distraída, pues no dejaba de pensar en su ensueño consolador.

—Y para que vea usted hasta dónde llega su generosidad, sepa que aboga con alma y vida porque usted se case con ese Juan Antonio cuando está locamente enamorado.

—¿El marqués?

—Sí, señora, sí.

—¿Y de quién?—preguntó María Rosa temiendo adivinar.

—¿Pero no lo ha notado usted?—interrogó á su vez la señora Juana con voz melosa.

—¡Yo!

—Pues bien claramente lo manifiesta.

—Pues, francamente, no lo he notado, y si usted no me lo dice.....

La señora Juana, moviendo la cabeza de arriba á bajo, como si lamentase la falta de penetración de Marfa Rosa, dijo:

—¡Bendito sea Dios! ¡Pobre marqués! Después de sacrificarse, su sacrificio no es comprendido. ¡Verdaderamente no puede darse mayor desgracia!

—¿Por qué?

—Calcule usted que el marqués, desde que la vió á usted no piensa en otra cosa que en satisfacerla.

Maria Rosa se puso densamente pálida.

De buena gana le hubiera gritado á aquella bruja que se callase y se hubiese tapado los oídos para no escuchar lo que iba á decir.

Pero le pareció una imprudencia manifestar su invencible repugnancia por aquel hombre, encontrándose á merced suya.

Porque ella, criada en un pueblo donde todo era paz y buena fe, no sabía de qué medios habría de valerse para librarse de la especie de esclavitud en que vivía.

Salirse á la calle y huir le parecía muy aventurado.

¿Qué haría ella sola, sin dinero en una población tan grande y tan indiferente como Madrid? ¿A dónde encaminaría sus pasos?

Desgraciadamente le faltaban energías para tomar una resolución extrema.

A más, pensaba que siendo el marqués dueño

del secreto de su nacimiento, debía indispensablemente tener gran influencia con su madre.

Y aunque no se explicaba la extraña conducta de ésta dejándola en poder de aquel hombre, figurábase que teniendo su madre derechos indiscutibles sobre ella, podía muy bien no agradarle su rebelión.

La señora Juana no quiso llevar más allá sus declaraciones, pero no por eso dejó de hablar de la bondad del marqués, de su cuantiosa fortuna y de lo admirablemente que vivía á su lado la mujer que lograra cautivarle con sus encantos. ¡Oh, esa mujer sería una verdadera reina de la moda y del lujo!

El sobresalto de María Rosa aumentó con el conocimiento de aquella pasión que por ella sentía el marqués, y su desconfianza no tuvo límites.

Por lo que le había dicho la señora Juana comenzó á comprender el significado de las insistentes miradas del de Sotoscuro y la intención de algunas frases.

Púsose en guardia y quiso marcarse un género de conducta, ¿pero cuál?

Todo lo que le pasaba desde que abandonó el pueblo era vago y misterioso, y ella carecía de la resolución necesaria para poner las cosas en su debido lugar y proceder con energía.

La llegada del marqués la sorprendió sumida en sus tristes reflexiones.

Aquel hombre entró alegre y resuelto en la casa, como quien puede mandar y disponer y que á más está seguro de la victoria.

—¿Ha visto usted á mi madre?—le preguntó María Rosa con verdadera ansiedad.

—No he tenido esa suerte esta mañana. Cuando fuí á su casa había salido.

María Rosa suspiró angustiada.

Empezaba á desconfiar de tal modo, que hasta llegaba á dudar de que aquel hombre conociese á su madre.

El marqués, que por la actitud de la joven comprendió el estado de su espíritu, dijo alegremente:

—Descuida, mujer, que todo lo he de arreglar, y de modo qué á ti te satisfaga.

Y luego, fingiendo cierta tristeza agregó:

—Te aseguro que he de conseguir te cases con tu Juan Antonio, pues tales cosas pienso decirle á tu madre, que no tendrá más remedio que acceder á cuantos deseos tengas.

El marqués notó que María Rosa había cambiado no poco.

Esperaba verla entusiasmarse con sus palabras y se llevó chasco, pues la pobre niña se limitó á suspirar.

No por eso cedió en sus deseos y pronto cambió de conversación.

—Bien, bien— dijo;—dejemos esto, que esta noche será otra cosa. Ya que de esta noche no pasa el que yo vea á la duquesa. Ahora vamos á dar un paseito; arréglate un poco que el coche nos espera.

María Rosa, á pesar del mal estado de su ánimo, se preparó para salir, con una secreta satis-

facción que ella misma no hubiera sabido explicarse.

Comprendía que fuera de la casa estaba más segura y además que era más fácil que la vieran si alguien la buscaba.

Porque María Rosa, desde que empezó á temer que la hubiesen llevado con engaño á Madrid, sospechaba que de haberse enterado alguna de las personas que la querían, no perderían el tiempo y tardarían poco en ir á buscar.

Aquello que no pasaba de ser una ilusión hizo que se animase.

Durante el paseo, el marqués, siguiendo los consejos de la bruja de la señora Juana, le habló de la suerte envidiable de Juan Antonio que podía contar tan firmemente con su cariño.

Las palabras más dulces y más melosas salían de la boca del marqués con las inflexiones más suaves.

María Rosa, mirando á un lado y otro del paseo no le escuchaba, lo que contribuyó á que el marqués empezase á estar rabioso.

Una vez tropezó su pierna con la de la joven, pero ésta se apartó vivamente como si la hubieran pinchado. Otra vez quiso rodear con su brazo el talle de la joven sin conseguirlo porque ella le detuvo moderadamente.

Acabó por estar furioso viendo que nada podía conseguir.

María Rosa, con su desdén avivaba inconscientemente la infernal lujuria de aquel hombre, haciendo más furioso su deseo.

La joven no se fijaba en estos efectos, porque sin escuchar lo que le decía y atenta á reprimir cualquier desmán de su compañero, paseaba su vista por uno y otro lado, como si esperase ver á alguien que fuese portador de su salvación.

En esto creyó ver á Juan Antonio; fijó ansiosamente sus ojos en él, y asomándose á la ventanilla le gritó.

Con inmensa alegría comprendió que no se había equivocado; pues vió que Juan Antonio la oía y avanzaba animoso y regocijado hácia ella.

El corazón de María Rosa palpitaba violentamente; en su cara reflejábase la más loca alegría; veía llegar la hora bendita de la liberación precisamente en el momento en que mayor era el peligro en que se encontraba.

Pero su alegría fué rápida como es siempre la alegría de los desventurados.

El marqués reconoció á Juan Antonio y ciego de ira al ver que se encontraba próximo á perder su presa; comprendiendo que la presencia de Juan Antonio en Madrid no obedecía más que á que el engaño había sido descubierto, ordenó al cochero que partiese á escape y tiró violentamente hacia sí de María Rosa.

Esta, al ver que Juan Antonio iba á ser arrollado por el coche lanzó un grito agudo, y al verle caer, dirigiéndose airada al marqués dijo con una energía de que nadie la hubiese creído capaz:

—¡Infame! Mande parar el coche.

El marqués sugetándola entre sus brazos se echó á reir.

—¿Y por qué he de parar?

—¿No ve usted lo que ha ocurrido?

—¿El qué?—preguntó cínicamente el de Sotocuro.

—A Juan Antonio que lo ha atropellado el coche—gritó María Rosa fuera de sí.

—Ilusión tuya. Juan Antonio estará tranquilamente en su pueblo,

—No, no; lo he conocido bien.

—Vamos, veo que tu deseo de verle te hace delirar.

El coche entretanto se alejaba rápidamente de aquel lugar. El cochero que se había dado cuenta por el sacudimiento del vehículo de la desgracia acaecida, animaba á los caballos en su carrera loca:

El marqués sacó la cabeza por la ventanilla gritando:—¡A casa!

Costábale gran trabajo sugetar á María Rosa, con quien tuvo que sostener una verdadera lucha de la que salió vencedor, gracias á que no estaba mal dotado de fuerzas.

Cuando llegaron á la casa, la pobre niña lloraba desconsoladamente, pero no por eso se encontraba abatida.

Habló enérgicamente, como quien se reconoce cargado de razón.

—Vamos á ver—dijo:—¿qué es lo que usted se ha propuesto?

El marqués comprendió que había de andar con mucho tiento para no acabar de echar á perder la cuestión por completo. Así es que poniéndose muy serio repuso:

—Hija mía, no sé por qué te pones así; yo n

me he propuesto más que seguir las instrucciones que de tu madre reciba, y veo con pena que al comunicártelas no las acatas.

—No se trata ahora de eso—gritó María Rosa. —Si mi madre es lo que se desprende de todo lo que V. me ha dicho, no la quiero; es preferible mil veces que vuelva al pueblo al lado de aquellas gentes honradas: allí por lo menos se vive en la tranquilidad más absoluta.

—Modérate, hija mía; no hay razón alguna para que te pongas así. Los amores que has dejado allá en el pueblo te trastornan de mala manera. A más, ahora no sé trata de lo que para ti resulta preferible, si no de lo que te conviene.

—¿Y me conviene vivir así? ¿Acaso esto es vida? ¿Quiere usted decirme qué es lo que he conseguido desde la maldita hora en que usted fué á buscarme? Llorar hasta agotar mis lágrimas; sufrir hasta destrozar mi corazón, y lo peor de todo es que yo me hacía la ilusión de tener una madre buena y santa y hasta esa dulcísima ilusión se ha desvanecido...

María Rosa prorrumpió en amarguísimos sollozos dejándose caer en una butaca, porque la emoción no la dejaba tenerse en pie.

A la gran excitación nerviosa que la había sostenido hasta entonces sucedió la consiguiente depresión.

El marqués, aunque incapaz de conmoverse, fingióse conmovido. Y arrodillándose delante de la joven, prodigóle palabras cariñosas y consoladoras.

Ella abandonada á su dolor no escuchaba aquel arrullo adormecedor. Encontrábase sin fuerzas y lloraba, lloraba con desconsuelo infinito.

El marqués, aprovechándose de aquel ensimismamiento doloroso, había conseguido rodear con su robusto brazo la cintura de la virgen que le dejaba hacer. Iba á acercar sus impuros labios á la boca de María Rosa cuando el collar de esmeraldas desabrochán lose, á un movimiento que el marqués hizo para atraer á sí á la joven, fué á caer en las manos de ésta.

Al contacto frío del medallón sintió como un estremecimiento de todo su cuerpo; miró al marqués y dándose cuenta instintivamente del peligro que corría apoyó con fuerza sus manos delicadas en los hombros del sátiro y se puso en pie rechazándole violentamente:

—No he menester consuelos de nadie; déjeme usted sola.

Y erguida, como una reina á quien acaban de ofender y que tiene fuerzas bastantes para rechazar el ultraje, se encaminó á su cuarto, sin dignarse dirigir una mirada á aquel infame, que maldecía de su mala estrella, y juraba en su interior que María Rosa había de ser suya si no en alma en cuerpo por lo menos.

XV

Al encontrarse María Rosa en su cuarto volvió á ponerse el collar de esmeraldas que precisamente acababa de avisarle del peligro que corría, con su oportunidad en desabrocharse. Dijérase que había sido providencial y María Rosa lo comprendió así, aunque no se había dado cuenta, de que en medio de su aflicción profunda había quedado casi á merced de aquel hombre repulsivo.

Abrió el medallón y besó nuevamente el retrato de su madre. Ya no le cabía duda de la infamia del marqués que sin duda era un enemigo de todos; de su madre y de ella.

—Pero pensándolo detenidamente—se decía,—si es así, como yo me lo figuro ¿por qué ese hombre tiene en su poder el collar de esmeraldas que debe ser de mi madre? ¿Quién se lo ha dado? ¿Acaso es el producto de un robo? y si así es ¿cómo este hombre sabe la historia de mi nacimiento y ha

ido á reclamarme tal y como mi madre había dicho que me reclamarían?

Fluctuaba en estas dudas que la martirizaban.

En más de una ocasión le había hablado el marqués de los derechos indiscutibles que sobre ella tenía su madre, derechos de que María Rosa no dudaba.

Por otro lado, criada en la santa obediencia, y acostumbrada á respetar la voluntad de los mayores érale muy duro tener que rebelarse.

Más de una vez tuvo intenciones de salir de su cuarto y aprovechar el primer descuido de sus guardianes para ir en busca de Juan Antonio, á quien había visto aquella tarde en tan grave peligro, y que tal vez gemía en un hospital.

¿Pero dónde iría sola y desamparada, sin dinero, en una población tan inmensa como Madrid?

El marqués más conocedor de la corte sabía buscarla y encontrarla, y entonces su situación empeoraría notablemente.

En sus tristes reflexiones, pensando angustiada en la suerte del desdichado Juan Antonio, vió llegar la noche y acercarse la hora de la cena.

La señora Juana fué á buscarla y tras de muchos y melosos ruegos consiguió llevarla al comedor.

Llegó el marqués, fino y atento, esforzándose por aparecer paternal, y la dijo:

—He visto con profundísima pena que no te encuentras á mi lado todo lo á gusto que fueran mis deseos. Crees que mi interés por ti no es verdadero y santo, y no puedo permitir que las cosas continúen de esta manera.

María Rosa le escuchaba atentamente sin adivinar á dónde quería ir á parar aquel hombre con su discurso.

—De no pesar sobre mí—agregó el marqués en tono serio—la grave responsabilidad que pesa, ahora mismo te dejaría en libertad de ir á donde quisieses y de emprender la vida que te diera la gana. Pero tengo que cumplir la misión que en mala hora me encomendara tu madre, y lo que me manda mi corazón que tan ardientemente te ama.

María Rosa sin poderse contener y poniéndose muy encarnada, repuso:

—¿Pero se atreve usted á hacerme con tanto descaro una declaración semejante?

—Esta declaración es más que otra cosa una prueba de rectitud de mis intenciones. Pero dejemos eso y vamos á lo que tenía que decirte. Al ver tu conducta de esta tarde y al ver que sólo la violencia te obliga á permanecer á mi lado, siendo yo muy poco partitario de las situaciones de esta índole, he ido á visitar á tu madre.

María Rosa miró fijamente al de Sotoscuro, para cerciorarse del crédito que podía darle á sus palabras; el marqués prosiguió:

—Mi intención era la de poner fin á la situación difícil porque atravesamos.

—¿Y qué ha resultado de esa visita?

—En primer lugar le he dicho á tu madre que las cosas no podían continuar así, que yo estaba dispuesto á abandonarte á tu suerte, por tu maldito carácter receloso, y que si no resolvía pronto la cuestión, acabaría por llevarte á su presencia

sin tener en cuenta el escándalo y el deshonor que sobre tu madre caería en el momento.

María Rosa experimentaba angustia infinita escuchando lo que el marqués le decía; pretendió hablar y no pudo.

—Muchas lágrimas—continuó el marqués—ha costado á tu madre la actitud en que me he colocado, y por fin, en vista de que yo me encontraba resuelto á no ceder me ha dicho:

—«Esta noche misma debo salir para Palma; me embarcaré en Barcelona. Sal mañana mismo para dicha ciudad y á bordo del mismo barco tendré el gusto de abrazar á mi hija y encargarme de ella.»

María Rosa encontraba cada vez más extraña la conducta de su madre. No podía explicarse el por qué no podía verla en Madrid, aunque sólo fuese á hurtadillas.

Sin embargo, tan harta estaba de la compañía del marqués y de la repulsiva señora Juana, que casi se alegró de aquel nuevo viaje que había de acabar por librarla de personas á quienes temía.

Una vez con su madre, por mala y orgullosa que fuera sería otra cosa.

No por esto disminuyó su pena. No dejaba de acordarse de Juan Antonio, cuya presencia en Madrid no se explicaba.

Pidió explicaciones al marqués sobre este punto, pues su corazón estaba horriblemente martirizado.

El de Sotoscuro se esforzó en hacerle ver que había padecido una alucinación producida por el continuo pensar en la persona amada.

—Y para que te convenzas de ello—acabó diciendo,—no tengo más que hacerte recordar que Juan Antonio, así como Anica y el tío Juan, saben porque yo se lo dije, mi residencia en Madrid, y á más tienen por ti noticia del punto en que nos encontramos. ¿No comprendes que si el muchacho se encontrase en Madrid, lo primero que hubiera hecho habría sido presentarse en esta casa donde nadie le prohibiría la entrada?

Tan atontada estaba la infeliz María Rosa con todo lo que le había ocurrido desde su salida del pueblo, tal trastorno había en sus ideas, que casi quedó convencida de las palabras del marqués. ¡Tan cierto es que las imaginaciones sometidas á continuos sobresaltos y disgustos acaban por dudar hasta de la realidad!

María Rosa acostóse aquella noche obedeciendo á un impulso natural. A buen seguro que ya no sabía lo que hacía. Aquella atmósfera tan distinta á la del pueblo la había enloquecido un poco.

Estaba rendida de fatiga.

No se sabe por qué inspiración divina cerró la puerta con llave.

Se durmió y soñó que el marqués conociéndol que el collar de esmeraldas le servía de amuleto, y la salvaba de todos los peligros, luchaba por quitárselo. En uno de los esfuerzos que soñando hizo, para que no le quitaran el collar se dió tal golpe en una mano que despertó.

Entonces creyó oír como un cuchicheo detrás de la puerta de su cuarto, y poco después como si pretendiesen introducir una llave en la cerradura.

—¿Quién va?—preguntó valientemente arrojándose de la cama y yendo hacia la puerta.

Nadie contestó.

María Rosa entonces, para evitar que pudieran sorprenderla durmiendo, y no atreviéndose á salir, colocó detrás de la puerta, sin hacer ruido, cuantos muebles había en la habitación.

El collar de esmeraldas la había salvado otra vez.

El marqués no bien se acostó María Rosa, habló con la señora Juana, participándole sus proyectos.

Tenía necesidad de ir al archipiélago filipino á realizar lo último que de su fortuna quedaba y que supondría una cantidad respetable, y se llevaría á María Rosa.

—En tierras tan lejanas y viviendo en la intimidad, no tendrá más remedio que ceder y acabar por ser esclava de mis caprichos. Estas virtudes salvajes tardarán en caer, pero cuando caen, caen de verdad.

La señora Juana aplaudió la determinación del marqués, pero le aconsejó que precipitase cuanto fuera posible los acontecimientos.

Aquella noche, por ejemplo, rendida como debía estar María Rosa por tantos llantos y por tantas emociones dormiría profundamente.

Con meterse en el cuarto habría bastante. Ella, la señora Juana, entraría en él y en caso de que la víctima despertase antes de que se hubiese consumado el infame atropello, la sugetaría por los brazos y por los hombros.

Por fortuna María Rosa había echado la llave y ya sabemos por qué despertó.

Los dos infames al oír la voz vibrante, casi cólerica de María Rosa se retiraron lentamente sin armar ruido.

—No vayamos á perderlo todo por la impaciencia—dijo el marqués.—No he de tardar en tenerla á mi disposición.

De aquella aventura nadie habló.

El viaje á Barcelona se hizo sin incidente alguno.

Para cubrir mejor las apariencias ó mejor decir para llevar más segura á María Rosa los acompañó la señora Juana.

Cuando el marqués tuvo la seguridad de que el vapor salía en un día fijo escribió á la duquesa. Ya saben nuestros lectores el efecto que produjo esta carta.

XVI

Juan Antonio salió de la fonda cabizbajo y pensativo.

A pesar de que la escena de que acababa de ser testigo le indicaba que la desventura de la duquesa empezaba á tener su término, no por eso dejaba de estar triste.

Desesperaba, pensando en la suerte que podría caberle á su María Rosa, aquella divina mujer que había sido y era la única ilusión de su vida.

Considerábala rodeada de peligros y lo peor de todo era que se sentía imponente para poder evitar á la adorada de su corazón el más ligero mal rato.

Hasta entonces había luchado contra lo imposible, porque mal podía desplegar sus energías para anonadar á un enemigo que huía rápidamente de su presencia, sin dejarse alcanzar nunca.

Solo una vez pudo ver á María Rosa, pero dejándose llevar de los vehementes impulsos de su corazón no había conseguido más que dejarse apabullar por un coche

¡Ah! ¡Si él hubiera podido prever aquéllo! ¡Si en lugar de ser María Rosa la primera que le viera y, le llamara la hubiera visto él...!

Entonces las cosas hubieran marchado de otro modo, porque para alcanzarla, hubiérase valido de la astucia, se habría enterado de dónde vivía y á aquellas horas, la prenda de su corazón estaría á su lado.

Caminó Juan Antonio sumergido en sus trisísimas reflexiones, saboreando aquellas amargas que le hacían el hombre más infeliz del mundo, sin darse cuenta del camino que seguía ni de las horas que pasaban.

Hubiérasele tomado por un distraído ó por un atontado, pues miraba á la gente con ojos pasmados, y la boca entreabierta sin que se reflejara en su cara impresión alguna. Parecía que acababa de despertar de una borrachera y que no se daba cuenta exacta de la realidad.

La noche era plácida y serena, una noche templada de Abril en que envolvían á la hermosa ciudad las brisas perfumadas de la primavera.

Los ruidos de la población iban cesando lentamente.

Juan Antonio caminó Paseo de Gracia arriba largo rato hasta llegar al principio de la calle Mayor.

Sin saber por qué, ya que él mismo no hubiera podido explicarlo volvió hacia el punto de proce-

dencia. Empezaba á sentir necesidad de reposo, dolíanle los pies, y pensó que en ninguna parte mejor que en la fonda podría dar cursos á sus melancólicos y tristes pensamientos. Pero distraído y absorto, con el pensamiento fijo en María Rosa, al llegar á la Plaza de Cataluña la cruzó y continuó inconscientemente su paseo por las Ramblas.

No parecía sino que le empujaba una voluntad superior á la suya.

Sentía la boca seca, y dejándose llevar por el instinto penetró en uno de los cafés de la Rambla y se hizo servir un refresco.

Allí, absorto, con los ojos entornados, recostado en el respaldo del diván permaneció hasta que el mozo fué á decirle:

—Señor; es la hora de cerrar.

—¡Ah, sí, usted perdone!—dijo Juan Antonio distraídamente poniéndose en pie y disponiéndose á salir.

Como viera que el mozo le miraba con insistencia comprendió que algo tenía que decirle, pero recordando en el momento que no había pagado dijo sacando dinero del bolsillo como quien responde á un pensamiento interior:

—¡Ah, sí, es verdad!

El mozo cobró sonriendo amablemente y Juan Antonio salió del café.

En la puerta se detuvo como si dudase el camino que debía seguir, y echó á andar á la ventura, sin cuidarse si por aquel lado iba ó no á la fonda.

Caminó Rambla abajo y al llegar al puerto estuvo largo rato contemplando el mar, como si

pretendiese descifrar el himno adormecedor de las olas.

En aquellos momentos no se acordaba de la duquesa, ni de don Alfredo Ruiz de Peña. No pensaba más que en María Rosa que debía navegar por los mares.

De pronto le acosó la idea insensata de arrojarse de cabeza al agua y emprender á nado la persecución de aquel buque que había visto salir aquella tarde á bordo del cual debía ir María Rosa.

¡Con cuánta ansiedad hubiera nadado vigorosamente, poseído de un delirio inmenso, hasta consumir sus fuerzas!

Sin duda algún genio benéfico le contuvo haciéndole ver claramente lo descabellado de su idea.

El pobre muchacho sonrió tristemente y dijo:

—¡Qué triste y flaca es la naturaleza! ¿Por qué no podremos caminar con la rapidez del deseo?

Como para alejar las insensatas ideas que le acosaban, se puso á andar nuevamente.

El camino que se ofrecía á su paso era el Paseo de Colón que siguió lentamente. Iba cansado y no se curaba de su cansancio; tenía necesidad de reposar su frente calenturienta y prescindía de la necesidad.

¡María Rosa! Por todas partes creía verla y escucharla. El aire como ganoso de entristecerle parecía llevar en sus ondas el eco de los cantares que la muy amada entonaba allá en el pueblo en los días felices; miraba el cielo y le parecía verla entre nubes, elevándose á las alturas y sonriéndole mientras con las puntas de los dedos de su delicada y breve mano le enviaba besos de despedida.

Sintió oprimido su corazón, que las sienas le zumbaban, que le faltaba aire para respirar y tuvo que dejarse caer pesadamente en un banco.

Al considerar perdida para siempre á la mujer amada, prorrumpió en sollozos ahogados, y ocultando la cara entre las manos lloró desconsoladamente, desahogando su corazón de las profundas penas que le afligían.

De repente interrumpió el silencio de la noche un grito agudo de mujer.

Juan Antonio levantó la cabeza vivamente como si acabara de ponerse en contacto con una pila eléctrica.

Creyó reconocer aquella voz.

—¡Socorro! ¡Socorro!— gritaba entretanto y Juan Antonio corrió hacia el lugar donde partían los gritos.

Se presentó á sus ojos un espectáculo repugnante y brutal.

Tres hombres, mal vestidos, indudablemente borrachos, acosaban á una joven queriendo abrazarla. Uno de ellos, viendo la resistencia heroica de la joven, sacó una navaja y le dió con ella un tremendo golpe, que no debió herir mortalmente á la desventurada porque continuó luchando.

Iba el borracho á descargar el segundo golpe cuando cayó sobre él Juan Antonio, descargando sobre él tal lluvia de puñetazos que rodó por el suelo dando terribles aullidos.

Los otros saltaron á la mujer para hacer frente al agresor que de tal manera malparara á su com-

pañero; pero Juan Antonio ágil y robusto tuvo para todos.

Entre tanto la mujer, al verse libre del peligro que acababa de correr, sin acordarse de dar las gracias á su salvador corrió alejándose de aquel lugar rápidamente.

Juan Antonio que habia creído reconocer á María Rosa gritó llamándola, pero la mujer no le oía ya.

Por desgracia para él llegaron en aquel momento unos guardias y lo llevaron al cuartelillo con sus contrincantes.

Allí le bastó declarar quién era, á quién acompañaba y por qué habia zurrado á aquellos hombres para que lo pusieran en libertad.

Pero ya era tarde. Si la mujer á quien acababa de salvar era María Rosa, ¿dónde se encontraría á aquellas horas?

Sin embargo, pasóse el resto de la noche correteando por Barcelona como un loco sin conseguir encontrarla.

XVII

Al llegar Juan Antonio al hotel de Inglaterra iba estenuado, pálido, casi desconocido.

Eran las nueve de la mañana y don Alfredo le esperaba con verdadera ansiedad.

Había encargado ya que le sacasen el equipaje de la Aduana y preguntando diferentes veces por Juan Antonio, del cual nadie supo darle noticias.

La duquesa había mejorado notablemente con la presencia de aquel hombre de espíritu fuerte, avezado á las desgracias y verdaderamente culto.

Los dieciocho años de ausencia forzosa habían avivado el amor en ambos, y contra lo que generalmente ocurre, al encontrarse de nuevo, no sufrieron desengaño alguno, porque en los grandes amores los detalles no suelen tener importancia, algunas veces aunque otras no sean en sí más que un conjunto de pequeños detalles.

Como Amelia, enterada de que Juan Antonio había pasado la noche en la calle, según todas las

probabilidades, estaba también intranquila por la suerte del que se había acostumbrado á querer como hijo, Alfredo le mandó pasar al gabinete donde aquella se encontraba.

Refirióles cuanto le había ocurrido y dijo que casi juraría que aquella joven que había librado de los borrachos era María Rosa.

Con emoción profundísima escucharon á Juan Antonio aquellos tristes padres, á quienes para ser completamente felices después de tan amargas desventuras, no faltaba más que encontrar á la hija perdida.

—¿Pero estás seguro de que era ella?—preguntó Amelia cuando hubo concluido.

—Seguro de una manera absoluta no lo estoy; pero si la socorrí, fué porque creí reconocer su voz. Luego, como huyó despavorida, el alumbrado era tan malo y me veía precisado á defenderme de aquellos hombres que me tenían cogido, no pude seguirla. Y lo peor de todo fué el haber caído en manos de la policía.

Comentaron mucho aquel extraño suceso haciéndoles por lo pronto cambiar de rumbo á sus investigaciones.

Alfredo Ruíz de Peña salió de la fonda, tomó un coche y se hizo conducir al gobierno civil.

Conferenció con el jefe de policía y le encargó que averiguara la suerte que podía caberle á una joven que fué la noche anterior víctima de aquellos borrachos y que indudablemente debía encontrarse sola y abandonada en Barcelona.

Con una diligencia verdaderamente rara, el jefe de policía puso en movimiento á algunos agen-

tes, prometiéndole al caballero que le diría cuanto sobre el particular hubiera antes de la noche.

Efectivamente, á las cuatro de la tarde fué él en persona al hotel preguntando por don Alfredo al cual dió cuenta amablemente de sus gestiones.

El resultado de ellas fué el siguiente:

A las tres de la madrugada había llegado una joven al Hotel de Oriente á pedir una habitación.

El mozo de guardia, no encontrándola sospechosa había pasado por alto el preguntarle el nombre. A más, como era una mujer sola y aseguró llorando que se había perdido en Barcelona, no creyó necesaria la formalidad.

Por la mañana había desayunado y había pedido una peinadora.

Después pagó dando á cambiar un billete de cien pesetas y se hizo conducir en coche á la estación del ferrocarril.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si fuese ella!—dijo Amelia.—Sin duda ha logrado escapar de las manos del miserable que me la arrebató.

En una ansiedad infinita pasaron algunos días, sin saber qué hacer ni que partido tomar.

No hacían más que pensar en María Rosa y hablar de ella.

Por fin al octavo día recibieron un paquete dirigido á la duquesa, que desde Madrid enviaba don Toribio.

Aquel paquete contenía cartas. En el sobreescrito de una de ellas conoció la duquesa la letra desigual é insegura del tío Juan.

La abrió precipitadamente para ver si llevaba

algunas noticias, pero en ella no encontró más que un nuevo motivo de dolor.

El pobre hombre se lamentaba de que ni la duquesa ni Juan Antonio le hubiesen escrito dándoles noticias de sus gestiones para encontrar á María Rosa.

El desaliento de todos era grande.

Todas las cartas que enviaba don Toribio, eran de arrendadores y de amigos de la duquesa y todas quedaron sin leer.

Por fin, le llegó el turno á la última cuyo sobre estaba escrito por una mano nerviosa de mujer y que la duquesa creyó reconocer como de una amiga.

La abrió con cierto desdén, pero cuando leyó su contenido, de sus ojos salió un raudal de lágrimas y cayó de rodillas elevando los ojos al cielo en actitud fervorosa de gracias al altísimo.

— ¡Gracias, Dios mío! — exclamó — ¡Gracias, virgen santísima!

Alfredo arrancó con impaciencia febril la carta de manos de su esposa y leyó en voz alta:

«¡Madre de mi alma! Libre de todo peligro acabo de abrazar á estos pobres viejos que se morían sin mí.

«Por ellos sé todas las angustias que debes estar pasando. Ven, que se muere de impaciencia tu amante hija,

María Rosa.

Juan Antonio lloraba y refa á un tiempo; no sabía lo que le pasaba. Los tres se abrazaron locos

de alegría y aquella misma tarde, para ganar tiempo salieron en el expreso.

Alfredo dejó encargado su equipaje al amo de la fonda y pagó espléndidamente.

Aquel viaje, aunque la ansiedad de todos era inmensa, fué el primer viaje feliz que hacían tan bondadosos seres.

XVY

XVIII

La carta, efectivamente era de María Rosa que se encontraba al lado de Juan y Anica.

Veamos cómo había logrado llegar hasta allí y de los medios de que se había podido valer.

El viaje á Barcelona al lado del marqués y de la señora Juana fué todo lo feliz que podía ser para la desventurada María Rosa un viaje.

Fueron á parar al gran Hotel.

Tales seguridades le había dado el marqués de que no bien llegase el vapor que había de llevarles á Palma la entregaría á su madre, que María Rosa llegó á estar algo más tranquila, aun cuando la escena de la Castellana en la cual casi estaba segura de que la víctima era Juan Antonio, por más que el marqués hubiera querido probarle lo contrario, no se apartaba de su memoria.

El marqués enteróse de que El Ecuador estaba

próximo á llegar de Italia, y de que en Barcelona admitiría carga y pasaje para Filipinas, y tomó las mejores literas del vapor para él y María Rosa, pues la señora Juana debía quedarse en Barcelona y volver á Madrid no bien los dejara embarcados.

El marqués estaba seguro de que una vez lejos de España, María Rosa quedaría á merced suya.

Sin embargo, no tuvo paciencia para esperar, y una noche en que bebió más que lo de costumbre, precisamente la de la víspera del día en que debían embarcarse, entró en la habitación de María Rosa en el momento en que ésta se disponía á acostarse.

Sin poderlo evitar la joven se puso á temblar. La presencia del marqués en su cuarto, á aquella hora, no era precisamente lo más natural.

Nada tenía el de Sotoscuro que decirle y por consiguiente decidió estar preparada á todo evento.

—¿Qué desea usted?—le preguntó.

—María Rosa—dijo con tono suplicante el marqués, procurando disimular su febril impaciencia, —vengo á hablarte por última vez.

—¿Por última vez?—preguntó la joven con extrañeza aunque sin poder disimular su alegría, porque creyó que el acento del marqués revelaba honda tristeza.

—En efecto; por última vez; porque mañana mismo, debemos estar en el vapor donde tu madre irá á reunírsenos y desde ese momento quedarás libre de mi presencia.

María Rosa hizo esfuerzos por disimular la ale-



gría que le producía aquella noticia que llegó á creer verdad.

El marqués la contemplaba ávidamente encontrándola más seductora y más incitante que nunca.

A no ser por el temor de que María Rosa hubiese gritado, el de Sotoscuro se hubiera lanzado sobre ella, para hacerla suya furiosamente, como hacían los hombres primitivos apoderándose á la fuerza de las mujeres que encontraban en los bosques.

La alegría que veía brillar en los ojos de María Rosa aumentaba su deseo de verla sumisa y humillada ante él.

—María Rosa, siéntate y escucha.

La joven se sentó en una butaquita y el marqués acercando una silla se sentó á su lado.

—De lo que tú decidas en estos momentos— empezó diciendo el de Sotoscuro,—dependerá mi felicidad ó mi desgracia, mi vida ó mi muerte. Mañana estarás al lado de tu madre; por el retraso que ha sufrido el vapor no ha podido ser antes, pero es cosa decidida. Ahora es menester que sepas hasta qué punto yo te amo y las grandes ventajas que pueden resultar de nuestro amor.

—Valía la pena—dijo María Rosa—de que se hubiese evitado esa confesión.

—¿Por qué?

—Porque usted más que nadie sabe el estado de mi espíritu y que mi corazón pertenece á otro.

—¡No lo olvidas nunca!—suspiró el marqués.

—Nunca—repuso María Rosa con firmeza,

—Pues es una lástima, porque ¡te amo tanto! Tú no puedes imaginarte lo que me sucede desde que he tenido la desgracia de verte. Mi corazón está herido; no tengo otro afán que verte feliz y no veo más que lágrimas y desconsuelo en ti. Esto es para mí tan extremadamente doloroso que me entran deseos de morir.

El marqués queriendo hacer patética aquella escena se puso tan ridículo que María Rosa, á pesar de la terrible zozobra que de ella se había apoderado tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reirse.

—Dejemos eso, marqués—dijo.

—¿No quieres oirme?

—¿Y para qué?

—Es que es preciso que sepas que la fortuna de tu madre depende de que te cases conmigo.

—Lo lamento; pero no puedo hacer nada por su fortuna.

—¡Ingrata!—dijo el marqués que iba perdiendo los estribos.

—No sé quién puede llamarme ingrata, cuando hasta esa madre á quien usted va á presentarme se ha negado á recibir mis caricias.

—Porque se lo han impedido sus desgracias.

—Si mi cariño puede aminorarlas, las aminorará.

—Bien, bien; así me gusta verte, compasiva para las personas que te aman y que por ti sufren.

Así tal vez acabarás por mirarme de otra manera.

Y aquí el de Sotoscuro púsose á hablar tan descaradamente de su amor, que María Rosa, roja

de vergüenza y de coraje sintió deseos de abalanzarse sobre él y estrangularle.

Sin embargo, tuvo fuerzas suficientes para contenerse, y como creía ahora más que nunca que, en efecto, llegaría á encontrarse con su madre, se contentó con decir, deteniendo al marqués en un amoroso desvarío:

—Bueno, bueno; dejemos esto por ahora marqués. Después de todo yo no soy la que tengo que decidir mi suerte. Luego, si lo que mi madre pide es razonado, no tendré inconveniente en acceder á sus deseos.

Habló así María Rosa porque comprendía que en aquellos últimos momentos le era imposible reñir con el marqués.

Para cuando estuviera con su madre, ya sabría ella defenderse de la mejor manera que Dios la diese á entender.

El de Sotoscuro por su parte, aunque algo borracho y encalabrinado en grado sumo, al ver algo cambiada á María Rosa, comprendió que no tardaría en jugar la última carta.

Una vez camino de Filipinas, le haría comprender que de no acceder á sus impuros deseos, no volvería á ver España, ni se encontraría jamás con su madre.

Por eso contra lo que todo el mundo hubiera esperado y la misma María Rosa también, se dispidió de ella deseándole buena noche y felicitándola por los deseos que había manifestado de someterse á la voluntad de su madre.

María Rosa volvió á soñar nuevamente. Vió á Juan Antonio correr hacia ella sin conseguir al-

canzarla, y tuvo de nuevo la visión de su madre enseñándole el collar.

A las dos de la tarde del día siguiente, fueron á bordo del «El Ecuador», que estaba anclado en el antepuerto. María Rosa preguntó al marqués por su madre.

—A las seis vendrá—repuso el marqués que estaba contentísimo de haber conseguido tan fácilmente sus propósitos y de tener allí sin violencia alguna á María Rosa.

Sabía que el vapor llevaría anclas á las cinco, y una vez en movimiento nada tendría que temer.

Entraron en los camarotes para dejar los equipajes.

Por un descuido inexplicable, el marqués, dejó su cartera sobre la litera después de pagar al barquillero que le había servido, y salió sobre cubierta.

María Rosa vió el descuido del marqués y por miedo á que la robasen cogió la cartera, pero en este momento el segundo del barco se puso á hablar con él y no pudo entregársela.

Subieron sobre cubierta. El marqués, satisfecho como el que acaba de triunfar, departía amigablemente con el segundo.

María Rosa llena de impaciencia se asomó á la borda para ver si veía venir alguna lancha en que viniese su madre.

Cuando empezaba á desconfiar de la veracidad del marqués, oyó la conversación de unos caballeros y por ella supo que aquel barco iba á Filipinas y que zarparía á las cinco.

María Rosa tuvo miedo. Apoyada en la baran-

dilla contemplaba el mar con infinita zozobra. Abajo había unos barquilleros que esperaban sin duda llevar á tierra á algunas personas que estaban en el buque.

Primero creyó que aquellos hombres podían equivocarse, pero se atrevió á preguntar á uno si efectivamente el buque debía salir á las cinco y como la respuesta fué afirmativa, se puso tan pálida que hubieron de preguntarle si estaba enferma.

—No, no es nada ¡gracias!—contestó, y volvió á apoyarse en la barandilla.

—¡Dios mío!—pensó.—Luego el marqués me engaña y es tan infame como lo he creído en algunos momentos. Sí, sí. Si el buque sale á esa hora y mi madre ha de llegar á las seis, indudablemente no llegará á tiempo y yo me veré sola y abandonada, al lado de él.

Sumida en dolorosa meditación estaba, pensando en su desgracia inmensa.

El marqués creyéndola segura, paseaba sobre cubierta con el segundo, charlando amigablemente.

María Rosa después de pensar mucho sin saber qué partido tomar, acodada en la barandilla lloraba considerándose perdida para siempre si Dios no hacía un verdadero milagro y la salvaba.

De pronto sintió algo así como un cosquilleo en el cuello y al levantar la cabeza, notó que algo se le caía.

Miró con avidez y reconoció, al caer, el collar de esmeraldas que se le había desprendido.

Un terror invencible y un disgusto inmenso sintió y ya iba á lanzar un grito creyendo que el

collar caería al mar, cuando vió que caía en el fondo de una de las barquichuelas que rodeaban el buque.

Inclinóse sobre la borda é hizo seña al de la lancha que al ver caer el collar levantó la cabeza.

El barquillero le indicó la escala, como diciéndole el camino que había seguir para ir á recoger el collar.

María Rosa corrió rápidamente hacia ella. El marqués no lo advirtió.

La joven empezó á descender; por casualidad en medio de tanta confusión dió con el verdadero camino.

Descendió hasta el extremo de la escala, donde el barquillero la esperaba con el collar en la mano, contento porque se le presentaba ocasión de ganar una propina.

María Rosa como si obedeciese á una inspiración del cielo al tomar el collar de manos de aquel hombre tosco, le preguntó:

—¿Esa barquilla en que cayó el collar es de usted?

—Sí, señorita.

—¿La tiene alquilada?

—Estaba aquí para ver si á última hora tenía que llevar á alguien á tierra.

—¿Quiere usted llevarme á mí?

—Ahora mismo.

—Pues andando.

Y María Rosa, temblando, sin atreverse á mirar hacia arriba por si alguien le seguía, acabó de bajar la escalera detrás del hombre y esperó ansiosamente á que acercara la barca para saltar.

A cada momento creía verse cogida por el marqués, y tanto le temblaban las piernas que apenas si podía sostenerse.

Pero creía oír en su interior una voz imperiosa que le ordenaba huir y huía, sin saber qué era lo que después tenía que hacer.

Ni siquiera se acordaba de que por casualidad ó mejor dicho providencialmente se encontraba en posesión de la cartera del marqués.

Por fin, la barca estuvo dispuesta y saltó con resolución. El barquero remó vigorosamente y se elejaron con rapidez del costado del buque.

Poco antes de embocar el puerto vieron que el buque empezaba á levar anclas y al poner María Rosa el pie en tierra consideróse libre y respiró á sus anchas.

Acordóse entonces de que tenía que retribuir el gran servicio que le prestara aquel hombre y abriendo la cartera le dió lo primero que se le vino á mano: un billete de quinientas pesetas, cuyo valor ignoraba y le dijo al barquero dándoselo:

—Tome usted ésto por el collar.

El buen hombre abriendo admirado los ojos dijo:

—¡Quinientas pesetas!

—Sí—repuso María Rosa con firmeza;—este collar es lo único que tengo de mi madre y por usted no se ha perdido.

Y queriendo poner tierra entre el marqués y ella subió las escaleras del muelle de la Paz precipitadamente, pasando precisamente por el lado de sus padres y de Juan Antonio sin verles.

Juan Antonio tampoco pudo verla porque har -

to hacía él en aquellos momentos con atender á la duquesa.

María Rosa acordóse que la señora Juana había quedado en Barcelona y no quiso exponerse á que la vieran.

Echó á andar á la aventura, huyendo de los sitios concurridos, sin saber aún qué partido había de tomar; así anduvo cerca de cuatro horas, asustándose de cuantos la miraban, huyendo de todos como si temiese que la detuviesen.

A las nueve encontróse en un paseo, que como toda la ciudad le era desconocido, y se sentó en un banco.

Los transeuntes eran escasísimos y allí se consideró segura.

Meditó seriamente sobre lo que tenía que hacer y de pronto la asaltó una idea que le extrañó no se le hubiera ocurrido antes.

Lo que debía hacer era irse á la primera estación y tomar un tren que la condujese al pueblo.

Al lado del tío Juan y de Anica podría considerarse segura.

Por fortuna la cartera contenía bastante dinero.

Echa esta resolución se puso en pie, y preguntó al primer transeunte por dónde iría á la estación para tomar un tren para Andalucía.

Enteróse de que no salía el tren hasta por la mañana, y deseando no dejarse ver en ninguna parte decidió pasar la noche en aquel paseo que tan próximo estaba.

Allí permaneció largo rato, metióse la cartera

Collar. — 14

en el pecho y con la ansiedad consiguiente dejó transcurrir las horas, pensando en Juan Antonio, en el tío Juan y en Anica.

Parecíale todo lo que le había pasado y lo que le estaba pasando una horrible pesadilla.

A las tres de la madrugada vió con terror indecible que tres borrachos que se habían fijado por desgracia en ella, se le acercaban.

Se puso en pie nerviosamente queriendo huir, pero le cerraron el paso.

—Oye niña, no seas asustadiza que no te vamos á comer.

Y empezaron á decirle palabras soeces y le hicieron proposiciones vergonzosas.

María Rosa más muerta que viva quiso hacer un esfuerzo para abrirse paso y uno de los beodos la cogió violentamente por un brazo.

La joven gritó y llena de angustia pidió socorro.

Entonces un borracho, enfurecido tiró de navaja y asestándole un golpe terrible, dijo:

—Verás como con esto no chillarás más.

Por fortuna la navaja tropezó con el medallón que pendía del collar y no la hirió.

Una vez más su sueño se cumplía: aquel collar era sin duda para ella un amuleto.

La oportuna aparición de Juan Antonio la salvó, pero en medio de su terror no le conoció ni quiso esperarse á saber en lo que iba á parar la lucha.

Entonces considerando que estaría más segura en una fonda, preguntó al primer guardia que encontró al paso y ya sabemos cómo pasó la noche

en la de Oriente y que por la mañana salió de Barcelona dirigiéndose á Andalucía.

No es posible explicar la sorpresa, la alegría, las lágrimas del tío Juan y de Anica al ver llegar á María Rosa.

Cuando se enteraron de todas sus penalidades, le refirieron ellos las suyas, y al enterarse que su madre en persona había ido á buscarla, María Rosa, enternecida hasta lo más profundo de su corazón, exclamó cayendo de rodillas:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

En seguida pensaron en avisarles y María Rosa tomó la pluma para escribir la carta que hemos visto.

Pocos días después llegaron al pueblo los padres de María Rosa acompañados de Juan Antonio.

La alegría y el regocijo de todos, no tuvo límites.

La duquesa encontraba á su hija cariñosa y buenísima, Alfredo superior á toda comparación, á Juan Antonio le caía la baba de puro feliz.

María Rosa veía con gratísima sorpresa que sus padres eran buenos y condescendientes, y que la querían y mimaban tanto que no estuvo ante ellos ni un momento cohibida.

Pero cuando el regocijo llegó al colmo fué cuando la duquesa un día después de comer, cuando estaban todos reunidos, dijo:

—Juan Antonio, puedes convidar á todos tus amigos; mañana te casas con mi hija.

María Rosa, Juan Antonio, el tío Juan, Anica... todos lloraron conmovidos.

Y las bodas fueron espléndidas como las de Ca-

macho y tanto se disfrutó en aquellos días que en el pueblo ha quedado memoria de ellas.

El tío Juan y Anica no se volvieron á separar de los duques y de María Rosa y todos juntos constituyeron una familia feliz.

En cuanto al marqués, al notar la desaparición de María Rosa, le dió un acceso tan grande de ira, que provocó en él una apoplejía fulminante y su cadáver tuvo que ser arrojado al mar.

FIN.

DEL MISMO AUTOR

¡Viva mi novia!

Obra amena de carácter cómico, y llena de situaciones graciosísimas. Un tomo esmeradamente impreso con cubierta al cromo.



OBRAS EN VENTA

M. Ibo. Alfaro. - Malditas sean las mujeres.

L. A. Malditos sean los hombres.

» **Malditas sean las suegras.**

» **Marina ó la hija de las olas.**

» **El Hada de los mares.**

» **El paraíso de las mujeres.**

» **El infierno de los hombres.**

» **El purgatorio de las solteras.**

» **Su majestad el amor.**

» **La hija de las flores.**

» **Porqué se casan los hombres.**

» **Porqué se casan las mujeres.**

» **Porqué reinciden las viudas.**

» **Porqué pecan las mujeres.**

» **Porqué murmuran las viejas.**

» **Las obreras del amor.**

» **Las hijas del champagne.**

» **El collar de esmeraldas.**

» **Maldito sea el amor.**

» **La niña de los jazmines.**

» **¡¡Viva mi novia!!**



CREVILLÓN (hijo)

EL SOFÁ

Crevillón, uno de los grandes escritores del siglo XVIII, ha llegado á la posteridad por lo que él tituló su *cuento moral*. *El Sofá*, uno de los libros á la vez más ocultos y más libres que ha producido el ingenio galo. En él ha visto alguien al precursor del divino marqués de Sade, otros ven en Crevillón al Petronio de la corte de Luis XV, por nuestra parte, al dar esta traducción española, sólo hemos tenido en cuenta el mérito real del libro, al que nada amengua la viveza de la pintura.—Un tomo, *Una peseta*.

ALEJANDRO SAWA

LA MUJER DE TODO EL MUNDO

El nombre de Alejandro Sawa es una garantía de buen gusto y corrección. La novela que incluimos en este Catálogo, de asunto palpitante y sensacional, y gallardamente escrita, es una muestra del exuberante talento de su autor. Un tomo, *Una peseta*.

JACOBO CASANOVA

Lances de Amor y Aventuras en España

Traducción de Tomàs de M. Graells

Esta obra constituye un relato interesantísimo, extracto de las memorias del célebre galanteador veneciano, Casanova, escritas por el mismo, figurando sus interesantes aventuras en España.—Un tomo, *Una peseta*.

BIBLIA DEL AMOR

(Aventuras galantes)

Traducción de Tomás de M. Graells

Del mismo autor que el anterior. Libro altamente sugestivo, en el que el famoso aventurero veneciano, relata con toda la gracia que le era peculiar, sus verdídicas conquistas amorosas.—Un tomo, *Una peseta*.

AMELIA B. EDWARDS

La esposa de mi hermano

De las escritoras inglesas, ninguna logró producir mayores sensaciones en el corazón humano con sus

escritos, como la autora de la interesantísima obra que ofrecemos hoy al público. En *La Esposa de mi Hermano*, aparece reflejada el alma femenina, llena de perfumes que embriagan y encantan el espíritu del lector.—Un tomo, *Una peseta*.

LA CAMARERA DE LA REINA

Narración sugestiva de intrigas palaciegas, de estilo fácil y ameno que aumenta el interés de la novela.

Cubierta en fotocromia.—Un tomo, *Una peseta*.

LOS TRES

El talento de Gorki, como novelista, queda manifestado en este relato lleno de realidad, en que el vicio en el hogar está descrito con una viveza de pintura y una exactitud de vida sorprendente.

Un lenguaje como es siempre el suyo, elevado al mismo tiempo que vulgar, y en el que las imágenes son bellísimas: aumenta el mérito de libro tan singular.

Un tomo esmeradamente traducido y muy bien impreso, UNA PESETA.

EÇA DE QUEIRÓS

La Reliquia

Eça de Queirós, el famoso novelista lusitano, autor de obras que le han conquistado renombre universal, acaso por ningún otro libro como *La Reliquia*, merece el concepto de literato insigne de que goza.

Traducida al español *La Reliquia* por escritores tan distinguidos como los que firman la versión, no dudamos en asegurar que este libro alcanzará un brillante éxito.—Un tomo, *Una peseta*.

TOMÁS ORTS-RAMOS

La Alegría de Amar

De esta preciosa novela, *Le Mercure de France*, de París, coincidiendo con lo que de ello ha dicho la crítica española, publicó en su número de Mayo de 1902, *La Alegría de Amar*, es un hermoso libro; Tomás Orts-Ramos que aun no hace mucho se ensayaba en prosas poéticas, ha salido sin grandes aspavientos con una novela, en que desde las primeras líneas queda uno sorprendido por la maestría, que recuerda algo el modo de los novelistas italianos, y el encanto de un relato apasionado y lleno de atractivo, como una obra de arte...

Un tomo de cerca de 300 páginas, *Una peseta*.

CONDE LEON TOLSTOY

Los Evangelios

El Supremo Instante

El Canto del Cisne

Dos Generaciones

El Hombre libre

En busca de la Dicha

La Aurora Social

Ivan el Imbécil

EL TRABAJO

Nueve hermosos libros que ofrecemos á los amantes de la buena literatura, y á los admiradores y prosélitos de las doctrinas del eminente escritor ruso. El tomo, una peseta.

FEDERICO NIETZCHE

El Anticristo y el Ascetismo Cristiano

Traducción y prólogo de POMPEYO GENER

Una de las obras de mayor mérito del ilustre alemán, es la que ofrecemos al público en lengua española, traducida directamente por el notabilísimo publicista Pompeyo Gener, cuyo solo nombre sirve de garantía. Un tomo, una peseta,

A. CHOPENHAUER

LA VIDA, EL AMOR Y LA MUERTE

La fama del gran filósofo pesimista alemán, nos excusa de todo elogio. El tomo que ofrecemos hoy, es una recopilación de los aforismos más salientes de tan célebre pensador, sobre los puntos que abarca el título de la obra, traducida por el distinguido literato D. Tomás Orts-Ramos. Un tomo, UNA PESETA.

OSCAR METENIER

La Carne § La Cruz § Mirra Maria (el incesto)

Tres libros llenos de gracia y originalidad, lo más ameno de cuanto ha brotado de la pluma de tan famosísimo escritor.—El tomo, *Una peseta*.

J. F. LUJÁN

El Bazar del Adulterio

(Pecadoras)

Como su título revela, es una relación exacta de la infinidad de causas que motivan el adulterio. El nombre del autor es una garantía. Escritor concienzudo y literato castizo, en esta obra auna sus dotes de observador con sus galas de estilista, haciendo del libro una interesante y sugestiva narración de episodios reales.—Un tomo, *Una peseta*.

J. MENENDEZ AUGUSTY

La Hija de D. Quijote

La prensa, al ocuparse de la producción del ya reputado novelista Menéndez Augusty, ha hecho de LA HIJA DE D. QUIJOTE los elogios más acabados correspondiendo el éxito, á las esperanzas que el talento de su autor, había hecho concebir á cuantos, por la corrección de su estilo y por la brillantez de su inventiva, saludaron su aparición como la de un escritor para quien la fama no podía ser deudora.

Forma esta novela, un tomo elegante y bien impreso, cuyo precio es de *Una peseta*.

La Obra de Dios

Del mismo autor, y en la que se observan las mismas cualidades, esta novela acaba de cimentar la reputación de Menéndez Augusty, como escritor y fisiólogo, ya dueño del arte á que se dedica, y en el que su talento brilla con luz propia.

Es la confirmación de todo lo que en su libro anterior promete el artista y el pensador.

Dos tomos, impresos con claridad y de elegante forma.—El tomo, *Una peseta*.

PONSON DU TERRAIL

PARIS MISTERIOSO

Los Espadachines de la Ópera

Los Compañeros del Amor

La Dama del Gunte Negro

La Condesa de Asti

La Leyenda de Fulmen.

Cada tomo UNA PESETA. Encuadernado lujosamente, 1'50.

J. BARBEY D' AUREVILLY

Las Diabólicas

Un escritor del mérito y fama del ilustre J. Barbey d' Aurevilly, había de figurar en este catálogo y para ello hemos escogido su obra maestra **LAS DIABOLICAS**

Dos tomos con artísticas cubiertas en fotocromia.—
El tomo, Una peseta.

R. DE ALBORNOZ

POR ELECTRA

NOVELA

Obra de actualidad vivida y escrita con la sinceridad que constituye el principal mérito del notable escritor que firma el volúmen.

Un tomo de 300 páginas con cubierta en fototipia
UNA PESETA.

MIRABEAU

Cartas de Amor

Si no bastase ser obra del que fué cuerpo y alma de la revolución francesa, sus méritos propios harían de este libro, uno de los documentos más interesantes del espíritu humano. El amor del genio potente y viril, esclavizado por una mujer, sus hechos, sus ambiciones, su ternura, su abnegación, todo se manifiesta en esta hermosa colección de cartas, en que vierte el grande hombre su alma entera.—Un tomo, *Una peseta.*

RAMÓN SEMPAY

Esclavas del Oro

LA TRATA DE BLANCAS

Claramente indica el título la índole de la obra; se la descripción del mercado de mujeres, una de las llagas sociales más difíciles de extirpar.—Un tomo UNAPESETA.

MÁXIMO GORKI

LOS PARIAS

Máximo Gorki, cuya fama ha recorrido en breve espacio de tiempo el mundo entero, ha adquirido un nombre, en sus estudios nuevos sobre la vida y atractivos de los desheredados, de esa especie de escépticos de la vida, que sólo la aceptan como un mal que hay que tolerar. De entre estos estudios, los que constituyen *Los Parias*, son indudablemente, los más hondamente sentidos, y los narrados con mayor arte. Un tomo, una peseta.

E. CONCIENSCE

Lucha Estéril

La merecida fama de E. Conciensce nos ha forzado á publicar su más grande obra en la que refleja sus grandes dotes de observador, poniendo de relieve el conocimiento exacto que tenía de las humanas pasiones.—Un tomo, *Una peseta*.

2.000
-651

COMISIONISTA

Bruch, 81. — BARCELONA

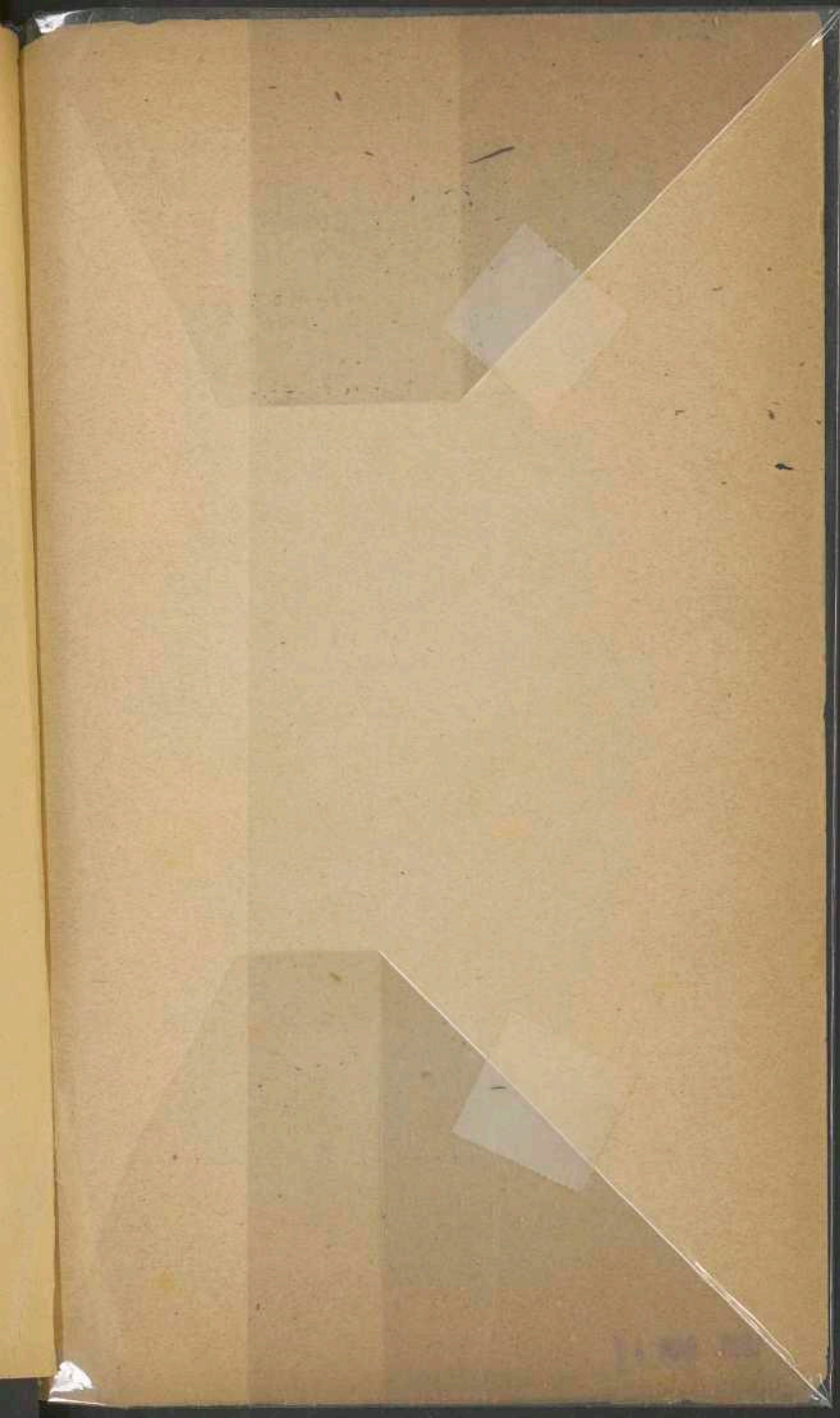


Esta importante casa de Comisión, representante de varias empresas editoriales, sirve con prontitud cuantos pedidos se le hagan concernientes al ramo de **Librería, Pspelería, Objetos de Escritorio y Estatuaria sagrada.**

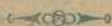
Comisión módica



Imprenta de Pedro Toll, Valencia, 200 (interior) — BARCELONA



Biblioteca Traji-Romántica



- M. Ibo. Alfaro. Malditas sean las mujeres
I. A. Malditos sean los hombres
» Malditas sean las suegras
» Marina ó la hija de las olas
» El Hada de los mares
» El paraíso de las mujeres
» El infierno de los hombres
» El purgatorio de las solteras
» Su majestad el amor
» La hija de las flores
» Porqué se casan los hombres
» Porqué se casan las mujeres
» Porqué reinciden las viudas
» Porqué pecan las mujeres
» Porqué murmuran las viejas
» Las obreras del amor
» Las hijas del champagne
» El collar de esmeraldas
» Maldito sea el amor
» La niña de los jazmines
» ¡Viva mi novia!!
» El Nido de Ruiseñores
» La hija de Venus
» Amor y Martirio
» Pasionarias de Amor



CASA
EDITORIAL

EL VOLCAN
DE
SANTO DOMINGO



El Volcan

No.

Semestral

